

**INFORME SÍNTESIS.
PROYECTO CIDSE-IRD-COLCIENCIAS**

**ESPACIOS REGIONALES, MOVILIDAD Y
URBANIZACIÓN, DINÁMICAS CULTURALES E
IDENTIDADES DE LAS POBLACIONES
AFROCOLOMBIANAS DEL PACÍFICO SUR Y
CALI. UNA PERSPECTIVA INTEGRADA.**

Por: Michel Agier
Olivier Barbary
Odile Hoffmann
Pedro Quintín
Héctor Fabio Ramírez
Fernando Urrea.

DOCUMENTO DE TRABAJO No.52
CIDSE, Universidad del Valle Facultad de Ciencias Sociales y Económicas

Junio de 2000, Cali-Col.

ESPACIOS REGIONALES, MOVILIDAD Y URBANIZACIÓN, DINÁMICAS CULTURALES E IDENTIDADES EN LAS POBLACIONES AFROCOLOMBIANAS DEL PACÍFICO SUR Y CALI. UNA PERSPECTIVA INTEGRADA¹

Michel Agier
Olivier Barbary
Odile Hoffmann
Pedro Quintín
Hector Fabio Ramírez
Fernando Urrea

INTRODUCCIÓN

Presentación general.

Este documento es un esfuerzo de síntesis que busca ofrecer una mirada analítica y metodológica integrada de los resultados en los distintos espacios geográficos en donde operó el proyecto Cidse-Ird: Pacífico Sur (especialmente el municipio de Tumaco), Cali y Puerto Tejada, con referencias a Guapi y Buenaventura; al tiempo que presenta los ejes analíticos que orientaron el proceso investigativo.

Los resultados del estudio son en primer lugar un trabajo interdisciplinario de la antropología, estadística, geografía, literatura y sociología, debido a la contribución de diferentes experiencias y trayectorias profesionales de los investigadores; trabajo que está focalizado en una misma problemática que recoge el título del proyecto.

El documento propone en varios de sus componentes un debate metodológico alrededor de los

¹ / Se trata de la presentación integrada de los resultados, enfoques y metodologías del Proyecto Cidse-Ird-Colciencias, “Organización social, dinámicas culturales e identidades de las poblaciones afrocolombianas del pacífico y suroccidente en un contexto de movilidad y urbanización”. Por el Cidse (Centro de Investigación y Documentación Socioeconómica, de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de Univalle) los investigadores principales han sido Fernando Urrea Giraldo (sociólogo), coordinador del proyecto por Univalle-Cidse y responsable ante Colciencias, Pedro Quintín (antropólogo), Héctor Fabio Ramírez (estadístico) y Alfredo Vanín (escritor). Por el Ird (Instituto de Investigación para el Desarrollo, antiguo Orstom), Michel Agier (antropólogo), coordinador del proyecto por el Ird, Olivier Barbary (estadístico), y Odile Hoffmann (geógrafa). Han participado en diferentes etapas del proyecto las sociólogas Teodora Hurtado y Nelly Rivas como asistentes de investigación inicialmente y luego como investigadoras asociadas Cidse-Icanh (Instituto Colombiano de Antropología e Historia); Alexander Estacio (ingeniero electrónico) en apoyo informático y operación de bases de datos y como asistente de investigación en diseño, supervisión y análisis de encuestas, captura y revisión de inconsistencias; los antropólogos Eduardo Restrepo y Manuela Álvarez como investigadores asociados al Icanh con apoyo al proyecto Cidse-Ird; Carlos Agudelo (estudiante de doctorado en sociología en París III bajo la dirección de Christian Gros, y apoyo financiero del Ird con recursos de esta entidad para el proyecto) en calidad de investigador asociado; Olivier Pissotat (geógrafo) para el apoyo técnico de todos los fondos de mapas financiados con recursos mixtos de varias fuentes; Stéphanie Bruyneel (estadística) en calidad de cooperante francesa con recursos del Ird para apoyo estadístico; Lewinson Palacios (estudiante de sociología de Univalle) en calidad de monitor y apoyo administrativo al proyecto; Fernando Murillo, Antonio Murillo Asprilla - “Mahambo”- y Juan Sánchez Campana (miembros de la organización afrocolombiana Ashanty del Distrito de Aguablanca en Cali) en calidad de asistentes de investigación en el trabajo de campo en Cali, supervisión de encuestas y análisis de los datos. Entre los investigadores externos que han tenido alguna relación con el proyecto se debe mencionar al antropólogo Peter Wade de la Universidad de Manchester. En la edición de los textos que conforman este documento han colaborado los estudiantes de sociología Lewinson Palacios, de la Universidad del Valle, y Oscar A. Quintero, de la Universidad Nacional de Colombia.

métodos e instrumentos cuantitativos y cualitativos para estudiar sociodemográficamente poblaciones que han vivido procesos históricos de segregación y discriminación racial en la sociedad colombiana, en este caso los grupos negros y mulatos.

En la versión del proyecto Cidse-Ird-Colciencias y a lo largo de los resultados del mismo se utiliza la denominación poblaciones afrocolombianas en forma equivalente al de poblaciones negras-mulatas, como términos descriptivos, independientemente a un determinado nivel de identidad colectiva o individual en ellas. En primer lugar, en ambos casos estamos aludiendo a las poblaciones contemporáneas en la sociedad colombiana que de algún modo han sido descendientes a través de múltiples generaciones y dinámicas de mestizaje de los antiguos esclavos –mujeres y hombres– procedentes del continente africano, muchos de ellos inicialmente libertos por sí mismos (compra de su libertad) o por cimarronaje, y luego, a partir de mediados del siglo pasado, por la abolición de la esclavitud, deviniendo la gran mayoría en un campesinado y artesanado urbano negro-mulato hacia finales del siglo XIX. Este largo proceso socio-histórico se ha dado a través de un mayor o menor mestizaje interracial, en contextos diferenciados regionales en la sociedad colombiana. En segundo lugar, dicho término también tiene que ver con la representación que en la sociedad colombiana se tiene de estas poblaciones según unas características raciales particulares; representación que conlleva así una alteridad social que constituye el soporte la mayoría de las veces de comportamientos racistas (ver documento de Proyecto Cidse-Orstom, presentado a Colciencias, [1995: 3]). En este sentido, como ya se establecía en el texto inicial del proyecto, se trataba más de una aproximación descriptiva y socio-histórica bajo el término afrocolombiano de unas poblaciones negras-mulatas, separándonos de una perspectiva étnica o de «herencia africana» de corte esencialista, la cual respetamos, pero que consideramos poco contribuye al entendimiento de una dinámica contemporánea de estas poblaciones y las condiciones de exclusión y discriminación racial; sin desconocer, por otra parte, que dicha perspectiva puede a su vez ser el soporte de una autoafirmación identitaria necesaria para ganar respeto social y espacios de negociación en la sociedad de un importante segmento de la población colombiana, hasta el presente discriminada y excluida socialmente.

En el caso de la región Pacífica se trata de una población históricamente con reducido o muy poco mestizaje interracial, debido a las particulares condiciones de aislamiento que ha vivido dicha región respecto al resto de la sociedad colombiana, sobre todo a partir de mediados del siglo XIX –una vez se dio la abolición de la esclavitud– hasta la década del sesenta en el siglo XX (véase Wade [1993-1997]; y Hoffmann [1997]). Por otra parte, somos conscientes que el acercamiento a una población bajo una clasificación étnica o socio-racial tiene implicaciones ético-políticas, epistemológicas y metodológicas, las cuales son asumidas y discutidas en este documento.

En la perspectiva anterior el proyecto Cidse-Ird-Colciencias parte de un enfoque analítico en el estudio de las poblaciones afrocolombianas que privilegia los contextos socio-históricos a nivel nacional y regional y las dinámicas contemporáneas de modernización-modernidad en la producción de prácticas, discursos y, en general, de representaciones de los grupos, poblaciones, movimientos y clases sociales, del propio Estado, sus agentes y de otros actores sociales. En esta dirección hay un ejercicio de “deconstrucción” de las representaciones esencialistas y por lo mismo se aparta del recurso a explicaciones culturalistas sobre la población negra-mulata o de otros grupos “étnicos” (en el caso de los grupos indígenas) o raciales en la sociedad colombiana.

Sin desconocer la dimensión de las relaciones inter-étnicas, que en términos históricos han jugado un papel considerable y una significativa importancia antes y después de la Constitución de 1991 y de la Ley 70 de 1993, el proyecto hace un particular énfasis sobre todo en el estudio de los procesos vinculados a dinámicas urbanas y de transformación de los espacios “rurales”, y –en estos contextos– de las formas de segregación y discriminación socio-racial y socioeconómicas encontradas. En este contexto urbano-rural en proceso de profundos cambios, el proyecto se pregunta por las dimensiones culturales, políticas e identitarias de las poblaciones afrocolombianas. A partir de estas conexiones el proyecto analiza las modalidades del racismo y las respuestas desde las mismas poblaciones negras-mulatas presentes en espacios urbanos-rurales de las regiones estudiadas y su articulación con los factores de clase social y género.

Espacios, herramientas y grandes temáticas / capítulos.

El mapa y esquema anexos (Espacios, herramientas y temáticas) recogen en forma sintética los espacios regionales en los que la investigación ha centrado su atención, alrededor del eje socio-geográfico Tumaco-Cali en el contexto del Pacífico Sur, pero incluyendo otros territorios conectados a este eje, la región del Patía y la del Norte del Cauca, además de los centros urbanos de Buenaventura y Guapi, y en conjunto los territorios “rurales” de ríos en el Pacífico Sur.

Las herramientas con las que se trabajó a lo largo del proyecto en sus diferentes etapas (segundo semestre de 1995 – primer semestre del 2000) han sido de dos clases, cuantitativas y cualitativas. Entre las primeras se señalan los censos de población, especialmente el de 1993, la encuesta especializada Cidse-Ird aplicada en Cali en mayo-junio de 1998, las encuestas de hogares del Dane (varias etapas), y la encuesta especializada del Banco Mundial en Cali para septiembre de 1999. Respecto a las herramientas cualitativas sobresalen la observación y participación etnográfica, entrevistas en profundidad y encuestas locales semiabiertas.

Por otra parte, las tres temáticas tratadas en el documento (véase Espacios, herramientas y temáticas, página 5) conforman los tres grandes capítulos, que recogen los principales resultados ya señalados por los objetivos del proyecto en su formulación inicial en los siguientes tópicos:

- Dinámicas territoriales, espacios y urbanización en el Pacífico Sur de Colombia.
- Patrones de movilidad socio-espacial de las poblaciones afrocolombianas en el eje geográfico Pacífico – Cali: ríos-ríos, ríos-ciudad de Tumaco, ríos-Cali, Tumaco-Cali, ríos o Tumaco hacia otras áreas (Esmeraldas en Ecuador y Putumayo).
- Patrones sociodemográficos y socioeconómicos de las poblaciones afrocolombianas y no afrocolombianas en Cali.
- Dinámicas familiares en el Pacífico Sur y en la ciudad de Cali en las poblaciones afrocolombianas.
- Patrones de segregación y discriminación socioeconómica y socio-racial urbanas en Tumaco, Cali y Puerto Tejada. Sociabilidades en barriadas populares de población afrocolombiana y violencia urbana.
- Segmentación / segregación en el mercado laboral urbano de Cali entre población afrocolombiana y no afrocolombiana.
- Prácticas culturales y procesos de construcción de nuevas identidades en poblaciones afrocolombianas en el Pacífico y Cali.

- Nuevos procesos de participación política a partir de los nuevos discursos identitarios y la legislación multicultural existente.

Un primer capítulo sobre *espacios, movilidad y región en el Pacífico Sur*, a cargo de Odile Hoffmann (pp.7-27), analiza los procesos sociales asociados a las dinámicas espaciales, geográficas y demográficas en la región de Tumaco (tanto en su vertiente rural como urbana) en tanto que componente de un conjunto macro-regional mayor, la Costa Pacífica. En este capítulo se interpretan los resultados de las sucesivas construcciones socio-históricas territoriales y sus transformaciones, los patrones de movilidad intra y extra-regional, así como las dinámicas familiares a ellas asociadas. Igualmente se esbozan, dentro de ese mismo marco analítico, los procesos políticos acaecidos en el Pacífico Sur, articulándolos mediante una perspectiva general a los procesos de urbanización y migración y, de modo más contextual, de *modernización* y de penetración de la *modernidad* en la región (en especial, se trata de dinámicas asociadas tanto a procesos económicos –por ejemplo la economía de enclave dominante hasta bien entrado el siglo XX, o los procesos de titulación colectiva de tierras a fines del mismo siglo–, como a dinámicas políticas –por ejemplo, la expedición de la Ley 70 y los procesos de movilización social que generó–).

El segundo capítulo, *contextos, dinámicas y sociabilidades urbanas*, trata sobre la construcción contemporánea de ser hombre o mujer negro-a, en los contextos urbanos de Cali, Puerto Tejada y Tumaco; a cargo de Olivier Barbary, Héctor Fabio Ramírez y Fernando Urrea (pp.28-66). Este capítulo aborda los siguientes tópicos: el problema epistemológico y metodológico, con consecuencias éticas, de las representaciones que “identifican” las poblaciones ‘negras’ entre lo étnico-territorial y lo socio-racial, a partir de la construcción de datos estadísticos; la heterogeneidad social –demográfica y económica– de las poblaciones afrocolombianas en términos comparativos con las no afrocolombianas, permitiendo analizar las características similares entre las dos poblaciones y también las diferencias a partir de las condiciones de inserción urbana y segregación socio-espacial que enfrentan amplios grupos poblacionales afrocolombianos; las modalidades de segregación socioeconómica y socio-racial en los contextos urbanos antes anotados que enfrentan las poblaciones ‘negras’, captadas a través tanto de mediciones estadísticas como de percepciones; la segregación y segmentación en el mercado laboral analizada a partir de una evaluación estadística de estudios cuantitativos complementarios realizados sobre Cali; y finalmente la dinámica que genera la inserción urbana precaria con ausencia de ciudadanía para una mayoría de las poblaciones afrocolombianas en consonancia con la invención de un imaginario de “ghetto” urbano en sectores juveniles negros de barriadas pobres, al lado de procesos sutiles pero efectivos de discriminación racial para las clases medias negras-mulatas, así como la producción de sociabilidades en contextos de segregación / exclusión social y la violencia urbana. En este capítulo se integran además resultados de otros estudios cuantitativos para Cali que son comparables con los generados por el propio proyecto Cidse-Ird.

El tercer capítulo, *identidades en cuestión*, a cargo de Michel Agier y Pedro Quintín (pp.67-77), se concentra inicialmente en una reflexión alrededor de las prácticas culturales y las dinámicas identitarias de estas poblaciones y su puesta en juego como recurso político de negociación en la sociedad mayor en cuanto sociedad dominante, tanto en términos políticos y económicos como en términos culturales. Este capítulo analiza así la dimensión política de la participación de la población negra que, en los años noventa, ha pasado de una serie de movimientos sociales negros anclados en las estrategias de la lucha antirracista y por derechos ciudadanos, a unas lógicas más apoyadas en discursos de tipo “étnico” y “cultural”. El análisis de construcción de estas identidades es adelantado atendiendo tanto a los procesos colectivos

como a los procesos individuales. En este último caso, se hace mediante la disección de las trayectorias personales de confección de subjetividades: por un lado de las identidades *masculinas* por parte de jóvenes de los sectores más deprimidos de la ciudad y, por otro, de las fragmentadas identidades *sociales* que tejen los desplazados llegados a la ciudad. Igualmente enfatiza la observación de la participación de los investigadores sociales de tal forma que permita esbozar una reflexión ética-científica acerca del papel de la investigación en la formación de investigadores “nativos” y locales, queriendo redundar en la apertura de los agentes sociales a orientaciones y prácticas menos reduccionistas o esencialistas, aún dentro de procesos sociales de claro perfil “étnico” o socio-racial.

Observaciones sobre el documento.

Este documento busca subrayar los principales aportes de los investigadores del proyecto y las articulaciones que los diferentes productos del mismo tienen entre ellos, así como las relaciones con resultados de otros investigadores y programas relativos al Pacífico y a la ciudad de Cali, pertinentes a la problemática de las poblaciones afrocolombianas. Aunque los capítulos tienen personas responsables, el conjunto de todo el material ha sido resultado de la reflexión y debate colectivos entre los miembros del equipo que suscriben este documento. Por otro lado, hay citaciones bibliográficas de orden más teórica a lo largo del texto. En tal sentido la bibliografía y fuentes utilizadas aquí referidas en el interior del documento son las de los investigadores vinculados al proyecto Cidse-Ird-Colciencias, en forma directa o mediante convenio con otras entidades (convenio Cidse-Ird-ICANH, Universidad de Manchester-Cidse-Ird), mientras las referidas en pie de página tienen que ver con trabajos de otros investigadores o programas conexos a las tres grandes temáticas analizadas por este proyecto y los de tipo teórico. Aunque unas y otras fuentes son referenciadas en cada capítulo, la bibliografía completa de los tres capítulos está al final del documento (pp.78-88). Este está acompañado de algunas gráficas (capítulo 1), así como de mapas y sólo una tabla resumen de resultados sobre percepciones de discriminación racial que se consideró útil para la comprensión del texto (capítulo 2), al igual que un conjunto de fotos alusivas a espacios y personajes que permiten ambientar mejor el análisis. Por el carácter del documento se han evitado en lo posible presentar datos empíricos de los diversos resultados, a menos que fuesen necesarios para la argumentación sobre los principales resultados. Para ello se pueden consultar los textos aquí citados. Por esta razón se trata de un documento de síntesis analítica y metodológica de todo el proceso investigativo llevado a cabo en el proyecto Cidse-Ird-Colciencias.

Espacios, herramientas y temáticas



LOS ESPACIOS DE REFERENCIA

Los cuatro departamentos del Pacífico,
en su entorno nacional

El litoral sur-occidental

Cali y su área metropolitana (1)

La región de Tumaco (2)

LAS HERRAMIENTAS

Censos nacionales

Encuesta especializada en Cali, 1998

Encuestas Nacionales de Hogares (varias etapas)

Observación y participación

Encuesta Banco Mundial, 1999

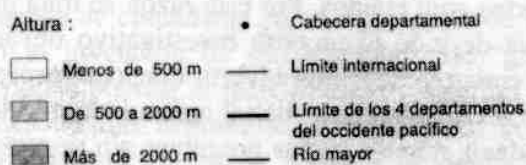
Entrevistas y encuestas locales

LAS TEMATICAS

Espacios, movilidad y región

Contextos, dinámicas y sociabilidades urbanas

Identidades en cuestión



Fondo : Documento CEDE 96-05, CEDE-ORSTOM, 1996.

UNIVALLE - IRD

O. Hoffmann, O. Pissot

1. ESPACIOS, MOVILIDAD Y REGIÓN EN EL PACÍFICO SUR

1.1. El espacio regional del Pacífico suroccidental (Fig. 1).

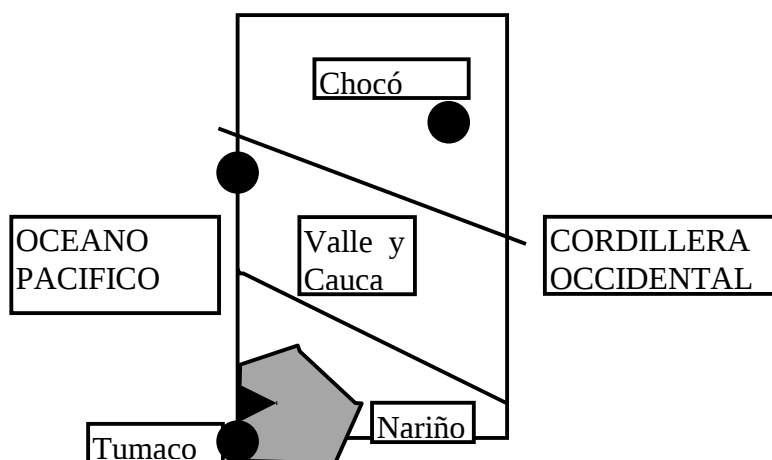


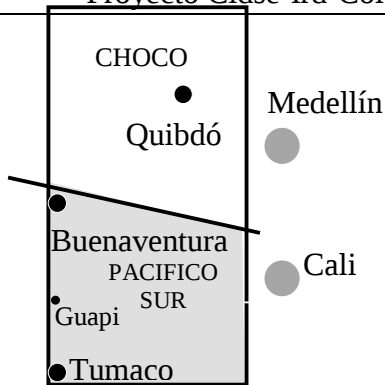
Figura 1

En este primer capítulo adoptamos una perspectiva que parte del espacio en el Pacífico para entender, desde este ángulo, cómo se están dando las transformaciones sociales y políticas en la región. El análisis busca resaltar las relaciones entre dinámicas espaciales y dinámicas sociales, proponiendo una interpretación que integra las dimensiones espacio-temporales en tres “momentos” que, en la cotidianeidad de los habitantes y actores locales, sufren evidentes traslapes geográficos e históricos. El primer “espacio-tiempo” corresponde al sistema ribereño tradicional del Pacífico, cuya actualidad sigue vigente en algunos lugares. En otros lugares ya se transformó radicalmente bajo las presiones exteriores de la modernización, en especial desde los años 1950, desembocando (segundo modelo) en la elaboración de un nuevo patrón socio-espacial. El tercer “momento” analizado es el actual, cuando nuevas fuerzas económicas y políticas apuntan a desarrollos contradictorios en el litoral pacífico.

Estos “modelos” de espacio-tiempo no son simples descripciones cronológicas, sino construcciones analíticas que ayudan a pensar el espacio del Pacífico como un producto social, un capital multifacético (político, económico, social, cultural, simbólico), diversamente acumulado y usado por los distintos grupos y clases sociales. Las configuraciones espaciales o momentos socio-históricos –que se presentan más adelante – traducen modos de movilizar recursos –materiales y no materiales– en contextos de intervención desigual del Estado, el mercado y el capital, en los que los actores interactúan en función de objetivos que a veces son explícitos y conscientes, y a veces en ciernes o en construcción.

Antes de entrar en detalle con el análisis de estos “momentos”, es necesario precisar los espacios en los que se enmarcan las dinámicas socio- espaciales. Presentamos a continuación, a manera de muñecas rusas, el juego de escalas que permite ubicar los lugares de estudio en contextos geográficos más amplios, partiendo del conjunto macro regional “Costa pacífica” para llegar a la región de Tumaco (cf. figura 2).

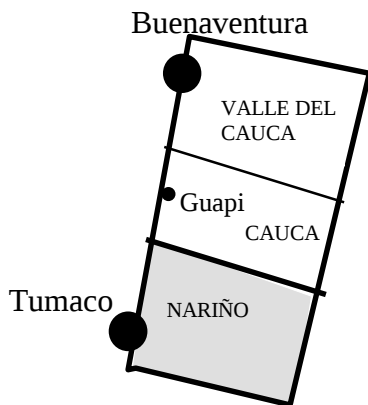
Figura 2 : Los espacios del Pacífico, un juego de escalas



En la llamada “**provincia biogeográfica del Chocó**”, que se extiende desde Panamá y el golfo de Urabá hasta el Ecuador. Se distinguen claramente dos unidades por criterios fisiográficos, climáticos, de vegetación y geológicos:

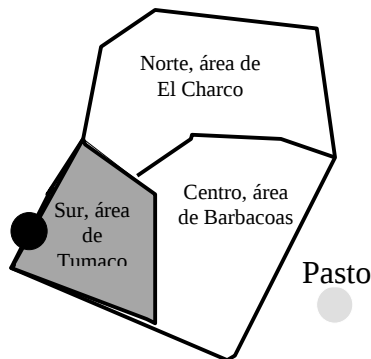
- El Chocó propiamente dicho, al norte
- El Pacífico Sur, al sur de Cabo Corrientes

Esta división corresponde además a una diferenciación en las modalidades de poblamiento, así como en las divisiones político administrativas.



El Pacífico Sur se extiende sobre tres departamentos: Valle del Cauca, Cauca y Nariño. Sin embargo, las condiciones geográficas (esencialmente climáticas, fisiográficas, así como las redes hidrográficas) y los patrones de poblamiento y explotación permiten diferenciar dos grandes unidades:

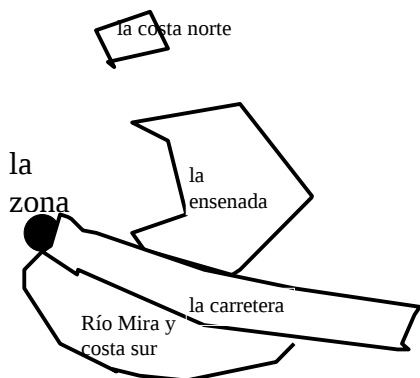
- La que comprende el Pacífico de los Departamentos del Valle y del Cauca por un lado (cuyo principal centro urbano es Guapi), al norte, con la ciudad de Buenaventura como polo de atracción en la zona Pacífica de los dos departamentos, y
- El espacio que cubre las partes bajas del Departamento de Nariño, al sur, siendo Tumaco la ciudad de importancia de esta área.



El **Pacífico Nariñense** se divide a su vez en tres pequeñas regiones, diferenciadas de nuevo por condiciones geográficas, y por los flujos de productos y población que se dan en cada una (influenciadas por las redes de comunicación).

La región norte (maderera) está volcada hacia Buenaventura, mientras el sur y el centro establecen relaciones privilegiadas con Cali.

La región de Tumaco (el sur) se dedica más a la agricultura, por sus condiciones climáticas (menos pluviometría), fisiográficas (planicie), y sobre todo históricas (tipo de poblamiento) en cuanto Barbacoas, anteriormente minero, se encuentra en profunda crisis.



El área sur se confunde con el **municipio de Tumaco**, cuyas características ecológicas, de producción y de comunicación se subdividen en 5 subáreas: una urbana (la ciudad de Tumaco) y cuatro rurales (conocidas bajo el genérico de “los ríos”):

El área sur, del río Mira hasta la frontera con Ecuador, es aislada y con grandes plantaciones -haciendas- de palma africana y ganadería, “la carretera”, a lo largo del eje Tumaco-Pasto, es área de plantaciones de palma (y camaronicultura en la parte baja) y de agricultura, la ensenada comprende cinco ríos principales y una población campesina-pesquera. La costa norte sigue predominantemente pesquera y agrícola.

Este ejercicio es fruto de simplificaciones sucesivas, tanto de los espacios como de los procesos mencionados. No existe límite fijo y preciso entre las áreas, regiones o zonas señaladas, razón por la cual preferimos en un primer momento utilizar estos esquemas sin mención a escala alguna. La figura 2 muestra cuatro conjuntos geográficos y marca a la vez los procesos de diferenciación regional, desde la llamada “provincia biogeográfica del Chocó” hasta la ensenada de Tumaco, pasando por “el Pacífico sur” y el “Pacífico nariñense”. Se subraya la diversidad de condiciones de vida y las relaciones de antagonismo o similitud entre los espacios, introduciendo la noción de *identidad regional* que se irá desarrollando en el texto. Al igual que las identidades sociales, las identidades regionales son relativas y “relacionales”, toman sentido frente a las otras dependiendo de las escalas de observación. Por ejemplo, las especificidades del Pacífico nariñense se borran al nivel de la provincia biogeográfica del Chocó, la cual adquiere sentido frente al conjunto nacional pero no a escala de la ensenada de Tumaco (allí un chocoano es claramente percibido como distinto al nativo).

Después de este primer acercamiento geográfico, se llevó a cabo un ejercicio metodológico que consiste en la interpretación cartográfica de la gran región del Pacífico (los cuatro departamentos occidentales) a partir de sus principales características geográficas y demográficas (Pissoat y Hoffmann [1999]). El objetivo es subrayar las estructuras espaciales elementales y las configuraciones espaciales reiteradas o excepcionales que nos llevan a plantear los siguientes resultados.

- Se confirman los dos ejes de diferenciación Este-Oeste y Norte-Sur (en población, infraestructuras, relieve, tipo de recursos, etc.): la oposición litoral/andes, y la que diferencia Chocó frente a los departamentos del Sur. Se produce históricamente en la larga duración una marginación del Pacífico con respecto a las zonas andinas, lo que ha propiciado sentimientos de alteridad recíproca entre ambos mundos, la cual se calca en una visión exacerbada de las diferencias étnico-raciales (negros del litoral vs. mestizos y blancos de los Andes).
- Se visualiza claramente el corredor andino, denso, complejo y estructurado, frente a un rosario de polos urbano-rurales no consolidados en el Pacífico, con alta dependencia del interior. En este dispositivo se evidencian herencias históricas (en el tipo de poblamiento y actividades económicas), pero también los efectos de políticas de desarrollo muy disímiles entre ambos espacios, hasta en la actualidad.
- Se aprecia una alta variación espacial en los comportamientos demográficos en el Pacífico, aún al nivel agregado de municipios, que en muchos casos se pueden relacionar con fenómenos locales de ampliación o restricción de recursos. Este fenómeno apunta a una característica señalada desde otras perspectivas (antropológicas o sociológicas): la de una gran capacidad de adaptación de las poblaciones del Pacífico a los cambios de condiciones de su entorno, a través, entre otros mecanismos, de una alta movilidad². A nivel veredal, se verifica este proceso con yuxtaposición de veredas en despoblamiento y veredas rurales consolidadas³. Esto nos lleva a subrayar el efecto de microredes en los fenómenos de emigración.

² / Lo que Whitten [1969] y West [1957] ya habían notado en los años 1950-1960 cuando relacionaban las dinámicas demográficas locales a los ciclos de auge-caída de productos de extracción, típicos del Pacífico.

³ / Datos SISBEN de Tumaco, 1997.

- Existen ciertas tendencias al crecimiento demográfico (Tumaco) a pesar de una alta emigración, lo que se podría explicar por el “efecto ciudad”: Tumaco, polo regional, sigue atrayendo poblaciones de los ríos vecinos que “pasan” por la ciudad antes de emigrar a otras partes, o se instalan ahí guardando nexos familiares y económicos con sus veredas de origen, desarrollando así un sistema bipolar que hace posible la sobrevivencia en ambos lugares.

Es importante tener en cuenta estas estructuras espaciales elementales que funcionan como constricciones o limitantes, tanto para las acciones de los actores locales como para los planes de desarrollo relativos al Pacífico, según modalidades distintas en función de las épocas consideradas. A continuación presentamos los tres “momentos” mencionados arriba, terminando cada subcapítulo con una caracterización socio-espacial e ilustrando con una figura recapitulativa.

1.2 El espacio-tiempo rural: la cuestión del “territorio” y los sistemas fluviales del Pacífico.

Uno de los interrogantes más apremiantes en la actualidad del Pacífico tiene que ver con las aplicaciones y las implicaciones de la Ley 70 de 1993. Una primera etapa del proyecto consistió en la relectura de los paradigmas acerca de las configuraciones territoriales en el medio rural con un intenso trabajo de campo en el río Mejicano, en la ensenada de Tumaco. Este río, a unas cuatro horas de Tumaco en canoa, cuenta con cinco veredas principales, establecidas desde finales del siglo XIX con la instalación de pobladores originarios de Barbacoas (ver la tesis de grado de Nelly Rivas [1999b]).

Respecto a las modalidades de manejo y apropiación de los espacios utilizados por los habitantes de las veredas, se reconocieron algunas características señaladas en la literatura especializada, como son, entre otras: el peso de las redes de parentesco en la constitución de las veredas⁴, la importancia estratégica de la unidad “río” como espacio de reconocimiento hacia fuera⁵, las relaciones ambiguas de inserción/dependencia de las producciones campesinas frente a los mercados externos, por ejemplo para la madera⁶ y el coco.

Sin embargo también se resaltaron algunos rasgos hasta entonces poco explorados:

- Existe una multiplicidad de espacios de referencia al interior del río, así como distintas formas de acceso en función de los usos y destinos de los mismos. Para explicar esta diversidad, Rivas [1999b] introduce las nociones de “público-veredal” y “privado-veredal”, que tienen la bondad de relacionar las formas de acceso con las instancias de regulación, elaboradas socialmente para el control y manejo de los distintos espacios (Rivas [1999c]).

⁴/ cf. el modelo aldeano parental propuesto para el Pacífico por Gilma Mosquera y Jacques Aprile [1999].

⁵/ cf. Losonczy [1997] y Oslender [1998].

⁶ / cf. Restrepo, Eduardo y Jorge I. del Valle (eds), [1996].

- En particular, se nota la flexibilidad de las normas de apropiación y transmisión de las tierras en los ríos (Rivas [1999a]): a cada espacio corresponden ciertas normas locales de apropiación, que pueden variar en el tiempo y en función de los usos y objetivos asociados a los mismos (recolección, cultivos de autoconsumo o de renta, cacería, explotación maderera)⁷.
- Existe una gran variación en las prácticas matrimoniales y familiares de los habitantes rurales. No existe un modelo privilegiado de alianza matrimonial ni de tipo de hogares⁸, sino una amplia gama de situaciones que coexisten en una misma vereda, o en el seno de una misma familia, sin que se puedan reconocer regularidades o patrones de comportamiento socialmente privilegiados. Se resaltan además algunos procesos de consolidación y estabilización en las composiciones de los hogares, que se observan sobre todo en las veredas de cierta importancia demográfica⁹ (Hoffmann [1998b]). Esta tendencia se verifica (Urrea [1999]) en los hogares afrocolombianos de la capital vallecaucana como en los de Tumaco y los pueblos grandes donde predominan los hogares unifamiliares y nucleares, con promedio de 4 a 5 miembros por hogar y cierta estabilidad de las uniones.
- Se evidenciaron las distintas modalidades de adscripción y legitimación en un territorio, y su combinación para construir una noción compleja de “pertenencia” a estos desde el parentesco, la residencia y el trabajo, respetando así la flexibilidad de las prácticas migratorias y matrimoniales que amplían singularmente los espacios de convivencia e intercambio (Hoffmann [1999c]).
- Finalmente, gracias a la aproximación multi-escalas, el estudio puso en evidencia la inserción de los territorios ribereños en espacios regionales más amplios de diversa amplitud. Si bien existen fuerzas que tienden al aislamiento y marginación de los ríos (a nivel económico principalmente), también existen prácticas que apuntan a la comunicación y a veces a la integración regional, por ejemplo mediante las migraciones circulares (cf. Hoffmann y Rivas [2000], en su estudio sobre movilidad y migración a partir del río Mejicano).

Así se cuestionaron algunos estereotipos que durante mucho tiempo pesaron sobre los estudios y sobre los mismos habitantes del Pacífico, como son las supuestas especificidades de las poblaciones negras en cuanto a uniones múltiples, la matrifocalidad, la migración pendular, la propiedad colectiva, etc. Este cuestionamiento también se dio, en el proyecto, desde otro enfoque, con las miradas antropológicas de Quintín [1999] y Vanín [1999] sobre migración. El proyecto también aportó elementos sustanciales a la discusión sobre el uso de ciertas categorías analíticas, entre ellas la de “campesino” para hablar de los pobladores del Pacífico. Desde hace varios años, Aprile [1992, 1992a, 1994] y Mosquera [2000] ya habían descrito el modelo de poblamiento ribereño que asocia el hábitat a un uso y control del espacio rural productivo organizado en “fincas” y “lotes” apropiados individualmente, lo que otros estudiosos refutaban arguyendo la alta movilidad y precariedad de las instalaciones en el Pacífico, además de un

⁷/ Estas características también se habían recalcado, desde otro punto de vista, en el trabajo de Restrepo en la costa norte de Nariño (Restrepo y del Valle, op.cit.).

⁸/ Al contrario de lo que encontró Nancy Motta por ejemplo, en el Salahonda de los años 1970, lo que la llevó a interpretar las dinámicas familiares en términos de matrifocalidad y alta movilidad matrimonial, cf. Motta [1975].

⁹/ Coincidiendo con lo encontrado por Aprile y Mosquera (op.cit.).

manejo colectivo del espacio. Planteamos sin embargo que no existen contradicciones entre ambas interpretaciones. Los pobladores negros son campesinos en cuanto tienen una relación privilegiada con el campo, del cual sacan medios de subsistencia y reproducción, y el cual modelan en función de lógicas sociales de negociación y control del espacio, combinando modalidades individuales y colectivas. Es menester aclarar que para nosotros, dado el contexto sociogeográfico del litoral, “ser campesino” supone obviamente combinar las actividades de agricultura con las de pesca, recolección y cacería, así como, cada vez más, el trabajo asalariado permanente o temporal, en los campos o en la ciudad (ver tesis de grado de Nelly Rivas [1999b]). Se puede explicar la reticencia de los académicos a usar la categoría de “campesinos” por la voluntad de tomar distancia frente a la tradición andina e indígena que tradicionalmente se asocia a ésta, así como la de “particularizar” la situación de los pobladores negros con el fin de contrarrestar la “invisibilidad” del negro por parte de los políticos y las instancias gubernamentales como el INCORA¹⁰. Sin embargo, en el plano académico, estos elementos no bastan para soslayar una dimensión que los mismos habitantes negros reivindican al nombrarse “campesinos” y/o “agricultores”.

Como se puede constatar, los resultados del proyecto convergen en una visión de los espacios rurales donde priman la diversidad y la flexibilidad en las formas de acceso, apropiación y manejo del espacio, así como en las modalidades sociodemográficas. Esto nos induce a proponer la conservación del término “territorio” para uso exclusivo del ámbito que más le corresponde en la actualidad (aplicación de la Ley 70), desarrollando en cambio el concepto de *territorialidad*, más dinámico y susceptible de integrar varias dimensiones.

La territorialidad ribereña consta de varias escalas, donde ciertamente el río es el principal punto de referencia, pero siempre en términos de articulación y combinación con las otras escalas.

- El nivel del río y los ríos vecinos (en el caso del Mejicano, la ensenada de Tumaco), en el que se da la movilidad de proximidad; es el espacio de nupcialidad en un primer momento después de la fundación de las veredas, de interconocimiento e intercambios diarios (de comida, bienes, servicios, trabajo e informaciones).
- Se relaciona con la ciudad de Tumaco, que se conecta al formar un espacio de nupcialidad también (y más en la actualidad), pero sobre todo de migración, trabajo, acceso a servicios públicos (educación y salud) y a veces de doble residencia.
- Nunca se han perdido nexos con ciertos puntos exteriores a la región, algunos con larga tradición de contacto: Buenaventura, Cali, Ecuador (comercio, migración).
- Finalmente, los ríos se conectan al ámbito exterior que representa el acceso al mercado global y la “modernidad”, muchas veces y hasta recientemente en manos de foráneos (entre ellos, comerciantes instalados en Tumaco de larga data y que ya son “tumaqueños”, cf. Hoffmann [1997]).

Este dispositivo espacial escalonado, desde lo micro local hacia lo regional, se asocia a un dispositivo de control político marcado por la fragmentación entre múltiples jefes políticos locales, cada uno manejando los espacios locales de los ríos, integrados a redes laxas del partido liberal a nivel nacional (por razones históricas, el conservatismo nunca alcanzó grandes fuerzas en el Pacífico sur, cf. Agudelo [1999b]). En el plano económico, traduce la yuxtaposición, y en ocasiones la combinación, entre distintas lógicas de producción y acumulación, de autoconsumo y sobrevivencia asociado a

¹⁰ / Instituto Colombiano de Reforma Agraria.

actividades de extracción y monetarización; estando las primeras en posición de subordinación sistemática frente a las segundas. El sistema regional de poder político conforta esta marginación de “los ríos”, llegando a una casi separación de ámbitos que se sobrepone a la diferenciación socio-racial –que luego tendrá a partir de la Ley 70 una connotación socio-étnica–. Los negros, rurales en su mayoría, sobreviven y están asociados al espacio local; los blancos, urbanos, deciden y se encargan de las relaciones con la esfera global. En esta configuración de segregación espacial, nadie del exterior se interesa demasiado por el Pacífico rural, ni el Estado y sus instancias de gobierno, ni el sector político nacional que lo deja todo en manos de algunos poderes locales, ni siquiera la Iglesia que se moviliza sólo en “momentos” posteriores. Las relaciones entre ambos espacios son esencialmente reguladas por el mercado (negocio de productos de extracción de la selva como la tagua, el caucho, la madera).

Este “modelo”, con toda la diversidad sociocultural presente en las veredas negras, por un lado, y todas las frustraciones que implica para las poblaciones rurales marginadas, por el otro, fue el que dio sustrato a la formulación de la vertiente territorial de la Ley 70 a raíz de las movilizaciones de organizaciones campesinas que luchaban por el control de sus territorios, en el Chocó principalmente (Hoffmann [1998a]; Agudelo [1999a]). En cuanto a temporalidades, sigue vigente en muchos ríos, y es ampliamente modificado en otros, para dar paso a lo que analizamos a continuación. Ver figura 3.

1.3 Los tiempos de la modernización en el Pacífico sur: años 1950-1970.

A partir de mediados del siglo XX pero con pautas distintas según los lugares –en algunos casos el cambio es actual–, se debilita el modelo anterior en las principales dimensiones mencionadas hasta ahora –la económica, la territorial, la política– desembocando en una nueva configuración socio-espacial.

La llegada de capital agroindustrial foráneo, sea bogotano, valluno o de los llanos (además de algunos extranjeros que históricamente siempre han estado ahí), a partir de los años 1940-60, conlleva nuevas formas de explotación de los recursos locales (madera, palma, más tarde camaronicultura) y de trabajo: intensificación del asalariado, proletarización del trabajador(a). Esta dinámica está apoyada por el Estado en dos vertientes: la asistencia técnica con la implantación de una estación agronómica del Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) en Tumaco, y sobre todo la “regularización” de la propiedad privada, a manos del INCORA. Esta última procede a entregar títulos individuales de propiedad sobre algunos predios campesinos, muchas veces asociando la entrega al otorgamiento de créditos agrícolas por la Caja Agraria para “cultivos tecnificados” (arroz principalmente). Los fracasos técnicos llevan en numerosos casos al no reembolso de créditos, seguido de embargos por parte de la Caja agraria que vende los predios a los grandes empresarios ganaderos y/o agrícolas. Así, la “modernización agrícola” en esta zona se traduce en pérdida de tierras y de recursos para los campesinos (Agier [1999f]), y en el desarrollo espectacular de haciendas ganaderas y de palma africana alrededor de la carretera Pasto-Tumaco (años cincuenta).

La problemática que se presenta para Tumaco coincide con los datos y hallazgos registrados por Urrea y Hurtado [1997] para el municipio de Puerto Tejada. La población de campesinos negros de este municipio, localizado en la región andina y actualmente conurbados con el área metropolitana de

Los referentes espaciales en el suroccidente del Pacífico

(en las tres situaciones se mantienen lazos con el exterior de la gran región, no representados en los esquemas)

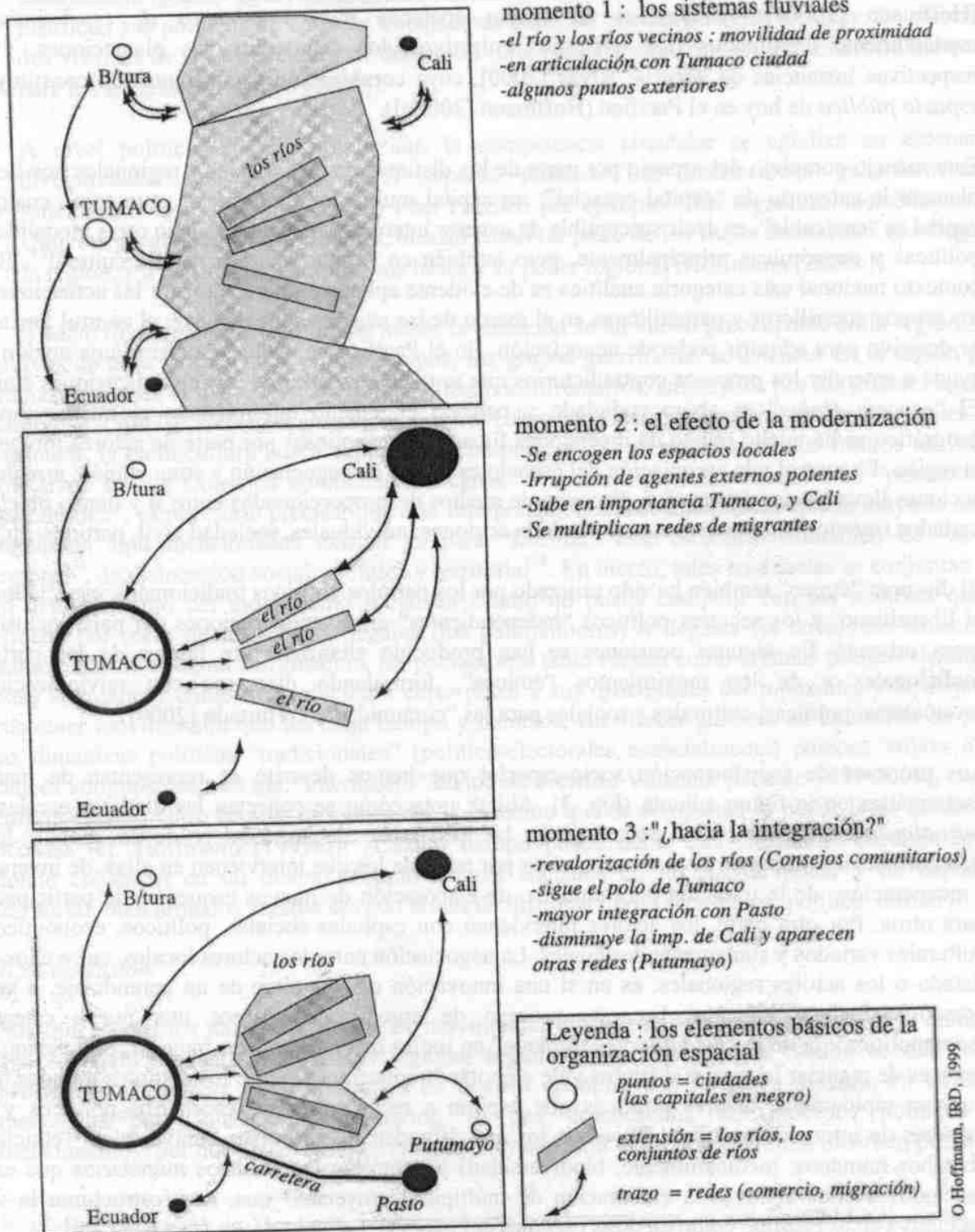


Figura. 3

la ciudad de Cali, se vio afectada por los procesos de industrialización azucarera, que implicaron el detrimento de la tenencia de tierras agrícolas que se hallaban en poder de los campesinos dedicadas a la producción de cultivos tradicionales, pasando a manos de los capitales agroindustriales, quienes las convierten en extensas plantaciones de monocultivo de cañaduzales. Habría así procesos de “modernización agrícola” similares en dos áreas de campesinado negro –una a través de la caña de azúcar, otra vía la palma africana–, con el efecto de proletarización en ambas partes, aunque en Puerto Tejada tuvo una mayor intensidad.

En otras partes del litoral nariñense intervienen también razones “naturales” para socavar la viabilidad del sistema anterior; una plaga afecta los cultivos de coco desde Timbiquí hasta la frontera, en 1972-74, y sobre todo, el maremoto de 1979 deja muertos y tierras cubiertas de agusal, inservibles por muchos años, provocando salidas y migraciones hacia las cabeceras municipales, y a veces hacia el exterior (Tumaco y Cali).

Mención especial se debe a la apertura del “Canal Naranjo”, en 1979, que modificó radicalmente la morfología de la llanura y la red hidrográfica de toda la parte centro y norte del Nariño costero. El río Patía que desembocaba en Salahonda a través de múltiples brazos, se vio dirigido hacia el norte, reorientando de esta manera los flujos de mercancía, actividad y dinero hacia Bocas de Satinga, que se volvió pueblo grande. Los aserraderos dejaron las costas de Tumaco y Salahonda para instalarse en la parte norte, los compradores de madera llegaron allá, con su cortejo de trabajadores, comerciantes, aventureros y otros menos bienvenidos. Estos cambios en la configuración espacial y socioeconómica regional provocan la ruptura de los lazos de la zona norte Nariño con Tumaco y su acercamiento a Buenaventura¹¹. También significan trastornos ecológicos (agotamiento de recursos marinos) y físicos (en las intensidades y direcciones de las corrientes fluviales y marítimas) que amenazan pueblos enteros (San Juan de la Costa ya desapareció y varias casas de Bocas de Satinga se destruyen con cada marea fuerte).

Estas décadas representan entonces, en tiempos y por factores variados según los lugares, años de transformación drástica para los campos del pacífico sur. El modelo de campesinado móvil y multi-recursos (caza, pesca, madera) se vuelve insostenible y éste se inserta cada vez más, en condición de dependencia aguda ya que no dispone de capital ni asistencia técnica, en las nuevas estructuras de producción, trabajo y comercialización impulsadas por el capital agroindustrial y maderero¹².

Trastornados por estos cambios en las posibilidades de explotar sus recursos, los patrones de territorialidad evolucionan también bajo el impulso de otras dimensiones de la modernización: la generalización de la escolaridad, la difusión de medios masivos de comunicación, y la aceleración de la emigración que llega a superar, en intensidad, a la tradicional movilidad y circulación de proximidad. *El tríptico identificado anteriormente como fundamento de la pertenencia territorial –residencia/parentesco/trabajo– se desbarata brusca o paulatinamente según los casos.*

¹¹/ A tal punto que hoy los municipios del norte reclaman su secesión de Nariño para acogerse al Departamento del Valle (El País, 2 de julio de 1999).

¹²/ En la ensenada de Tumaco, cf. Arocha [1999].

Los sistemas de residencia incluyen ahora nuevas modalidades, como la doble residencia (río-Tumaco) y la emigración de hombres y también de mujeres jóvenes a Tumaco y Cali (encuesta en el río Mejicano realizada en 1998, cf. Hoffmann y Rivas, [2000]), mientras se debilitan los lazos inter-ríos. Paralelamente las redes de nupcialidad se distienden y abarcan nuevos espacios o puntos (los de emigración), modificando profundamente las relaciones de parentesco que solían regir los espacios rurales. Tercer pilar del modelo anterior, el trabajo en el río ya no es suficiente para asegurar la reproducción social, ni siquiera familiar (agotamiento de las buenas tierras y problemas de producción ya evocados).

Producto de estas dinámicas, la ciudad de Tumaco conoce un crecimiento demográfico sin precedente (dobla su población entre 1960 y 1973): familias enteras, o mujeres con sus hijos van en busca de mejores opciones para la escolaridad y la salud, mientras los jóvenes encuentran trabajo en los aserraderos que por estos años (1960-70) se multiplican¹³ o en las plantaciones recién instaladas. La población de la ciudad cambia con estas olas de migración –algunos hablan de la “recolonización negra” de la ciudad, anteriormente dominada por las elites blancas–, pero las infraestructuras (agua, luz, viviendas) no siguen el ritmo, desembocando en una fisionomía urbana fragmentada y altamente marginada (Restrepo [1999a y 1999c]).

Este franco abandono de la región sureña se debe entender en el marco de un sistema político regional que impera en estos años: un gamonalismo exacerbado¹⁴ liderado por Alberto Escrucería (apodado “Beto”) que casi logra tener un monopolio político en esta región durante 30 años (1950-80) con base en un clientelismo muy personalizado por un lado, y el apoyo pasivo de los grupos liberales a escala nacional por otro. La “edad de oro” del “betismo” aprovecha la modernización y el crecimiento de Tumaco para consolidar su feudo, logrando adhesión popular al enaltecer la “identidad tumaqueña” en contraste con “los serranos” de Pasto, vinculados al partido conservador en una gran mayoría (Hoffmann [1999b]).

Frente a las innovaciones económicas y territoriales arriba mencionadas, muchos nativos hablan de ruptura y trauma, sin que existan en aquel momento formas de expresión colectiva que traduzcan este malestar: el dispositivo político está bloqueado por el “betismo”, y las movilizaciones populares todavía no se desarrollan. Sin embargo se puede ver cómo se elaboran a medida que van confirmándose estos cambios, estrategias propias de adecuación a las nuevas lógicas, individuales al principio pero que anuncian cambios culturales y sociales que se confirmarán en la etapa siguiente. Nuevas solidaridades urbano-rurales con el papel de los líderes locales y las redes de parientes que comparten residencias en la ciudad y en los ríos, apropiación del ámbito urbano a través de modos propios de urbanización (en las viviendas por ejemplo¹⁵), reconocimiento colectivo de una identidad tumaqueña, diversificación de los modelos de territorialidad y combinación de actividades rurales y urbanas (aunque siempre desde la subordinación, la pobreza, la precariedad, cf. Restrepo [1999c]). En esta dinámica el polo urbano de Tumaco empieza a revestir una importancia considerable ya que se vuelve el referente principal de todos los habitantes de la región, tanto rurales como urbanos, aun si todavía no logra consolidarse como “ciudad” compleja y acabada (cf. Agier [1999d]).

¹³/ cf. Restrepo [1997].

¹⁴/ cf. Helfrich [1998].

¹⁵/ cf. Alvarez, Manuela [1998].

La configuración espacial que resulta de estos procesos políticos, económicos y territoriales se distingue de la anterior por sus tendencias a la fragmentación y dislocación espacial, a la vez reflejo y factor de dispersión de los actores locales:

- Se encoge el espacio local y las territorialidades tradicionales pierden piso;
- Se instalan agentes externos potentes como el capital agroindustrial y maderero;
- Adquieren mayor importancia Tumaco, y sobre todo Cali como destinos de emigración durable;
- Se multiplican redes de migrantes (importancia del parentesco para la recepción de migrantes en los lugares de destino, por ejemplo en algunos barrios de Cali, cf. Urrea y Murillo [1999]);
- Se afianza el control político de la región desde el clientelismo “betista”, asociado a la poca presencia del Estado central.

Más que de un espacio regional, se trata en este período de un conjunto de redes yuxtapuestas que activan la migración (y son activadas por ella). Esta última es dirigida en su mayoría hacia Cali y muchas veces directa y sin regreso (Barbary [1999b]: 41-49¹⁶). En la misma ciudad de Tumaco siguen vigentes algunas lógicas rurales (sistema de parentesco y residencia) con adaptaciones al medio urbano (vivienda, ritmo de trabajo). Ver figura 3.

1.4 ¿Hacia la conformación de una sociedad regional en el suroccidente del Pacífico? A partir de los años ochenta.

El contexto nacional de los años ochenta está marcado por políticas de apertura económica, descentralización y democratización con la elección de alcaldes populares, y finalmente por las dinámicas que desembocan en la Constituyente y la Constitución de 1991 y posteriormente la Ley 70 de 1993. Esta ola de reformas fue precedida por fuertes movilizaciones políticas en todo el país (numerosos paros cívicos y protestas), expresiones de la crisis del modelo clientelista redistribuidor. Este conjunto heterogéneo de reformas, rupturas y participación popular también se dio en el Pacífico sur, asociado a procesos regionales de transformación económica, política y de reivindicación identitaria.

A nivel económico, se acentúa el afianzamiento del capital agroindustrial alrededor de Tumaco¹⁷, con una presión creciente sobre los recursos en tierras y trabajo en la zona de la carretera, para ampliar las áreas de palmicultura (Agier [1999f]). El fracaso del intento de industrialización maderero en los años 70 (que había dado lugar a movilizaciones populares de gran envergadura en Tumaco en 1975-76), aliado a la precarización de la agricultura campesina

¹⁶/ La encuesta especializada del proyecto muestra que el 50% de la población originaria de Tumaco son nacidos en Cali, de padres/madres migrantes que se quedaron. La gran mayoría (86%) de los migrantes tumaqueños salieron directamente a Cali, sin etapa migratoria intermedia (a pesar de la distancia y del costo considerable del viaje), y el 83% tienen más de cinco años en Cali, mostrando así que la migración desde Tumaco, además de más intensa, es más antigua que la de otros municipios del Pacífico, cf. Barbary [1999b], donde el autor concluye: “¿Será que a través de un flujo migratorio que ya tiene más de dos décadas de historia, los tumaqueños han desarrollado redes colectivas - familiares pero también más amplias, de comunicación y solidaridad con Cali- que limitan el riesgo económico mientras aumentan las expectativas y las proyecciones de oportunidades ligadas a la migración en la ‘capital del Pacífico’?”.

¹⁷/ cf. Escobar [1996].

y de la pesca artesanal frente a los industriales, provoca un desempleo urbano muy alto¹⁸ y un descontento generalizado que encuentra expresiones variadas a partir de los años 1970.

La movilización popular suscita, a la vez que se fortalece con ella, la emergencia de actores locales apoyados por las Ong's (por ejemplo, Plan Internacional Padrinos), los programas de desarrollo que por estos años se implementan en el Pacífico -en Tumaco es sobre todo la Corporación Regional del Valle del Cauca (CVC)- y la Iglesia católica que inicia una línea de Pastoral negra en los años 1980. Sean masivas o puntuales, a veces violentas -el Tumacazo en 1988-, estas expresiones populares¹⁹ participan de una misma reivindicación de protagonismo frente a un Estado ausente y un capital cuyas lógicas y exigencias invaden todas las esferas de la vida regional (cf. Hoffmann [1999a]). Las vías tradicionales de negociación clientelar se agotan y el betismo se debilita -y con él algunas redes regionales del litoral nariñense ligadas al caudillo-, mientras se estructura una competencia político-electoral alrededor de fracciones locales del liberalismo²⁰ (Hoffmann [1999b]).

Nacida de la misma demanda por más participación, en el contexto de la Constituyente, otra vertiente de la movilización se organiza en torno a la reivindicación étnica negra (Agudelo [1999a]). La coordinación regional del Proceso de Comunidades Negras -Palenque (en un principio unificada y hoy bastante fragmentada y debilitada, como lo ilustra la creación de una Asociación de Consejos Comunitarios -Nariño centro y norte)- acompaña las organizaciones de base para constituir consejos comunitarios y promover la titulación de territorios colectivos, en el marco de la Ley 70. A la fecha (junio de 2000) se aprobaron cuatro titulaciones en Nariño, según modalidades distintas en función de las relaciones de fuerza entre los actores que intervienen en este proceso complejo: las organizaciones étnico-territoriales, las instituciones gubernamentales, los agentes económicos externos (Agier y Hoffmann [1999]).

Se dibujan así nuevas expectativas y nuevas demandas que interfieren directamente en las formas de control del espacio regional. La titulación de los territorios de la Ley 70 conoce una aplicación diferencial en función de los actores presentes. En Chocó donde se planean macroproyectos y donde se enfrentan guerrillas, paramilitares y traficantes, los beneficiarios campesinos de los territorios recién titulados son desplazados por las violencias, mientras que en Cauca y Nariño los territorios son todavía -o eran hasta hace poco tiempo- relativamente "poco codiciados" por estos actores, lo que permite una movilización y un proceso de titulación conforme a la Ley (con todos los matices amparados por las ambigüedades de la misma, cf. Agier y Hoffmann [1999]).

Las movilizaciones se multiplican en los ríos donde campesinos, líderes y asesores externos combinan esfuerzos, y a veces se enfrentan entre sí, para elaborar los expedientes necesarios a la titulación colectiva de las tierras de las comunidades negras²¹. Estos implican una reflexión acerca de la relación entre territorio e identidad, empezando por definir cada uno de los términos, además de construir consensos -o lograr imposiciones- en torno a nuevos conceptos que van asociados a estas nuevas formas de manejar y dividir el espacio (Consejo Comunitario, Plan de Ordenamiento Territorial). Se da así, alrededor del espacio, una interacción entre

¹⁸/ Superior a los 20% en Tumaco en 1998, según Plan Pacífico.

¹⁹/ cf. Pardo [1997].

²⁰/ cf. Helfrich (op.cit.).

²¹/ cf. Villa [1998].

ámbitos sociales distintos pero reunidos en esta ocasión –la solicitud de titulación–, donde posturas “teóricas” pueden desembocar en nuevas prácticas territoriales concretas, y viceversa, cuando las prácticas imponen giros a las construcciones políticas elaboradas desde fuera de los ríos (Hoffmann [2000a]). Un ejemplo de estas dinámicas lo ilustra el hecho de que los campesinos se apropian nuevas técnicas y modos de pensar su espacio, mediante la elaboración de mapas y la reconstrucción histórica de sus territorios, condición puesta por “La Ley” (la Ley 70) para integrarse a la Nación bajo la categoría específica de “comunidades negras” con derechos propios.

En los territorios de la región andina, donde la Ley 70 no tiene ingerencia en lo relacionado a la titulación colectiva, las “comunidades negras” han recurrido a mecanismos alternos para lograr la recuperación y titulación de terrenos; por ejemplo, la población de Guachené, municipio nortecaucano de Caloto, se organizó para invadir la hacienda El Píamo y presionar al gobierno nacional para que a través del INCORA les titulara los terrenos a los campesinos. Aunque la invasión de esa hacienda se hizo en 1985 (época de fuertes movilizaciones cívicas y de tomas de terrenos agrícolas por la vía de hecho en el norte del Cauca), sólo entre 1997 y 1998 el INCORA les titula de manera colectiva a los ocupantes. A raíz del proceso de titulación colectiva los campesinos, orientados por organizaciones “étnicas-territoriales” nortecaucanas, las cuales buscan extender la Ley 70 al área geográfica de esta región, se apropian de la figura de Consejos Comunitarios para intentar validar la Ley 70 en la región del norte del Cauca. De este modo los aldeanos instauran el Consejo Comunitario de El Píamo, como un mecanismo simbólico de aplicación de la “Ley de Negritudes” en territorios no previstos para tal propósito, porque se trata de una importante zona de desarrollo agroindustrial azucarero, por fuera del área geográfica que establece la misma ley (Hurtado [2000]).

Para las poblaciones rurales del Pacífico, la entrada a la modernidad pasa por la reivindicación –muchas veces la “invención” en la dirección de los desarrollos contemporáneos de las ciencias sociales – de la ancestralidad y del particularismo étnico. De igual manera en la comarca del norte del Cauca los movimientos sociales de los últimos diez años apela a este tipo de discursos (Hurtado [op.cit.]). El territorio es fundamento y base de la movilización en un doble sentido: por un lado legitima y condiciona el acceso a estos derechos nuevamente adquiridos después de siglos de “invisibilidad”, y por el otro propicia la construcción de un nuevo actor colectivo de envergadura nacional –las comunidades negras– cuyo rango de acción puede, legalmente, abarcar muchas otras esferas de la vida pública, electoral, educación, investigación, planes de desarrollo, etc. (Agudelo [1999a]).

La interacción entre los niveles nacionales, regionales y locales por una parte, y la retroalimentación entre procesos políticos, económicos y culturales por otra parte, desembocan, en la última década, en profundas transformaciones de las lógicas de “funcionamiento” regional. Entre otras, la dimensión migratoria adquiere otro matiz, con impactos evidentes en las estructuras demográficas de los lugares de expulsión²². Ahora son más numerosas las migrantes mujeres que salen de los ríos (datos del SISBEN de Tumaco 1997, encuesta en el río Mejicano 1998, censo 1993), mostrando así que el Pacífico se acerca a los perfiles generalizados en el país (tasas de masculinidad altas en el campo, feminización de las ciudades). Ya no solamente salen los más jóvenes, ni los más pobres, sino que se ve un aumento de migración de estudiantes y

²²/ cf. La demografía como base y motor de los procesos de cambio, cf. Aprile y Mosquera (op.cit.), y la importancia de la vertiente socio-demográfica de nuestro proyecto.

profesionales. Los destinos mismos de migración se diversifican: al lado de Cali y Ecuador aparecen Nariño-interior, Putumayo, Venezuela (encuesta en el río Mejicano 1998; y Vanín [1999]). Sin embargo es notorio cómo ciertas redes se consolidan, las que unen Cali y la región de Tumaco (o Guapi-Popayan, cf. Agudelo [1998]) en ámbitos tan diversos como pueden ser el político (el apoyo decidido de políticos caleños a ciertos grupos de Tumaco) o el de las bandas juveniles de Tumaco (Restrepo [1999b]). Ver figura 3.

1.5. Tendencias y posibles nuevas configuraciones.

A nivel espacial algunas fuerzas se conjugan, otras se contradicen, lo que nos lleva a plantear tres escenarios posibles.

a) *hacia la construcción política de una sociedad regional*. Los últimos años propiciaron la emergencia de actores locales más potentes, diversos y numerosos (líderes, pero también políticos, Ong's, comerciantes locales), de legitimaciones más fuertes (Ley 70, descentralización, interés renovado del gobierno central por la zona debido a razones político-estratégicas). De hecho, aunque sea de manera dispersa y fragmentada, se elaboran nuevos espacios de autonomía alrededor de los territorios colectivos titulados y del vasto "territorio-región" de las comunidades negras. Estos permiten asegurar el control de las tierras a la vez que abren nuevas vías de posible desarrollo al insertarse en las redes de organizaciones y programas, gubernamentales o no, que se encargan de financiar proyectos alternativos en el Pacífico. El territorio se vuelve recurso en sí. Como se pudo estudiar con detalle en el consejo de ACAPA²³ (municipio de Pizarro), la titulación colectiva puede dar paso a un empoderamiento por parte de las comunidades o de algunos de sus líderes –con sus evidentes limitaciones–, llegando incluso a fomentar una nueva institucionalidad local (Rivas [2000]). Por otro lado, cierto desarrollo económico se da alrededor de la carretera y del puerto, con más integración a la región de Pasto y de ahí al corredor andino. Estos dos "pilares" de la dinámica regional se apoyan en recursos y discursos legitimados de afuera pero re-apropiados y movilizados por actores locales (discurso étnico y biodiversidad por un lado, progreso económico e integración macro-regional por otro). Sin embargo esta posible tendencia concierne básicamente a la región cercana a Tumaco, mientras el resto del litoral nariñense se vuelca hacia Buenaventura, o sigue enclavado en territorios cada día más dependientes de actores "extraños" (coca y guerrilla).

Es útil señalar que al hablar de "*sociedad regional*", el uso de los términos "sociedad" y "región" no es neutro ni retórico. El primero (sociedad) casi no se oye cuando se habla del Pacífico, que todavía se percibe como un espacio donde viven "grupos", "poblaciones", "comunidades", "veredas", "gente", seguidos del adjetivo "negro" o "negra"; es decir, entidades sociales elementales y separadas, significantes sobre todo por su pertenencia étnico-racial. De la misma manera, el término región (más común es cierto), se usa por comodidad, siendo todavía un reto para los habitantes, las organizaciones y los políticos concebir acciones que derivan en una verdadera construcción regional. No es casualidad que la Agenda XXI para el Pacífico (2000) haya adoptado como lema "Hacer región", en aras de juntar iniciativas y propuestas de desarrollo para los próximos 25 años. *Un aporte del proyecto es reposicionar las dinámicas y cambios sociales y políticos locales dentro de contextos más amplios, a la vez que mostrar las articulaciones y contradicciones "societales", neologismo que indica la dimensión global –no*

²³ / Asociación Campesina del Patía Grande y Ensenada de Tumaco.

restringidas a los habitantes o actores “negros”, ni a la perspectiva étnica– de los procesos estudiados.

b) *hacia la fragmentación.* Las dinámicas actuales consolidan lógicas político-territoriales por parte de grupos que se legitiman en registros distintos, llegando en concreto a una yuxtaposición de espacios de estatutos diversos: territorios colectivos de comunidades negras, resguardos indígenas, grandes plantaciones privadas, concesiones madereras. Pero el espacio no es expandible, y empiezan a darse situaciones de competición territorial que adquieren matices étnicas, socioeconómicas o políticas. Cada "grupo" lucha por obtener recursos propios, amparado en un dispositivo jurídico-legal y un aparato institucional específico (Ley 70 para las comunidades negras, Ley 60 para los indígenas, leyes fundamentales de la propiedad privada para los agro-empresarios). La fragmentación territorial, étnica y política tiene entonces sustento legal (los habitantes de los distintos tipos de territorios no se acogen a las mismas legislaciones) y llega a coincidir con intereses económicos de corte netamente neoliberal. Tres ejemplos ilustran estas tendencias.

- 1- El proceso de titulación colectiva conduce a la creación de territorios y Consejos Comunitarios que aspiran tener acceso a los pocos recursos disponibles localmente, entrando en conflicto con los demás actores. Si bien se ha podido constatar cómo, en algunas veredas, los habitantes negros y no negros comparten territorio y Consejo comunitario sobre la base de una convivencia cotidiana (Hoffmann [2000a]), en otros casos la frontera étnica se vuelve barrera que desemboca en la agudización de los particularismos y de los conflictos interétnicos, en particular con los grupos indígenas (Eperara-Siapidara, Awa). Estos, apoyados por asesores externos –al igual que las comunidades negras– llegan a reivindicar la creación de resguardos indígenas sobre tierras que les fueron concedidas hace menos de 10 o 15 años por sus vecinos negros o por el gobierno (Rivas, [2000]). Argumentan antecedentes históricos, que nadie contesta, pero "olvidan" que los grupos negros se asentaron desde más de un siglo en estas tierras "dejadas" por los propios indígenas (que se refugiaron hacia las cabezas de los ríos). Se enfrentan así dos visiones de la historia, dos sistemas de legitimación que hoy compiten por recursos escasos y estratégicos: las tierras y la representación política (en cuanto Consejo Comunitario o Cabildo Indígena).
- 2- Por otra parte, los empresarios agroindustriales representados principalmente en la región de Tumaco por palmicultores, se apoyan en las políticas nacionales de desarrollo de la agricultura comercial para afianzar su presencia iniciada en los años 1950, y proseguir una expansión espectacular en los últimos meses. Compitiendo por espacio con proyectos de territorios colectivos, promueven entre los pequeños agricultores negros un proyecto de desarrollo agrícola en asociación con ellos (con crédito, asesoría técnica, garantía de compra del producto), ofreciendo facilidades para titulaciones individuales de tierra. En efecto, en esta lógica, la consolidación de los derechos de propiedad es condición necesaria para suscitar mayor circulación de bienes, productos y trabajadores, e integrar a los pobladores negros en su sistema de explotación. Surgen entonces contradicciones entre los campesinos participantes y sus líderes comunitarios que se oponen a este proyecto, ya que de hecho este último invalida todo el proceso de organización colectiva llevada a cabo desde hace varios años en el marco de las reivindicaciones étnico-territoriales. Ambos "proyectos ", el empresarial y el étnico-territorial, se enfrentan en condiciones de suma desigualdad de recursos económicos y políticos: el primero goza de capital propio y apoyo nacional

indefectible, el segundo difícilmente logra reunir esfuerzos y voluntades para construir un proyecto alternativo.

Procesos similares se dan en otras regiones del Pacífico, como en Puerto Tejada (Norte del Cauca) donde la movilización social busca fortalecerse con base en una identidad social negra por un lado, en reivindicaciones socioeconómicas por otro. Ahí, en un contexto de desempleo agudo, las empresas amparadas en la Ley Páez gozan de privilegios que no benefician a los habitantes y trabajadores locales. Estos últimos reivindican el derecho al trabajo, mientras los empresarios justifican sus políticas de emplear trabajadores externos por necesidades técnicas. Se enfrentan dos visiones de la Ley Páez, ley de desarrollo rural para los primeros, ley de desarrollo industrial para los segundos (Hurtado [2000]).

- 3- A nivel político, en el Pacífico sur, la competencia clientelar se agudiza en escenarios diversificados que fragmentan el espacio público. Las instituciones gubernamentales –incluyendo el propio municipio o Plan Pacífico por ejemplo–, las organizaciones étnicas, las Ong, los programas internacionales, buscan controlar parte de los flujos financieros que llegan a la región, y a partir de ahí ampliar sus bases y su poder regional (Hoffmann [2000b]).

c) *hacia la anomia*. En los últimos meses la situación de la región se ha vuelto preocupante. Los cultivos de coca se extienden en los campos, los grupos guerrilleros se asientan en la región para afianzar su salida al mar y los paramilitares llegan a enfrentarlos, amparados por los grandes agentes económicos que se sienten amenazados o aprovechan la situación para ampliar sus capitales. En particular, la palmicultura busca expandirse, compitiendo por el espacio con los futuros territorios colectivos de los Consejos comunitarios negros. Aún, si se pudiera alimentar un “pensamiento apocalíptico”, es necesario precisar que ésta interpretación reposa en el hecho que la mayoría de los elementos aquí mencionados existen ya para “facilitar” este escenario dramático de “aborto regional”, de dislocación social, política y territorial²⁴. En efecto, tales tendencias se conjuntan con un debilitamiento del movimiento social en cuanto no puede competir con los recursos que se ofrecen por parte de los agentes legales (los palmicultores) o ilegales (la coca). En situaciones económicas de extrema marginación, las poblaciones tanto rurales como urbanas pueden vislumbrar estas alternativas como una solución a corto plazo a sus dificultades del momento, y se alejan de cualquier movilización que les exija tiempo y recursos, sin ofrecer garantía de éxito. Por su parte, las dinámicas políticas “tradicionales” (político-electoralmente esencialmente) parecen volver a sus cauces antiguos después del “intermedio” cívico de Newton Valencia (alcalde 1997-2000), con un enfrentamiento entre las tres facciones del liberalismo que se comparten el poder local desde hace décadas (cf. Hoffmann [1999b]). ¿Cuánto tiempo puede durar esta situación “esquizofrénica”, donde cohabitan en un mismo espacio actores anclados en lógicas de poder y de expansión territorial, bien armados aunque sea con armas de distintos tipos (económica, política, militar)?

²⁴/ cf. Una declaración de Marulanda, en una entrevista con un periodista en mayo 1999, donde explica las aspiraciones de las FARC a controlar una vía al mar en la zona sur del país, el anuncio de la llegada de los paramilitares en Tumaco “para el 10 de enero de 1999” (vox populi) y la expansión de la coca en todo el litoral, entre otros. A la vez, la creación reciente de una unidad naval en Tumaco refleja bien las preocupaciones del Estado por controlar esta zona de frontera internacional.

1.6 Conclusión.

Los tres escenarios anteriores ponen en movimiento dinámicas políticas, económicas y culturales que se tejen alrededor del espacio regional según varias modalidades: cuando se dan nuevas *prácticas del espacio*, como se ilustra de manera ejemplar con la nueva división en territorios manejados por Consejos Comunitarios, lo que desencadena los procesos políticos que mencionamos; por nuevas *formas de representar* y concebir el espacio, también ilustrado por el caso de la titulación a comunidades negras, con la construcción de mapas y más globalmente de una memoria colectiva que tiende a legitimar nuevos comportamientos sociales, económicos y políticos (Hoffmann [2000a]); y también en cuanto aparecen nuevos *espacios de representación*, espacialmente legitimados (los territorios colectivos, los resguardos, las plantaciones, y sus respectivas instancias de vocería; Rivas [2000], cuya combinación y confrontación constituye el *espacio público* de hoy en el Pacífico (Hoffmann [2000b])).

Este manejo complejo del espacio por parte de los distintos actores locales y regionales nos lleva a plantear la categoría de “capital espacial”: un capital multivalor (*polyvalent*), que como cualquier capital es “canjeable”, es decir susceptible de generar intereses “realizables” bajo otras modalidades, políticas y económicas principalmente, pero también en capital social o capital cultural²⁵. En el contexto nacional esta categoría analítica es de evidente aplicación para entender las actuaciones de los grupos guerrilleros y paramilitares en el marco de las negociaciones de paz; el control territorial es decisivo para adquirir poder de negociación. En el Pacífico se vuelve asimismo una noción que ayuda a entender los procesos contradictorios que se tejen alrededor de las reivindicaciones étnicas. El “*espacio étnico*” es ahora codiciado y peleado en cuanto tal, mientras el mismo espacio geográfico se ha vuelto objeto de inversiones financieras cuantiosas por parte de actores foráneos a la región. El control y la apropiación del espacio es objeto de negociación y competición, arreglos, y acciones llevadas por actores que disponen de medios desproporcionados entre sí y tienen objetivos variados (movimientos sociales, pero también acciones individuales, sociedad civil, partidos, etc).

El discurso “étnico” también ha sido utilizado por los partidos políticos tradicionales, especialmente el liberalismo, y los sectores políticos “independientes” en diversas regiones del país, incluso en áreas urbanas. En algunas ocasiones se han producido alianzas entre líderes de los partidos tradicionales y de los movimientos “étnicos”, formulando discursos con reivindicaciones económicas, políticas, culturales y sociales para las “comunidades” (Hurtado [2000]).

Los procesos de transformación socio-espacial que hemos descrito se representan de manera esquemática en la figura adjunta (Fig. 3). Ahí se nota cómo se conectan las distintas escalas, se *retroalimentan lógicas* del centro y de las periferias, de lo local y de lo global. Estas transformaciones suponen *procesos creativos* por parte de los que intervienen en ellas, de invención / recuperación de la tradición para algunos, de elaboración de nuevos esquemas de participación para otros. Por otra parte, los actores intervienen con capitales sociales, políticos, económicos y culturales variados y sumamente desiguales. La negociación entre los actores locales, entre ellos y el Estado o los actores regionales, es en sí una innovación que requiere de un aprendizaje, a veces brusco e incluso violento. En este proceso de aprendizaje aparece una nueva categoría “sociopolítica”: la de los *mediadores* (“brokers” en inglés o “courtiers” en

²⁵/ Siguiendo a Levy [1994].

francés). Son personajes capaces de manejar lenguajes distintos y de elaborar "traducciones" entre los distintos mundos, y se vuelven rápidamente actores políticos que aspiran a recomponer los escenarios políticos y las maneras de intervenir en ellos. Ellos son los que difunden los discursos "universales" (etnicidad, derechos humanos, medioambiente, biodiversidad) y controlan los recursos monetarios que están asociados a ellos a través de la elaboración de múltiples "proyectos" que, hoy, estructuran la vida asociativa en el Pacífico como en otras regiones del país y del planeta.

La "modernización" (escolarización, comunicación, entrada de capital) y la "modernidad" (etnicización, ecologización de los discursos), implican nuevos modelos de sociabilidad en los que "la Ciudad" juega un papel preponderante. La urbanización de las poblaciones del Pacífico es un hecho que ya no se puede menospreciar, tanto en las regiones (Buenaventura, Quibdó, Guapi, Tumaco) como en las principales ciudades del país, por efecto –entre otras cosas y no exclusivamente– de las migraciones. Cali, destino principal de los migrantes del Pacífico sur, adquiere una posición central en el dispositivo socio-migratorio de nivel macroregional y aún nacional (cf. capítulo 2). Estos cambios contribuyen a complejizar las construcciones identitarias que se han elaborado principalmente, hasta hoy sobre las "comunidades negras", desde lo rural y lo territorial (cf. capítulo 3).

Finalmente, quisiéramos terminar subrayando los riesgos ligados a ciertas tendencias analizadas en este capítulo. Las modificaciones ligadas a la modernización y modernidad trajeron al Pacífico nuevas expectativas y nuevas exigencias de parte de los habitantes vueltos actores y de sus líderes, al otorgar por primera vez un marco global de negociación que reconoce un lugar específico a las "comunidades negras". A la par, aparecen riesgos de rigidez de ciertas prácticas y ciertas representaciones culturales, sociales y micro-políticas, en los que el/la investigador/a tiene una gran responsabilidad junto con los políticos, asesores, líderes y sobre todo los propios actores locales de base. Los discursos se vuelven actos, los actos se entienden o se legitiman por discursos. Entre los llamados a la universalidad del "progreso" y las tendencias al particularismo étnico (Wade [1998]), es tarea común la de buscar vías alternas para escapar al escenario de dislocación socioespacial mencionado más arriba²⁶.

²⁶/ cf. Latouche [1999].

2. SER HOMBRE O MUJER NEGRO-A EN LA CIUDAD: CONTEXTOS Y DINÁMICAS DE URBANIZACIÓN

2.1. La población ‘negra’ en Colombia: entre lo neo étnico y lo socio-racial.

Hoy en Colombia, más allá de las teorías culturalistas, las retóricas de discursos políticos marcados por estrategias populistas o comunistas y la ‘sociología’ espontánea de los medios de comunicación, hace falta una información rigurosa y coherente sobre las condiciones de vida y las características sociodemográficas, socioeconómicas y culturales de las minorías ‘étnicas’ o ‘raciales’, sobre todo cuando sus pesos demográficos, sus dinámicas migratorias y sus emergencias en los escenarios social y político las transforman en actores determinantes de las problemáticas nacional y regional. Ahora bien, como lo dice P. Simon (citado por Barbary [1999a]), «¿se ha convertido la etnicidad (...) en uno de los elementos esenciales en torno de los cuales se conforma, organiza y reproduce la sociedad?» y podríamos añadir, ¿acaso ella se torna en una categoría de análisis de uso casi obligatorio en una amplia gama de temas de trabajos en ciencias sociales, generando así una especie de «efecto de moda», a veces perverso y no siempre favorable al rigor científico? El propósito de esta discusión preliminar es aclarar nuestra posición en el debate ético en torno a las categorías de origen y volver explícitos algunos elementos de la ‘doctrina’ que nos orientará en la definición de estos conceptos (Barbary [1999a]: 5-7). Más que en la compilación bibliográfica y en la discusión comparativa de las corrientes teóricas que las sostienen, el aporte de la reflexión colectiva emprendida por el equipo en torno a lo ‘negro’ como categoría socio-racial, étnica, cultural, política etc., de observación y análisis, radica en su confrontación sistemática con datos empíricos (disponibles o producidos por la misma investigación) y en algunas conclusiones, siempre relativas a un contexto geográfico, histórico y sociológico preciso, en cuanto a la operabilidad, la legitimidad o la pertinencia de tal o cual definición²⁶.

La pregunta étnica del censo de 1993: variaciones de los niveles local y nacional de la identidad étnico-territorial en Colombia.

En el conjunto de la población de Cali, las personas que contestaron sí a la pregunta de autoidentificación étnica del censo²⁷ fueron solamente el 0.5%, mientras el 95.5% contestó que no y el 4% se negó a responder. Más extraño todavía, en poblaciones nacidas en las regiones donde domina el poblamiento negro y mulato o indígena y mestizo, las respuestas afirmativas no crecen de manera significativa (el máximo es de 2.6% para los nativos del Chocó). Estos dígitos demuestran el fracaso del enfoque étnico para medir la importancia demográfica de la población negra o mulata en Cali (y más generalmente en Colombia –sólo el 4.1% respondió la pregunta, apenas el 3.3% declaró pertenecer a alguna “etnia, grupo indígena o comunidad negra”, y únicamente el 1.5% a una “comunidad negra”–); no existe, a escala nacional en la sociedad colombiana de hoy, un sentimiento de pertenencia étnica *compartido y libremente declarado* por

²⁶ / Así tratamos que este ejercicio epistemológico, siguiendo la recomendación de Bourdieu, Chamboredon y Passeron: «no se aplique a la ciencia hecha, ciencia de lo cierto para la cual bastaría establecer sus condiciones de posibilidad y coherencia o sus títulos de legitimidad, sino a la ciencia haciéndose»; y logre conservar «para hablar como Freud, «la elasticidad en las definiciones»» - Bourdieu, Chamboredon y Passeron ([1983]: 20-21) (traducción, O. Barbary).

²⁷ / La pregunta era: «¿pertenece usted a alguna etnia, grupo indígena o comunidad negra?»; en caso afirmativo, “¿a cuál?” (una de las posibilidades era “comunidad negra”). Ver análisis detallados de los resultados en Cali en Barbary ([1999a]: 8-10).

grupos significativos de población. La razón principal para ello nos parece clara. A diferencia de los Estados Unidos o de África del Sur por ejemplo, Colombia no es un país donde haya existido, después de la abolición de la esclavitud, una segregación racial institucionalizada. En dichos países la segregación, negativa o positiva, herencia del pasado o resultado de las problemáticas actuales, ha trazado en lo político, lo jurídico, lo social y, por supuesto, al interior de la conciencia colectiva, los hitos que marcan una profunda división racial de la sociedad. La ‘etnicidad institucional’, para llamarlo de alguna manera, no es comparable en la historia o el presente colombiano; en consecuencia, tampoco son comparables los niveles de interiorización de las identidades étnicas.

Sin embargo, tales niveles de respuestas, a escala nacional o en las grandes aglomeraciones, no deben de ocultar que, en 1993 (la Ley 70 recién votada en ese año), la pregunta del censo logró registrar el dinamismo local de los procesos de concientización y generación de nuevas identidades étnicas que concurrieron a la adopción de la ley. En el total de la población mayor de 18 años de los municipios de la llamada zona Pacífica²⁸, la autoidentificación con la ‘etnia negra’ sube al 44,5% mientras a escala local se registran fuertes variaciones. Un modelo de regresión logística muestra que entre una lista de características individuales y contextuales –sexo, edad, nivel educativo, tamaño de la localidad de residencia, categoría sociolaboral y lugar de residencia– las dos últimas son de lejos las que más influyen sobre el nivel de respuesta. En cuanto al lugar de residencia, mientras la tasa es solamente del 3% en la ciudad de Buenaventura y del 27% en la costa pacífica de Nariño, se ubica en el 71% en los municipios de la costa pacífica Caucana, en el 81% para los del sur y centro de Chocó, y finalmente supera los 95% en los municipios del norte del Chocó. También es evidente el papel de la categoría socioprofesional, aunque no se manifieste un gradiente siguiendo la jerarquía socioeconómica sino más bien la especificidad de ciertas condiciones laborales y sectores de actividad económica: los trabajadores independientes de la agricultura y la pesca y sobretodo de la minería tienen niveles de respuesta muy altos (respectivamente 61% y 86%), en cambio los asalariados (obreros o empleados) y los patrones se caracterizan por tasas bajas. Queda claro entonces que los niveles de autodeclaración étnica se relacionan con las disparidades geográficas, históricas y sociológicas que conoció el desarrollo político del ‘movimiento de comunidades negras’ en la región y, por consecuente, que la extensión espacial y social de la ‘conciencia étnica negra’ se limita todavía a ciertos contextos específicos (principalmente las sociedades rurales o de las ciudades pequeñas y medianas del Chocó y la costa pacífica caucana)²⁹.

En otros términos, el modelo pone en evidencia el rol dominante de factores contextuales históricos y geográficos (las dinámicas locales y regionales del llamado ‘movimiento de comunidades negras’), mientras los efectos de las características individuales o estructurales son marginales. Eso abre paso a una interpretación bastante funcionalista e instrumental, donde los actores más afectados por las disposiciones de la ley y conscientes de su beneficio potencial (el sector campesino, pesquero y minero de Chocó y la costa caucana) responden en masa a lo que la nueva constitución, de alguna manera, «exige»; un proceso que se puede ver entonces como la construcción, desde arriba, de una nueva identidad étnico-territorial (véase Agier y Hoffmann [1999]). Pero este modelo sufre de una limitación muy grave: no podemos apreciar su grado de

²⁸ / Municipios de la costa de Nariño, Cauca y Valle y el conjunto de municipios del Chocó.

²⁹ / Datos del análisis preliminar sobre la pregunta étnica en el censo de 1993, “pertenencia a comunidad negra”, llevado a cabo por Olivier Barbary y Héctor Fabio Ramírez, mayo del 2000, en proceso de redacción.

determinación por otro factor potencialmente muy importante como es la distribución espacial y social de la población con ascendencia africana. Este enfoque ‘neo-étnico’ aplicado al conjunto de la población de la región pacífica, tiende a presentar una visión demasiado limitada y rígida de los procesos de construcción o reconstrucción de identidades negras, en tanto que herramientas de uso político a escala nacional o regional en el contexto de los espacios abiertos por la Ley 70 y el surgido del movimiento de comunidades negras. Eso va en detrimento de una realidad más amplia y flexible que estas identidades pueden tener en otros contextos sociales o locales como se intenta mostrar a todo lo largo de este informe: pertenencia e identificación al territorio, redes sociales y migratorias, prácticas culturales rurales y urbanas se relacionan entre sí y con las identidades étnicas o raciales, para conformarlas.

Definir categorías de ‘origen’ para volver visibles las poblaciones afrocolombianas.

Al igual que en Brasil o Estados Unidos, pero al contrario de México o América Central, las minorías étnicas en Colombia no se identifican con un marcador lingüístico. Son necesarias entonces, como herramientas de observación y análisis, las clasificaciones ‘étnicas’ o según el origen regional o cultural para captar los grados y modalidades de la segregación y las condiciones diferenciales de inserción social y económica. Sin embargo, además de ocasionar muchas discusiones en cuanto a sus definiciones y legitimidad, resultan a veces insuficientes, como veremos, en el contexto del mestizaje colombiano. Por otra parte, es un hecho que el color de la piel, en tanto que marcador fenotípico, que éste sea reivindicado, asumido o sufrido como estigma, es un determinante de las condiciones y recomposiciones sociales, políticas y de identidades que se dan en la ciudad. Sin embargo la medición, estadística o por otra metodología, de atributos sociales, demográficos, culturales etc., en una población de determinado fenotipo, no debe reificar ninguna categoría racial. Alrededor de las identidades étnicas o raciales, productos híbridos de construcciones sociales, políticas y culturales, operan procesos de interacción y enfrentamiento entre diversos actores sociales. Uno de los propósitos del proyecto en su conjunto, y en particular de la encuesta realizada en Cali, es el de permitir una caracterización de los actores negros y mulatos de estos procesos, algunos de los cuales son definidos colectiva y externamente con base a su pertenencia étnica o racial, o bien se autodefinen así. Como se verá en la exposición de las categorías que usamos en el cuestionario, hemos decidido, por lo que concierne a la encuesta sociodemográfica, aplicar a las personas, y también que las personas se apliquen, una caracterización ‘*fenotípica*’ en lugar de ‘*étnica*’. Desde luego esto no significa que estemos dando al concepto de raza ninguna otra realidad biológica o cultural, que la que tiene en tanto que cómo construcción semántica funciona de alguna manera en la realidad social. La intención es alejarse de los eufemismos y hacer uso científico de las categorías raciales étnicas, en cuanto se enuncian y sobreviven, como *herramientas de observación de un orden social objetivamente racista*. La otra ventaja que se tiene al hablar de población negra y mulata con base a un criterio fenotípico, es evitar una terminología étnica opaca, imprecisa e inexacta, que resulta finalmente ineficaz en el contexto del mestizaje colombiano. En otros términos, si buscamos, a través de la producción y análisis de indicadores de la dialéctica inserción/exclusión, un diagnóstico sobre el estado actual de la cuestión racial en Cali, la entrada por la caracterización fenotípica (entre otras), en el sentido que precisaremos más adelante, nos parece más adecuada para emprender la tarea indispensable de deconstrucción de los estereotipos racistas o culturalistas.

En la investigación de las poblaciones negras y mulatas en contextos urbanos se ha operado desde un comienzo con distintas perspectivas para delimitar cuál es el grupo de estudio: la población

‘negra y mulata’ o población ‘afrocolombiana’, en la perspectiva que se colocó en la introducción de este documento. Ellas han girado alrededor de dos dimensiones que han buscado combinarse; a) una aproximación por estatuto migratorio y origen geográfico de los miembros del hogar, asumiendo arbitrariamente que los hijos o nietos nativos del jefe del hogar o del cónyuge migrantes de un determinado origen tienen el mismo origen que sus padres o abuelos; en este caso las áreas de procedencia, por ejemplo la Costa Pacífica o el conjunto de municipios con población «afrocolombiana»³⁰, son las que definen el grupo de población negra o mulata³¹; y b) una aproximación de clasificación racial de los individuos y de los hogares a partir de su caracterización fenotípica externa (por el encuestador) en términos de rasgos somáticos émicamente caracterizados como negros o mulatos³². La autopercepción de los encuestados, captada a través de la pregunta abierta «¿cuál es su color de piel?» (idéntica a la del censo brasileño), constituye una alternativa interesante para la clasificación fenotípica de la población, ya que elimina la arbitrariedad y los sesgos de las caracterizaciones externas, permitiendo relativizarla. En algunos contextos urbanos también se contemplaron el ciclo de vida y el grupo socio-ocupacional, al lado de la caracterización fenotípica. Pensamos que para acercarse a realidades y dinámicas socioeconómicas y culturales, tan diversas y complejas como las de las poblaciones del pacífico, resulta útil combinar estos diferentes ángulos de visión del grupo de estudio.

La encuesta sociodemográfica especializada en Cali del proyecto Cidse-Ird-Colciencias se apoya en el segundo enfoque, en el que se clasifican los hogares entre afrocolombianos (con algún miembro del núcleo familiar del jefe del hogar fenotípicamente negro-mulato) y no afrocolombianos (ningún miembro con estos rasgos fenotípicos) vía caracterización externa del encuestador, al igual que los individuos de cada hogar encuestado, y finalmente en una autodeclaración del color de piel del encuestado biográfico en cada hogar³³. La aproximación a esos hogares se hizo mediante la construcción de una muestra específica con un diseño basado en la explotación del censo de 1993, utilizando la información del lugar de procedencia de los jefes de hogar y cónyuges, ya que era la única alternativa para acercarse indirectamente, con fuente de datos existentes, a la población negra-mulata en Cali. Esto genera, para efecto de análisis, cuatro tipos de poblaciones afrocolombianas, según la temática que se quiera enfocar: a) la población de los hogares afrocolombianos (entendida como el conjunto de las personas que los compone, no necesariamente todas negras o mulatas debido al mestizaje inter-racial), b) la población de

³⁰ / Municipios que por factores socio-históricos han tenido una mayoría de población negra o mulata.

³¹ / Los problemas metodológicos que plantea este enfoque, en general como en el caso particular de Cali, son examinados en Barbary ([1999a]: 10-12).

³² / El encuestador atribuye a cada persona presente en el momento de la entrevista un fenotipo dentro de las categorías: negro, mulato, indígena, mestizo, blanco, las cuales son objeto de amplio consenso semántico en Cali.

³³ / La encuesta «Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas» se aplicó en 1880 hogares (1504 hogares afrocolombianos y 376 hogares de control o no afrocolombianos) en 5 dominios del perímetro urbano de Cali, con una representación del 76% de los hogares de la ciudad, apoyada en un muestreo estratificado bietápico. Los grandes capítulos del formulario fueron los siguientes: Vivienda, condiciones de alojamiento y el equipamiento de los hogares; características de los miembros del hogar; viajes y regresos a lugares de origen; participación social y política de los miembros del hogar; red social y de ayudas domésticas del hogar; biografía (aspectos de residencia, educación, ocupación) de un miembro del hogar de 18 años y más; biografía, continuación (tópicos sobre familia y coresidencia, remesas); percepción y opinión del encuestado biográfico sobre discriminación; percepción y opinión del encuestado sobre el barrio y la violencia (Ver Barbary [1999a]: 20-22).

individuos clasificados como negros o mulatos por los encuestadores³⁴, c) la población de individuos que se autodeclaran de color de piel negra o mulata o usan adjetivos equivalentes (uno por hogar, el de la biografía, Barbary [1999b]: 36, 37), y d) la población de individuos u hogares con origen en municipios «afrocolombianos» (lugares de nacimiento de los individuos cuando son migrantes o de sus padres para los nativos). Los tres primeros tipos son clasificaciones directamente de orden socio-racial, la última por procedencia migratoria, abre paso a un análisis territorial, pero también puede interpretarse socio-racialmente, aunque, como ya se advirtió, en forma indirecta y sesgada.

El primer resultado fundamental que arroja la encuesta es una estimación estadística confiable, por primera vez en Cali, de los volúmenes de población correspondiente a estas definiciones, los cuales, por una parte, superan ampliamente los dígitos que se habían avanzado hasta ahora con base a las fuentes existentes³⁵ y, por otra, muestran fuertes variaciones según la definición que se quiera considerar: la población de los hogares afrocolombianos representa aproximadamente el 27,5% del total de la población de Cali mientras la población caracterizada externamente como negra o mulata alcanza el 23,3% y la población que se autodeclara de piel negra, morena o mulata el 17,1%. Comparando estos dígitos con el 0,5% obtenido por la pregunta étnica del censo, pensamos que la encuesta cumplió su primer propósito: acabar con la invisibilidad estadística de la población negra y mulata en Cali.

Por otra parte, el análisis de las respuestas a la pregunta del color de piel nos devuelve al tema de la afirmación de una identidad negra. Disponer de la caracterización fenotípica de la población, nos permite ajustar un modelo logístico a la población más susceptible de declarar su color de piel 'negra' (la población caracterizada negra o mulata por los encuestadores) y, también, tomar esta variable como posible determinante de la respuesta. Los resultados son muy distintos de los obtenidos con los datos censales de pertenencia étnica: el fenotipo del encuestado, seguido por su condición migratoria y su clase de edad, se revelan como los factores más importantes (con predominancia del fenotipo) para explicar la variabilidad de la afirmación del color de piel. Además, el origen geográfico, la categoría socio ocupacional o la edad juegan de manera casi opuesta con relación al primer modelo (Barbary [2000]: 21-22). Aunque inconcluso, este análisis sugiere que la validez de la tesis interpretativa funcionalista que evocamos en la sección anterior, puede ser cuestionada y en todo caso, debe ser modificada para dar cuenta de los avatares urbanos de la nueva identidad afrocolombiana y su proceso de construcción. En las ciudades, su elaboración es a la vez mas compleja y mas endógena. El proceso de construcción de la identidad 'negra' urbana, por lo menos en Cali, no nos parece que corresponde a una hipotética identidad étnico-territorial transferida desde la región de origen o construida sobre el modelo de la Ley 70, sino más bien obedece a la necesidad de enfrentar –en tanto que ciudadanas y ciudadanos sometidos a distintos tipos de discriminaciones, o que perciben este riesgo– las desigualdades de acceso a los mercados del trabajo, de la educación, de la salud, del consumo, etc.

³⁴ / En algunos casos ha interesado separar la clasificación de «negro» de la de «mulato», así como «mestizo» o «blanco», para efectos de observar los patrones de una geografía urbana de la caracterización racial en la ciudad de Cali (ver más adelante y Barbary [1999b]: 40-41).

³⁵ / El cálculo basado en la información censal, a partir de los lugares de nacimiento de los inmigrantes y de los padres de los nativos, permitió una primera aproximación (muy subestimada) del volumen de población negra y mulata: 10.5% del total.

Una segunda encuesta especializada, del proyecto Cidse-Banco Mundial-Alcaldía de Cali³⁶, 14 meses después de la encuesta anterior, arrojó un tamaño superior de hogares y de población afrocolombiana para Cali (Urrea [2000]:4-6): 37.2% de los hogares de Cali como afrocolombianos y el 31.6% de la población de la ciudad clasificada como “negra-mulata”(12.5% “negra” y 19.1% “mulata”)³⁷. A partir de estos dos resultados y teniendo en cuenta las características de las dos muestras y los controles llevados a cabo en la clasificación fenotípica de la población encuestada (ver nota de pie de página número 36), es bastante probable que los valores más “reales” se mueven entre las dos estimaciones, alrededor del 33% para los hogares y del 29-30% para el conjunto de la población de la ciudad, lo cual indica que no es una “minoría” sino un importante segmento social del mestizaje interracial urbano con un alto peso

³⁶ / “Encuesta de acceso y percepción de los servicios ofrecidos por el Municipio de Cali”, aplicada entre agosto y septiembre de 1999, la cual formó parte de un estudio más amplio sobre pobreza en la ciudad coordinado y financiado por el Banco Mundial. Esta encuesta combina una información detallada sociodemográfica y socioeconómica de los hogares, que permite analizar aspectos de pobreza según ingresos con la cobertura de servicios sociales y de infraestructura, públicos y privados en la ciudad, y una percepción de la calidad de los mismos por parte de los miembros de los hogares. La encuesta introdujo la pregunta del fenotipo racial para cada uno de los miembros del hogar encuestado, al igual que la encuesta Cidse-Ird-Colciencias. La muestra fueron 1995 hogares y cubrió la totalidad del área urbana de Cali.

³⁷ / Hay dos factores que explican estos diferenciales de población y hogares afrocolombianos entre las dos encuestas:

A) Un primer factor, las diferencias entre las dos muestras. La muestra de la encuesta Cidse-IRD se apoyó en la información del censo de 1993, que permite caracterizar la población de cada manzana por su origen –asimilando un determinado origen geográfico de los migrantes y sus descendientes con una caracterización racial específica “negra-mulata”. De esta manera se opera para la muestra con la proporción de hogares de migrantes cuyos orígenes son municipios clasificados como “afrocolombianos”, en su mayor parte de la región Pacífica (municipios del Pacífico nariñense, caucano y del Valle, todo el Departamento del Chocó, y dos del Chocó-antioqueño) y zona plana del Norte del Cauca. En este procedimiento, utilizando el recurso “arbitrario” del origen geográfico, a través de la información censal, sólo tenemos como hogares y población “afrocolombiana” la de determinadas áreas de origen (las antes mencionadas), pero obviamente no se podía tener directamente la población nativa “negra-mulata” de segunda o tercera generación o cuya procedencia fuese de otras regiones del país. Este criterio es utilizado para la selección de las manzanas de la muestra, teniendo en cuenta que manzanas con mayor proporción de población negra tienen mayor probabilidad de ser incluidas, ya que se hizo el recuento del número de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos que existen en la manzana y a través de este dato se realiza la selección aleatoria de los hogares. Por el contrario, la muestra de la encuesta Cidse-Banco Mundial no incluía como criterio de selección de las manzanas la proporción de población afrocolombiana dentro de ellas, sino simplemente la densidad de población residente en ella y el recuento de los hogares en la manzana se hacía sin tener en cuenta la caracterización racial de los mismos.

B) Un segundo factor, la aplicación en las dos encuestas del criterio fenotípico. A favor de las estimaciones de la encuesta Cidse-IRD hay que tener en cuenta la rigurosidad en el control de la clasificación fenotípica de los encuestados, mientras que la encuesta del Banco Mundial-Cidse puede presentar limitaciones en este aspecto tan importante, porque su objetivo principal no era captar el fenotipo individual de los encuestados y demás miembros del hogar. Esto explica el alto número de no respuestas en este rubro en la encuesta del Banco Mundial (un 48% de los individuos de los hogares). Pero hay otro efecto muy importante colocado por el mismo O. Barbary en febrero-marzo del 2000, en las discusiones que se han llevado a cabo sobre los resultados de las dos encuestas. Al observar la clasificación socio-racial del estudio Cidse-Ird (antiguo Orstom), tabla 5 (en Barbary [1999b]: 35) y la del Cuadro 2 (en Urrea [2000]: 4), este investigador concluye que la encuesta del Cidse-Banco Mundial produjo el efecto de “mulatización” de la población caleña. Esto es claro al comparar los dos resultados en las dos encuestas, ya que en la segunda aumenta significativamente la población clasificada arbitrariamente como mulata con una disminución de la mestiza y de la negra, aunque en ésta la pérdida porcentual es mucho menor.

Fuera de estas consideraciones, por el tipo de muestreo y los controles en la aplicación por los encuestadores del criterio fenotípico, los dos estudios permiten una buena comparabilidad de un año al otro, ya que las dos encuestas utilizaron una metodología de estratificación socioeconómica similar, generada por la encuesta Cidse-Ird, además de complementarse recíprocamente a nivel temático.

demográfico. Cali aparece así como entre las principales ciudades de mayor concentración de población negra-mulata en el país, si es que no es la primera, seguida de Cartagena, Barranquilla Medellín, y hoy en día Bogotá.

Los estudios cualitativos de Urrea, Arboleda y Arias [2000] y de Urrea y Murillo [1999] en Cali combinan las dos aproximaciones: una distinción basada en la condición migratoria y los lugares de origen y una caracterización racial externa de los entrevistados y de las referencias que sobre la población negra –en términos raciales– hacen los mismos sujetos en los barrios u hogares de redes familiares entrevistados. Los dos estudios han permitido observar la historia urbana de la ciudad en diferentes períodos desde las décadas del 40 y 50 en su expansión hacia el oriente hasta llegar al río Cauca, mostrando además la importancia que adquiere en este proceso de expansión urbana la llegada de cohortes de migrantes negros de diferentes regiones del Pacífico y del Norte del Cauca, al igual que del Sur del Valle del Cauca y otros municipios de este departamento, hasta configurar un territorio urbano con las mayores densidades de población afrocolombiana hacia finales del siglo XX. A través de estos trabajos –el primero, de tipo microsocial sobre redes familiares de migrantes del Pacífico y sus descendientes nativos, el segundo, un estudio sobre desarrollo urbano y diversidad socioeconómica de barrios con presencia de población afrocolombiana– se tiene el perfil socio-histórico de la población afrocolombiana en los sectores populares caleños del oriente. Por otra parte, el estudio de Wade [1999a y 1999b], sobre la organización Ashanty en Cali se focaliza sobre la condición socio-racial y el grupo étnico de los integrantes de la organización (jóvenes negros del Distrito de Aguablanca), revelando una parte significativa de las lógicas de producción económica de una “cultura negra juvenil” alrededor del fenómeno del “hip-hop”, lo cual, por supuesto, está estrechamente asociado con el peso demográfico de la población afrocolombiana en la zona del oriente de la ciudad y las posibilidades de incremento de las sociabilidades entre la gente negra de esta zona.

El estudio de Restrepo [1999b] sobre los “aletosos” en la ciudad de Tumaco tomó como población de referencia los grupos de jóvenes con comportamientos específicos en el vestir, forma de andar, jerga y actividades percibidas émicamente como «delincuenciales» por diversos actores en la sociedad tumaqueña, así como los espacios frecuentados en esta ciudad por dichos jóvenes (Restrepo [1999b]:158). No obstante, también el autor opera implícitamente con una aproximación socio-racial de su población de estudio: los “aletosos” son jóvenes negros³⁸. A partir de este acercamiento metodológico se pudo analizar una población juvenil afrocolombiana de sectores populares urbanos que presenta unos marcados patrones de inserción en la modernidad en condiciones de exclusión, pero en una ciudad cuyos migrantes todavía mantienen elementos de “ruralidad” procedente de los ríos. Pero en este caso, a diferencia de Cali, se trata de

³⁸ / Un segundo estudio sobre la ciudad de Tumaco es el de Álvarez [1998a], que corresponde a su tesis de grado en antropología de la Universidad de los Andes, la que se llevó a cabo paralelamente al estudio de Restrepo [1999b]. Aunque no formó parte del proyecto Cidse-Ird, sus resultados se discutieron con Restrepo y los investigadores del proyecto Cidse-Ird-Colciencias, Michel Agier y Odile Hoffmann. De este trabajo de tesis y otros desarrollos hay una versión en forma de dos capítulos publicados (ver bibliografía al final del documento) en el libro sobre Tumaco (rural y urbano), *Tumaco: haciendo ciudad*, 1999, editado conjuntamente entre el proyecto Cidse-Ird-Colciencias y el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), además con artículos de Restrepo, Agier y Hoffmann. En este estudio sobre la ciudad de Tumaco se asume también un enfoque socio-racial en un espacio urbano (se trata según la autora, de hacer un ejercicio de «...lectura de las poblaciones negras complementaria a las elaboraciones convencionales de «comunidad», que han devenido «ruralizadas» por diversos antropólogos/as» (Álvarez [1998]:4-5).

una ciudad que aún no llega a los 100 mil habitantes, en la que sus sectores populares son menos mestizos.

En los estudios de Urrea y Hurtado [1997] y de Hurtado [1999] sobre el casco urbano de Puerto Tejada se utiliza una metodología de aproximación a la población afrocolombiana que combina una distinción basada en la condición migratoria y los lugares de origen con una caracterización racial externa de los entrevistados (véase Hurtado [1999]:37)³⁹. En el primer trabajo se reconstruye la historia demográfica del municipio de Puerto Tejada en el siglo XX hasta llegar a la década del 90, cuando está consolidada su integración a la región metropolitana. En este proceso dos poblaciones afrocolombianas, en términos demográficos mayoritarias –una nativa, la otra inmigrante del Pacífico y de otros municipios del Norte del Cauca–, y una tercera minoritaria de inmigrantes mestizos de diferentes regiones, van a conformar hoy en día un asentamiento humano que opera como “ciudad dormitorio” en el área metropolitana de Cali. La dinámica histórica de esta región desde el siglo XIX hasta el presente ha sido la de un “pueblo de negros” a una concentración urbana barrial periférica a Cali, pasando previamente por un proceso de intensa proletarianización agroindustrial y de atracción de mano de obra inmigrante a partir de 1950. El segundo trabajo registra mediante entrevistas en profundidad las diferencias percibidas entre la población afrocolombiana nativa y la inmigrante de la región Pacífica, al igual que entre estas dos poblaciones y la de inmigrantes mestizos. Estas diferencias son claves para entender la heterogeneidad socioeconómica entre la población afrocolombiana nativa y migrante, y socio-racial con otros grupos de origen –por ejemplo, con los “paisas”– en las áreas urbanas como se tratará en el punto siguiente.

2.2.Heterogeneidad sociodemográfica de las poblaciones afrocolombianas urbanas, similitudes y diferencias con las poblaciones no afrocolombianas en contextos urbanos.

Una segunda característica del ser hombre o mujer negro-a en contextos urbanos es la heterogeneidad sociodemográfica y socioeconómica de la gente negra-mulata en la ciudad y las significativas similitudes con la gente mestiza y blanca en los contextos urbanos de mayor mestizaje racial del Pacífico, como es el caso de la ciudad de Cali, y las diferencias entre ella y las poblaciones no negras de acuerdo al factor de clase social (Urrea [1999]:85-88; Barbary [1999b]:46; Urrea y Murillo [1999]:397-400; Urrea, [2000]:3-18). El análisis de los datos hasta el presente explotados de la encuesta especializada permite señalar que en su conjunto son poblaciones con características sociodemográficas relativamente similares en cada estrato socioeconómico, en cambio las diferencias pasan por este último, o sea que la heterogeneidad tiene que ver más por factores de clase que culturales. Por esto, al controlar el tiempo de residencia en la ciudad en el caso de los migrantes, la edad y el nivel de escolaridad, la población

³⁹ / Otros dos estudios que si bien institucionalmente y en recursos administrativos no formaron parte del proyecto Cidse-Ird, sí recibieron una importante asesoría de investigadores del proyecto y por lo mismo de algún modo reflejan enfoques del mismo, además de que han contribuido con aportes complementarios para aproximarse a la dinámica urbana de Buenaventura y sus nexos con Cali –por ejemplo, la migración desde Buenaventura hacia Cali–, en particular de determinados sectores de sus poblaciones negras-mulatas, son los trabajos de monografía de grado en sociología de la Universidad del Valle de Hurtado [1996] y Palomeque [1998]. En el caso de Hurtado sobre los migrantes «norteños» se combina el factor de condición migratoria hacia los Estados Unidos con un criterio racial implícito. En Palomeque aunque su principal criterio es el socio-ocupacional, hay también un implícito racial en su acercamiento a los trabajadores de Colpuertos y sus descendientes.

negra-mulata migrante y sus descendientes presentan comportamientos similares a la no negra. En este sentido su heterogeneidad entre estratos es similar a las de las poblaciones no afrocolombianas. Esto también ha podido registrarse en el caso de Puerto Tejada, en donde los diferenciales entre poblaciones de migrantes y no migrantes es más socioeconómica, con sus repercusiones en diferencias sociodemográficas (Hurtado, op.cit.), según el estrato socioeconómico, a pesar de que ambas son poblaciones negras-mulatas.

En el caso de la población afrocolombiana, el papel del origen geográfico como factor de su diferenciación de la población no afrocolombiana, pero también como factor de heterogeneidad interna e incluso, en algunos casos, de integración con la población no afrocolombiana, es de gran importancia, en cuanto el origen conlleva diferenciales de capital patrimonial, escolar, cultural, social, simbólico, entre las cohortes históricas de migrantes y sus descendientes a través de varias generaciones, debido a las desigualdades socioeconómicas existentes entre las regiones. Pero también esta heterogeneidad se manifiesta espacialmente en la ciudad entre la gente negra y mulata, ya que a medida en que mejoran las condiciones de vida se presenta una mayor dispersión residencial de las poblaciones afrocolombianas, y lo contrario, una mayor concentración en las áreas más pobres, en particular de la franja oriental de Cali (Barbary [1999a]: 13-14; Barbary [1999 b]: 41-48; Urrea y Murillo, op.cit.).

No obstante, las dos poblaciones –afrocolombianos y no afrocolombianos– son más similares de lo que los discursos y representaciones ideológicas suponen, derrumbándose una serie de mitos sobre supuestas diferencias culturales entre ambas poblaciones que pudiesen llegar a establecer diferencias entre las mismas, en particular sobre los patrones sociodemográficos referidos al peso de la población nativa y migrante, la fecundidad, el tamaño de los hogares, la tipología de hogares, etc. (Urrea [1999] op.cit.). Tanto la encuesta Cidse-Ird-Colciencias como la del Cidse-Banco Mundial arrojan distribuciones muy similares de nativos y migrantes entre las dos poblaciones (Barbary [1999 B]: 41 y 42; Urrea [2000]: 11-12), alrededor de 57%-58% de nativos en ambas poblaciones. No es cierto que la población afrocolombiana en su conjunto sea más migrante.

A partir de los datos del censo de 1993 se observaba que las mujeres de origen afrocolombiano tenían tasas de fecundidad muy similares a las mujeres de origen de la región Cauca, Nariño y Valle (excluyendo en este caso los municipios de la región pacífica) y que los diferenciales de fecundidad no se explicaban en la ciudad por el origen geográfico sino por el estrato socioeconómico (Barbary [1999a]:12).

Barbary, Ramírez y Urrea ([1999]:321-322), muestran que las tasas de dependencia y el tamaño de los hogares en ambas poblaciones varían según el estrato socioeconómico de igual manera, mientras que para el conjunto de las dos poblaciones las tasas de dependencia total, juvenil y el índice de masculinidad son similares. Sólo en el caso del estrato bajo-bajo la tasa de dependencia en los hogares afrocolombianos es mayor, con un peso porcentual significativo de los menores de 20 años en ese estrato, debido a entradas en uniones más jóvenes, particularmente en dicho estrato, lo cual a su vez coincide con un mayor peso de migrantes procedentes de la Costa Pacífica de la zona de ríos con menores recursos (capitales) de llegada. Por ello en el conglomerado del oriente de la ciudad –con mayor concentración de población afrocolombiana– se aprecia que para el primer quintil de ingreso un poco más del 60% de la población masculina

de hogares afrocolombianos es menor de 20 años y la población femenina alcanza un poco menos del 50% (Urrea [2000]:12). En cambio, en los hogares no afrocolombianos la población masculina menor de 20 años tiene una proporción mucho menor. Esta es una de las diferencias demográficas más importantes entre las dos poblaciones, particularmente en el nivel más bajo de ingresos y en la zona geográfica de mayor concentración de gente negra-mulata, el oriente de la ciudad (ver mapa 1), pero fundamentalmente explicada por factores socioeconómicos y no culturales, de modo que este diferencial va disminuyendo a medida que aumenta el nivel de ingresos, comportándose en términos de edades por género más parecidas las dos poblaciones. Esto es consistente con fecundidades similares a las de los hogares no afrocolombianos para el conjunto de la población afrocolombiana, en la medida en que a partir del estrato bajo y medio bajo hasta el alto las tasas de dependencia son menores a las de los hogares de control o apenas ligeramente mayores (Urrea, op.cit.).

Por otra parte, de acuerdo con Urrea ([1999] op.cit.), el tamaño promedio del hogar, según resultados de la encuesta Cidse-Ird-Colciencias es en conjunto ligeramente menor en los hogares afrocolombianos, al igual que para casi todas las modalidades de la tipología del hogar. La encuesta del Cidse-Banco Mundial presenta resultados afectados por el impacto de la crisis económica: un tamaño promedio de los hogares para ambos grupos ligeramente incrementado respecto a un año antes y ese ligero incremento es mayor en los hogares afrocolombianos, lo cual también es un indicador que en este sector de la población la crisis ha podido ser más dura. Los hogares con jefes menores de 30 años presentan tamaños promedio en los hogares afrocolombianos similares o ligeramente menores a los de los hogares no afrocolombianos. Entre los 30 y 59 años del jefe de hogar el tamaño promedio en los hogares afrocolombianos es ligeramente mayor (4.5 personas por hogar versus 4.4), y solamente en edades de 60 y más años el diferencial en tamaño promedio mayor es bien más alto en los hogares afrocolombianos por el efecto del peso que tienen en la reestructuración de hogares ante la crisis los hogares extensos completos (Urrea [2000] op.cit.).

Una variable muy significativa para analizar la inserción urbana y las dinámicas de modernización es la tipología del hogar. De acuerdo con los resultados de las dos encuestas, en una dirección opuesta a la que pudiese pensarse a primera vista, los afrocolombianos parecieran tener unas prácticas de organización del hogar más modernas o urbanas que los no afrocolombianos, al observarse que el patrón predominante de nucleamiento completo (ambos cónyuges) neolocal en hogares pequeños es ligeramente más intenso en los grupos afrocolombianos (Urrea [1999] op.cit.). El 50% de los hogares afrocolombianos son nucleares completos versus el 45% de los no afrocolombianos hacia junio de 1998. La encuesta del Banco Mundial, un poco más de un año después a la encuesta Cidse-Ird-Colciencias, reconfirma esta tendencia: mayor peso relativo de hogares nucleares completos entre la población afrocolombiana (Urrea [2000]:15-16), no obstante que esta encuesta arroja una disminución porcentual de este tipo de hogares entre afrocolombianos y no afrocolombianos y un incremento en los hogares extensos completos para ambos grupos poblacionales, debido al recrudecimiento de la crisis económica por la que ha atravesado el país y en particular la ciudad, entre 1998 y 1999: el 42.6% entre la población de hogares afrocolombianos versus el 39.4% entre los no afrocolombianos.

Lo interesante de los hallazgos sobre la tipología del hogar al controlar por quintiles de ingreso (encuesta del Cidse-Banco Mundial, Urrea, op.cit.:16) es la distribución del patrón: para el primer

quintil los hogares nucleares completos en las dos poblaciones tienen porcentualmente un mismo peso (33%), mientras que los hogares extensos completos tienen un peso porcentual superior en los hogares afrocolombianos (27% frente a 21%); a partir del segundo quintil y hasta el quinto sistemáticamente el peso porcentual de los hogares nucleares completos es superior en los hogares afrocolombianos, con variaciones en el caso de los hogares extensos completos e incompletos, aunque pesan más los primeros en la población afrocolombiana. Otro resultado a resaltar es el significativo peso que tienen los hogares unipersonales en la población afrocolombiana en el quinto quintil, por encima del peso que tiene en la población no afrocolombiana. Estos hallazgos problematizan aún más los estereotipos culturales que se manejan sobre la población afrocolombiana.

Según los resultados de esta misma encuesta (Urrea, op.cit.:13), el clima educativo medio del hogar⁴⁰ es cercano entre los dos tipos de hogares para el total de la ciudad, aunque ligeramente más alto para los no afrocolombianos. Cuando se controla por género del jefe del hogar el diferencial es mayor entre los hogares afrocolombianos, teniendo en cuenta que en ambos hogares la jefatura femenina conlleva un menor clima educativo promedio debido al carácter monoparental de estos hogares. En realidad, los diferenciales entre hogares afrocolombianos y no afrocolombianos en cuanto al clima educativo promedio aparece más claro en el conglomerado urbano donde se concentran las clases medias altas y altas de la ciudad, a favor de los segundos, lo cual incide sobre el valor promedio del total. En las demás áreas urbanas no hay diferenciales, conservándose el patrón esperado, a mejores condiciones residenciales urbanas mayor clima educativo promedio del hogar para los dos tipos de hogares, lo que también apunta a reforzar las similitudes entre las dos poblaciones.

Sin embargo, independiente del estrato socioeconómico –como veremos más adelante– hay diferencias en una serie de indicadores de calidad de vida, en desventaja para los afrocolombianos, sobre todo si son clases medias bajas y medias-medias (Bruyneel y Ramírez [1999]:60-61), ya que los diferenciales para los grupos sociales en los extremos, clases bajas-bajas y clases medias-altas y altas son reducidos, aunque de todos modos existen a favor de los hogares no afrocolombianos.

2.3.Segregaciones socioeconómicas y raciales: mediciones estadísticas y percepciones (Cali, Tumaco y Puerto-Tejada).

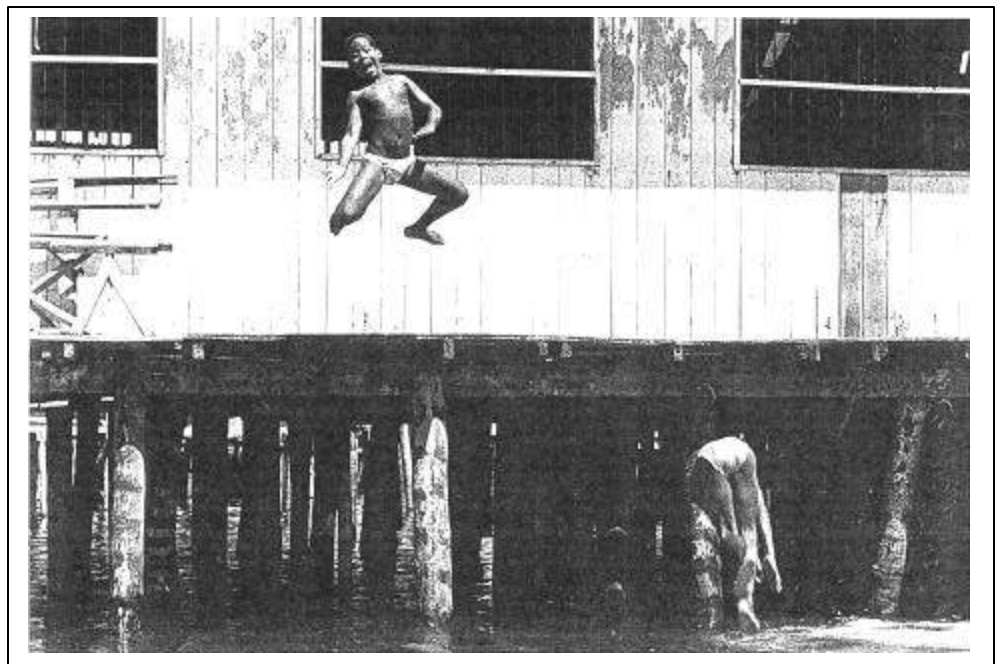
Los análisis apoyados en distintas fuentes y los estudios específicos realizados con diferentes metodologías –cuantitativas y cualitativas–, tanto dentro como fuera del proyecto Cidse-Ird-Colciencias, demuestran la presencia de la segmentación y de la segregación socio-racial y socioeconómica en distintos contextos urbanos que enfrentan las poblaciones afrocolombianas (ref. Medellín: Wade [1997-1993]; Cali: Urrea, Arboleda y Arias [2000]; Urrea y Murillo [1999]; Barbary [1999b]; Urrea [2000]; Urrea y Quintín [2000]; Urrea y Ramírez [2000]; Puerto Tejada: Urrea y Hurtado [1997]; Hurtado [1999]; Tumaco: Álvarez [1999a, 1999b]; Restrepo [1999a, 1999b]; Hoffmann [1999d, 1999e]).

⁴⁰ / El clima educativo medio del hogar es el resultado de la sumatoria de los años de escolaridad de las personas del hogar de 12 y más años, dividida por el número de miembros del hogar en ese rango de edad. Es un adecuado indicador para evaluar el “background” familiar (a nivel escolar), aunque es afectado por la estructura del hogar.

Los fenómenos urbanos de segmentación y segregación son asumidos en este estudio como los procesos de diferenciación del espacio urbano por los cuales unas determinadas áreas residenciales y los hogares que allí se ubican presentan una fuerte desigualdad en el acceso a los bienes materiales y culturales respecto al conjunto de la ciudad, tales como vivienda, transporte, servicios públicos, infraestructura urbana, servicios de salud, educación y recreación, áreas verdes, así como frente al mercado de trabajo urbano, concentrando los empleos más inestables y precarios, y enfrentando los mayores niveles de desempleo respecto a otras áreas urbanas. Ahora bien, cuando en estas áreas segmentadas o segregadas existe una sobreconcentración de población con similares características socio-raciales o de regiones de origen, en el caso de los migrantes, que a su vez presentan también características de fuerte desigualdad en sus regiones de procedencia con las demás regiones del país en el acceso a bienes y servicios, niveles educativos, mercado laboral, etc., estamos en presencia de una diferenciación socio-racial o por origen del espacio urbano con una particularidad de discriminación negativa o excluyente de las poblaciones que allí residen con un componente adicional de percepciones externas y autopercepciones de la población residente en el área concernida en medio de imaginarios de estigma social (Urrea, Arboleda y Arias [2000]:187)⁴¹. La distinción entre segmentación y segregación corresponde a la intensidad de la situación de discriminaciones socioeconómica, socio-racial o por origen. La segunda tendría que ver más con una dinámica urbana de una mayor diferenciación socioeconómica al lado de un contexto de relativo aislamiento, y por lo mismo unas condiciones peores de exclusión respecto a los patrones urbanos de vida estándar en acceso a bienes y servicios, incluso en el imaginario colectivo urbano desde fuera y desde adentro se percibe como un «mundo aparte» en términos negativos frente al resto de la urbe (percepción de «ghetto» estigmatizado). La segmentación es un proceso de diferenciación menos excluyente, el cual corresponde a una situación intermedia entre espacios urbanos integrados y más homogéneos de clases medias bajas o urbanización popular consolidada y espacios no integrados o de alta exclusión o segregados. Pero más allá de estos resultados muy generales, un análisis detallado de las causas, modalidades y efectos de estos procesos de segregación socio-racial –cuyos resultados ocuparán buena parte de esta sección– debe reposar, como ya lo advertimos, sobre una definición más exacta, precisa, y de pronto múltiple, de lo que se entiende por población negra y mulata como lo hemos advertido en la sección precedente.

Un importante resultado de la investigación sobre qué es ser negro –mujer u hombre, en diferentes posiciones en el ciclo de vida, estado civil y condición en el hogar– en contextos urbanos del Pacífico tiene que ver con la segregación socio-racial y socio-económica en los espacios estudiados. Por supuesto, este fenómeno varía según el tipo de contexto urbano. En el caso de Cali, ciudad mestiza y de gran diversidad socio-racial, las dos formas de segregación se superponen a nivel macrourbano y no es posible anular una en la otra, sin embargo a escala micro, es factible encontrar variaciones que se relacionan más específicamente con uno u otro factor. A lo anterior se suma un conjunto de imaginarios de la discriminación racial y socio-económica como componente de la segmentación o segregación, por lo cual residir en determinadas áreas urbanas implica un estigma social. En cambio, en ciudades como Tumaco o centros urbanos de menor escala pero articulados al área metropolitana de Cali como Puerto Tejada –dos espacios urbanos con mucho menor mestizaje si se los compara con Cali– la segmentación y segregación socioeconómica tienen aparentemente un peso más sobresaliente.

⁴¹ / Para una bibliografía sobre segregación urbana consúltese a Robin [1994], Brun y Rhein (editores [1994]) y Gallisot y Moulin (editores [1995]), al igual que Roncayolo [1990]. Véase Urrea et al. (op. cit).



Barrios populares de Tumaco.
Fotos: Manuel González.

Aunque se carece de datos empíricos sistemáticos, sin embargo es factible prever que en Tumaco y Puerto Tejada también se reproduce una geografía urbana socio-racial paralela a la socioeconómica, si bien un poco desdibujada. La elite tumaqueña ha sido blanca o mestiza-mulata pero apropiada de un discurso de identidad regional «tumaqueña» que oculta la dimensión de segregación racial (Hoffmann [1999e]), localizándose en determinados sitios residenciales (Restrepo, op.cit.) versus la residencia de los hogares en donde predominan los llamados “aletosos”. También ha habido una migración no afrocolombiana desde diversos sitios del país a Tumaco. Algo similar es posible encontrarse en Puerto Tejada, además por la presencia en este municipio de migrantes no afrocolombianos de origen «paisa» y de otras regiones del país, y la existencia de sectores de elite mulata local. De todas maneras frente al caso de Cali aparentemente es menor esta yuxtaposición y más una polarización de tipo socioeconómico.

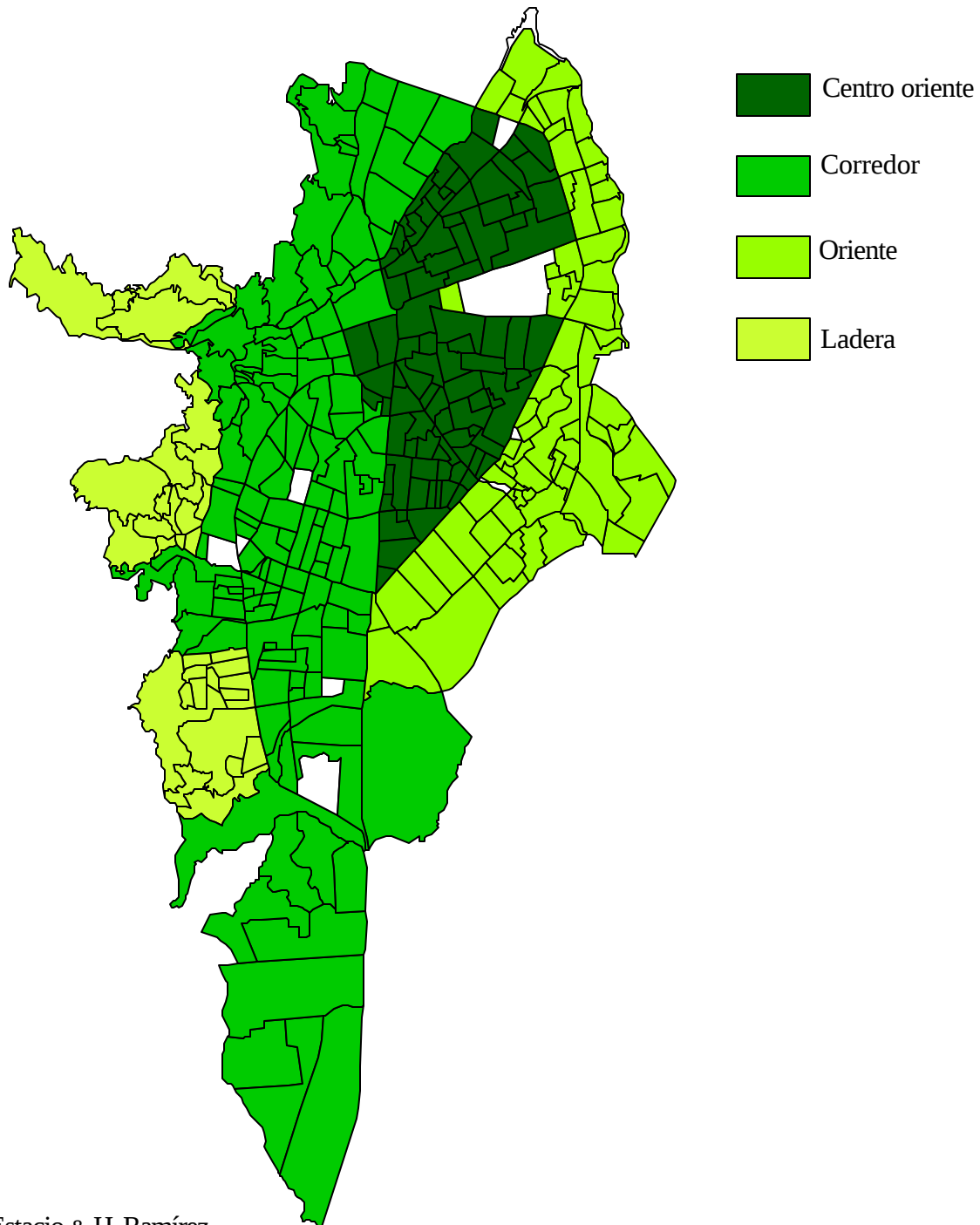
En un estudio global sobre la ciudad de Cali, con soporte en datos de la Encuesta Nacional de Hogares del Dane de junio de 1994 (etapa 84) y otras etapas desde 1982, y con base adicional en otras fuentes indirectas y registros cualitativos, Urrea ([1997] op.cit.:150-156) formula la existencia de cuatro ‘corredores sociales’ en la ciudad, de acuerdo a indicadores gruesos de concentración de grupos sociales (niveles de ingresos y estratificación socioeconómica): el corredor de periferia pobre de la franja oriental plana de Cali (comunas 6, 7, 13, 14, 15, 16 y 21), o conglomerado oriente; el de periferia pobre de las laderas occidentales (comunas 1, 18 y 20), conglomerado ladera; el de mayor concentración residencial de las elites siguiendo el eje norte-sur de la avenida primera y la calle quinta (comunas 2, 3, zona sur de comuna 9, 10, 17 y 19), conglomerado corredor; y un cuarto conformado por comunas pericéntricas de estratos 2, 3 y parcialmente 4, entre clases populares estabilizadas y clases medias (comunas 4, 5, 8, zona nororiente comuna 9, 11 y 12) o centro-oriente. Estos conglomerados socio-geográficos pueden verse en el mapa 1⁴². La comuna 3, zona centro oeste de la ciudad, reúne grupos bien disímiles, sectores residenciales de las elites con clases medias, bajas y muy bajas. En este sentido constituye la comuna más heterogénea de la ciudad. Para el autor estos corredores sociales tienen que ver con estrategias implícitas de segregación urbana, las cuales favorecen el patrón de selección/selectividad. Urrea, Arboleda y Arias ([2000]:208-215) analizan la asociación entre segregación y procedencia de los mismos lugares de origen; mientras Urrea y Murillo ([1999]:397-402) y Barbary ([1999b]:37-41, 49) ahondan sobre la segmentación espacial social y racial en Cali.

Un análisis específico de los datos censales de 1993, basado en la distinción de la población según origen geográfico (lugar de nacimiento de los migrantes o lugar de nacimiento de los padres de ciertos nativos) permite aproximarse a la población afrocolombiana en Cali a través de los originarios de la «zona de poblamiento negro» del suroccidente. De esta forma se constituye un primer acercamiento al tema y se muestra que el patrón de distribución espacial en la ciudad de esta población es mucho más concentrado en los dos corredores pobres de las periferias (Distrito de Aguablanca, comunas 6 y 7 o zonas de laderas de las comunas 18 y 20) que el patrón de distribución del conjunto de la población (mapa 2, y Barbary [1999a]:10-14).

⁴² / En este mapa no aparece la zona correspondiente a la comuna 21, ya que se construyó con una base cartográfica anterior a la creación de esta comuna. Su localización es adyacente a la región suroriente en el mapa y como tal forma parte del conglomerado oriente.

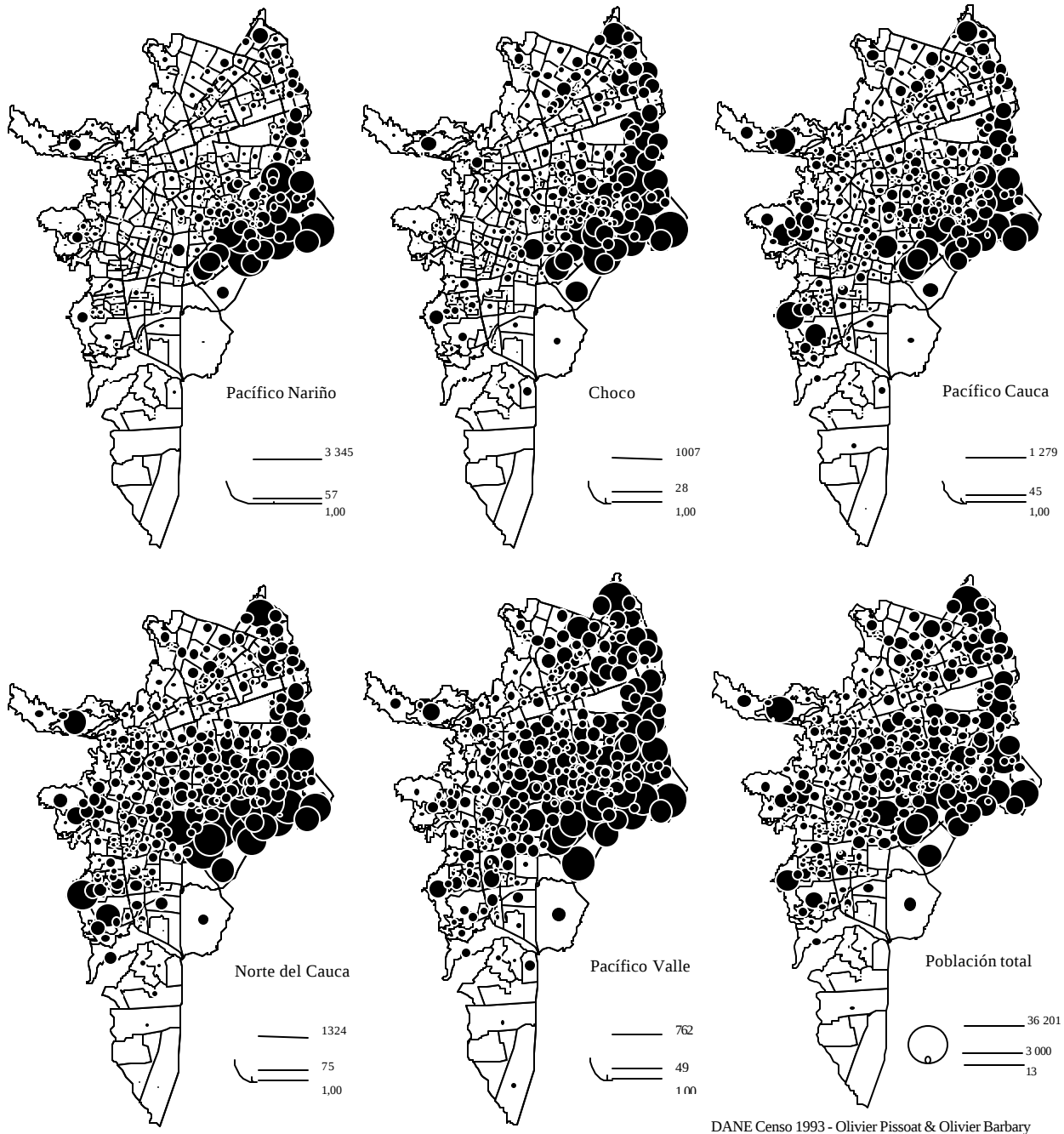
Después de estas constataciones generales, basadas en datos de fuentes secundarias, varios trabajos realizados sobre datos específicos del proyecto han buscado detallar los mecanismos de estos procesos en Cali y analizarlos, a diferentes escalas espaciales y sociales. En esta dirección se ha tratado de identificar y separar, cuando pareció legítimo, sus componentes socioeconómicos y socioraciales, e integrando en el diagnóstico los indicadores cuantitativos sacados de la encuesta sociodemográfica, que ponen en evidencia las situaciones ‘objetivas’ de segmentación o segregación, con los resultados de enfoques más cualitativos. Este ejercicio ayuda a contextualizar estas situaciones con datos históricos sobre las dinámicas del poblamiento, observaciones sobre el desarrollo de las redes familiares y de migrantes, y análisis de las construcciones de imaginarios como son las representaciones, percepciones y estigmatizaciones de los ‘negros’ y de los espacios de ‘negros’ en la ciudad, las cuales a su vez retroalimentan los mecanismos segregativos. Urrea y Murillo [1999] y Barbary [1999b] ahondan en la dinámica del poblamiento y la segmentación espacial social y racial en Cali, Bruyneel y Ramírez [1999] en la comparación de indicadores de condición de vida entre hogares afrocolombianos y no afrocolombianos, mientras Urrea, Arboleda y Arias [2000] analizan la constitución de las redes familiares de migrantes del Pacífico en Cali y la asociación entre segregación y procedencia de los mismos lugares de origen. Cabe insistir en algunas conclusiones de estos análisis.

Mapa 1: Conglomerados o regiones Socio-geográficas de Cali



A. Estacio & H. Ramírez

Mapa 2 : Distribución de la población por sector cartográfico según lugar de origen

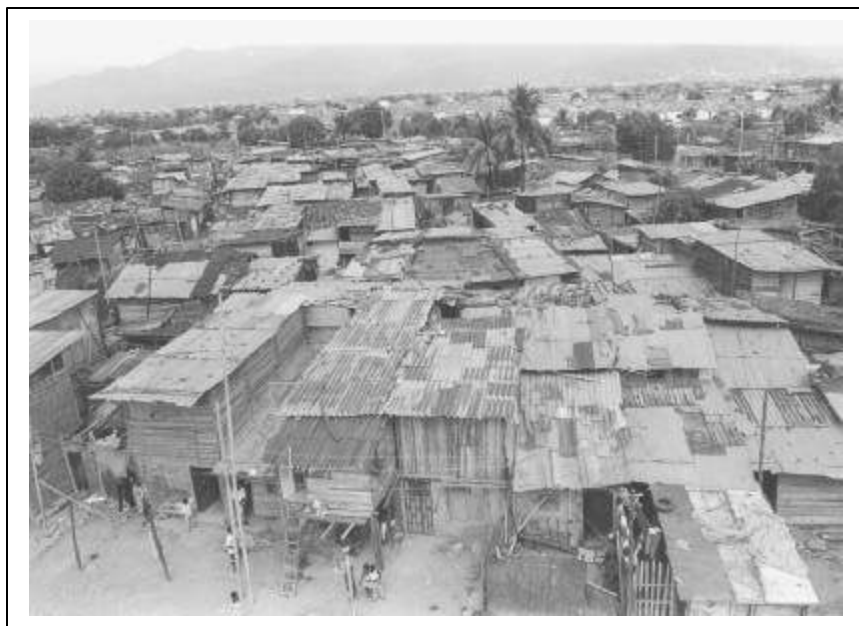


En primer lugar se confirma la realidad de la segregación socioracial en Cali, en tanto situación de acceso diferencial y desigual de ciertas categorías de población –hogares afrocolombianos, población negra, migrantes del Pacífico– al espacio residencial (Barbary [1999b]:37-41), segregación a escala macro y micro; (Urrea y Murillo [1999]:371-378, 384-387, 390-395, 398, sobreconcentración de población con origen en el pacífico sur en Sardi y El Retiro), al mercado laboral (Urrea y Murillo [1999]: 371-374, 392-393), empleos no calificados y de baja remuneración⁴³) y a los bienes y servicios (Bruyneel y Ramírez [1999]: 57-60, hacinamiento más crítico y menor acceso a los servicios públicos y bienes de equipamiento). Pero la intensidad de los procesos de segregación residencial y económica que afectan la población de Cali, así como sus modalidades (concentración geográfica, escalas espacial y social de segmentación, papeles respectivos de los factores socioeconómico y racial) son variables y deben ser distinguidos según la composición racial precisa de diferentes categorías de población, lo cual indica una geografía urbana relativamente “racializada” (ver Mapa 3). Si bien para el conjunto de la población de los hogares afrocolombianos, y a la escala ‘macro’ de la geografía urbana de la ciudad, el nivel de segregación que evidencia la encuesta puede calificarse de moderado (Barbary [1999b]:37), la estratificación socioeconómica de las manzanas introduce nuevamente, a los niveles meso y micro, una segmentación racial (Barbary [1999b]:37-39; Urrea y Murillo [1999]:340, 345, 370, 385; Bruyneel y Ramírez [1999]:57-59). Por otra parte, sin duda alguna, la población negra es víctima de una segregación mucho más fuerte que las poblaciones mulatas de “piel menos oscura” y mestizas (Barbary [1999b]:38-39). Son claros entonces los nexos dialécticos que unen estas situaciones de segregación, con la autopercepción de «ghetto» en las barriadas populares de la franja oriental de Cali –en particular dentro de la población joven– y los fuertes estigmas desde afuera que pesan sobre los barrios con sobreconcentración de población afrocolombiana, como barrios de «negros» (Urrea y Murillo [1999]:340, 362, 375, 385, 400). Esto opera en barrios como Charco Azul, Andrés Sanín, Ulpiano Lloreda, Puerto Mallarino, Alfonso López etc., pero más que todo Sardi y El Retiro; (ver también en Urrea [2000]:18-30). Estas construcciones del imaginario colectivo terminan percibidas, por los mismos pobladores negros y mulatos del Distrito de Aguablanca, como un motivo más o menos directo de discriminación socioracial (Barbary [1999a]:26, 27).

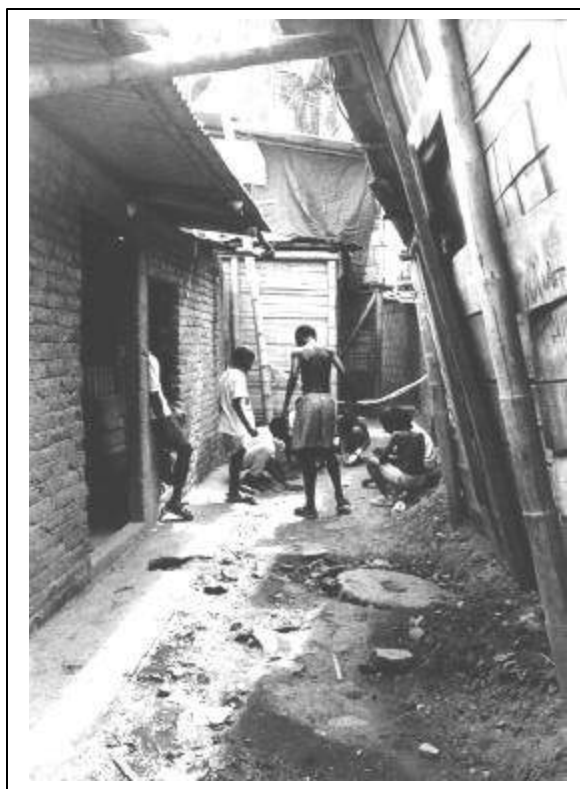
De esta forma a través del término “ghetto” –por parte de los jóvenes negros, mulatos y mestizos en las barriadas populares de Cali– opera así el fenómeno de un imaginario inventado⁴⁴ y recreado, alusivo a un territorio urbano de exclusión para espacios con diferentes grados de pobreza y mestizaje interracial, pero que no obstante tienen en común altas tasas de deserción escolar masculina, alto desempleo juvenil, presencia de pandillas y en alguna medida una población negra-mulata medianamente visible en términos demográficos, así no sea mayoritaria (Urrea, op.cit.). En este sentido los diferentes grupos sociales en la construcción de sus identidades, casi siempre en situaciones productivas de alteridad, es probable que reciclen expresiones lingüísticas procedentes de otros contextos,

⁴³ / Este componente se amplía en la sección siguiente, sobre segmentación y segregación en el mercado laboral.

⁴⁴ / En la dirección de Anderson [1991].



Vista panorámica de Sardi y Charco Azul (Cali).
Foto: Carlos Arias.



Calle de Sardi (Cali).
Foto: Carlos Arias.

que les permite semánticamente referirse a imaginarios idealizados de “communitas”, bajo el modelo de “los unos sin los otros” (Agier [1999g]:57-90). De todos modos los otros contextos deben de alguna forma permitir ser equiparados por similitud con las percepciones y autopercepciones de los actores sobre sus condiciones de existencia, que en el caso que nos ocupa son de exclusión-segregación (Urrea, op.cit. y Agier, op.cit.). Por otra parte, los barrios populares pertenecientes a la franja oriental y de ladera en una ciudad como Cali son por excelencia una “región moral” peligrosa o zona urbana altamente estigmatizada (Agier, [1999g]:147; Urrea, op.cit.:19).

Lo que se ha dicho anteriormente no significa que la expresión “ghetto”, tal y como es utilizada por los jóvenes de los sectores populares más pobres de Cali, en su gran mayoría negros, sea equivalente al fenómeno del “ghetto” en sociedades con un tipo de racismo histórico institucionalizado, como han sido los casos típicos de la sociedad norteamericana y el modelo del “apartheid” sudafricano. O en otras palabras, a nivel “objetivo” no podemos hacer equivalentes los modelos de segregación socio-raciales americano o sudafricano, en donde se presenta un fenómeno de homogeneidad socio-racial generalizado, a los barrios con alta concentración de población negra en el conglomerado urbano caleño del Distrito de Aguablanca⁴⁵. Si bien es cierto que de acuerdo con los datos generados por las encuestas Cidse-Ird-Colciencias (mayo-junio 1998) y Banco Mundial-Cidse/Univalle (agosto-septiembre 1999), entre los más pobres urbanos hay una sobre-representación de los hogares afrocolombianos en los barrios del oriente de Cali y en menor medida en la zona de ladera, lo que permite afirmar que los más pobres entre los pobres son probablemente hogares afrocolombianos, ello no excluye un significativo mestizaje racial en el interior de dichos hogares.

De igual forma, hay que resaltar que en otras áreas urbanas de la ciudad se registra una importante participación porcentual de hogares afrocolombianos, aunque con variaciones decrecientes a medida que nos alejamos del oriente de la ciudad, además de un menor peso de la población negra dentro de ellos y mayor importancia de la población mulata. Esto significa que en el caso de la ciudad de Cali la segregación socio-racial urbana en barrios populares del oriente donde hay visiblemente una sobreconcentración de hogares afrocolombianos también se hace presente el mestizaje racial, bajo diversas formas de “blanqueamiento”⁴⁶, en la clasificación arbitraria de fenotipos “mestizo” y “blanco”. Por otro lado, es un hecho que operan modalidades de movilidad social en los diferentes conglomerados para los hogares afrocolombianos con un mejor “background” e inserción sociolaboral, incluso en el oriente, ya que encontramos este tipo de hogares a lo largo de los cinco quintiles de ingreso (encuesta Banco Mundial-Cidse), aunque va disminuyendo su peso porcentual a medida que aumenta el quintil de ingreso. *Es una segregación socio-racial de la geografía urbana que coexiste con alternativas de significativa movilidad socioeconómica, sin que ello represente la eliminación de prácticas discriminatorias para los sectores más acomodados (clases medias negras-mulatas), pero ya no en los mismos*

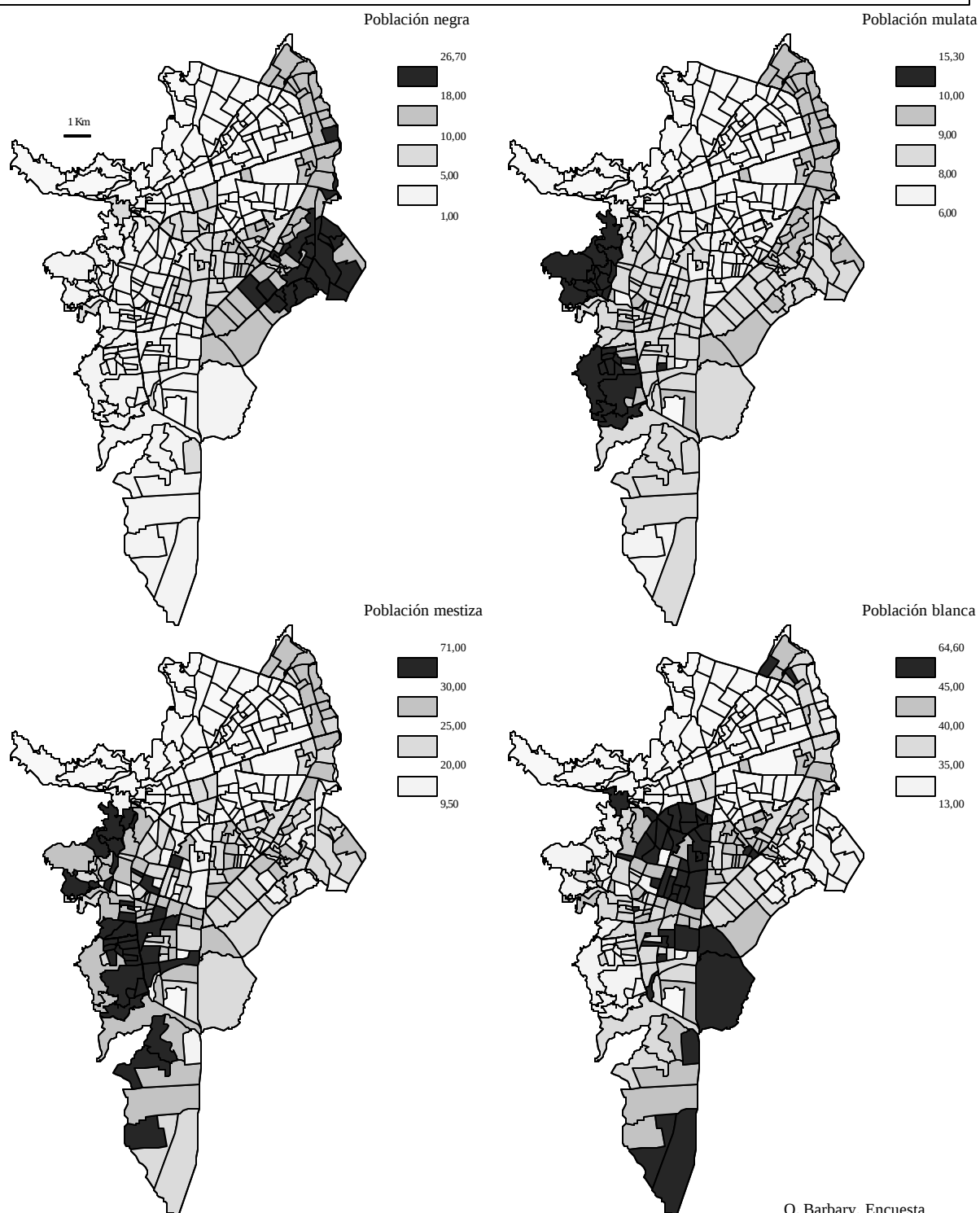
⁴⁵ / Para efectos de la discusión sobre el “ghetto” negro americano y otras experiencias de discriminación racial urbana consúltase a Loïc J.D. Wacquant [1992, 1993a, 1993b].

⁴⁶ / “Blanqueamiento” como percepción desde el “ghetto” hacia los demás barrios externos, sobre todo cuando se acercan al área central o en las áreas más residenciales de la ciudad.

términos que se observa para los grupos más pobres de la ciudad en donde predomina la población negra-mulata.

Ahora bien, por lo mismo estas lógicas de segmentación o segregación no pueden ser interpretadas únicamente en términos raciales, ya que son también el resultado de las estrategias u oportunidades residenciales específicas que corresponden a las redes familiares y de paisanaje desarrolladas por poblaciones de diferentes orígenes geográficos y sociales; así también se explican los patrones de concentración de la población afrocolombiana que se marcan a diferentes escalas en la ciudad, en el oriente en general, en ciertas comunas como la 7, la 14 o la 15 y en ciertos barrios como El Retiro o El Vallado, Sardi o Charco Azul, Alfonso López I, II y III o Manuela Beltrán, y en menor grado, Siete de Agosto, Ciudad Córdoba o Mariano Ramos (Barbary [1999b]:37, 41; Urrea y Murillo, [1999]:345, 347, 372, 373, 375, 378, 384, 387; y Urrea, Arboleda y Arias [1999] texto y mapas 1 a 6, como caso ejemplar, ver la concentración espacial en el barrio El Retiro de Cali de la red familiar Mayorga, oriunda de López de Micay). También es importante el efecto en la concentración de ciertos orígenes regionales de las clientelas políticas, de líderes y dirigentes locales, o del reclutamiento específico de tal o cual grupo o asociación, formados alrededor de los procesos de invasión que jalonan la historia urbanística de los sectores populares en Cali y juegan un papel determinante en el acceso a la vivienda (Urrea y Murillo [1999]:344 – Alfonso López, 372 – Sardi, 386 – El Retiro).

Mapa 3: proporción de población según caracterización fenotípica individual por sector cartográfico



O. Barbary. Encuesta
Cidse/Orstom – Mayo 1998

En segundo lugar, los aspectos socioeconómicos de la población “negra” en Cali, sean considerados en una perspectiva transversal (diferenciales observados a la fecha de la encuesta en las condiciones de vida de los hogares - Bruyneel y Ramírez op. cit.) o longitudinal (dinámicas de movilidad social de los mismos - Urrea, Arboleda y Arias op. cit.), aparentan, aunque falta confirmarlo con análisis detallado de los datos biográficos de la encuesta Cidse-Ird-Colciencias, estar estrechamente ligados a los mismos determinantes que las manifestaciones espaciales de la segregación socioracial, como son el contexto socioeconómico de los lugares de origen, el capital económico y social a la llegada a Cali, la duración de residencia y el tipo de inserción residencial en la urbe, constitución del capital educativo, redes familiares, de paisanaje o de clientela política, etc. De hecho, ambas perspectivas conducen a centrar la problemática sobre la cuestión de la desigualdad de oportunidades de ascenso social que tienen los hogares afrocolombianos frente al resto de la población de Cali. Cuando las diferencias de condiciones de vida evidenciadas por Bruyneel y Ramírez ([1999]:56-60); y Urrea ([2000]:12), sobre hacinamiento promedio⁴⁷ son reducidas en los dos extremos de la escala socioeconómica (estratos bajo-bajo y medio alto y alto) pero alcanzan niveles asombrosos en los estratos medio-bajo y medio, se comprende la reacción de una mujer joven que asistía al taller de presentación de los resultados de la encuesta realizado en El Retiro el 17 de abril de 1999: *«A nosotros los negros nos dejan en paz cuando somos bien fregados o ya somos futbolistas profesionales, pero cuando se busca salir adelante es que lo ponen a uno a sudar»*.

Percepción y autopercepción de discriminación racial.

La discriminación racial, como dispositivo del imaginario urbano y regional, puede también observarse en algunas manifestaciones de la producción cultural de las elites «blancas», compartida afectivamente por otras capas sociales de la población no negra, incluso de los sectores populares. Al respecto, es fuerte en el imaginario colectivo de amplios sectores sociales de la ciudad de Cali los roles subordinados de empleada doméstica o sirvienta para la mujer negra y de trabajador de la construcción sin educación para el hombre negro, que además hablan un mal castellano. Un buen ejemplo lo constituye la caricatura de Nieves, publicada en el diario El País desde hace 30 años en una de las páginas editoriales, donde son típicamente representados, a través de dos personajes, los oficios de «negros» en la región. En la caricatura, Nieves es la sirvienta negra y su amigo o compañero, Hétor, obrero de la construcción. Los dos corresponden a personajes ingenuos con muy baja escolaridad, que se atreven a opinar o «filosofar» sobre temas de la vida cotidiana y acontecimientos sociales y políticos a partir de frases de sentido común con las cuales generan reacciones de sorpresa por su ingenuidad y visión simplista de la vida⁴⁸ (véase Urrea [1997]:155; también Urrea [2000]:23).

⁴⁷ / Urrea con base en los datos de la encuesta del Cidse-Banco Mundial corrobora el hallazgo de Bruyneel y Ramírez: los hogares afrocolombianos del primer quintil de ingresos, del cuarto y quinto no presentan un hacinamiento promedio diferente al de los hogares afrocolombianos; en cambio los de los quintiles segundo y tercero registran niveles de hacinamientos significativamente mayores.

⁴⁸ / En 1997 el profesor de la Universidad del Valle, Pascual Charrupi (estadístico negro de gran trayectoria, cuya desaparición en 1999 deploramos), encaminó una acción de tutela en la ciudad de Cali contra “El País” por la publicación de esta caricatura, alegando su contenido racista y discriminatorio contra las poblaciones negras. Esta tutela fue fallada en contra del demandante por el juez local y el Tribunal Regional y luego llegó hasta la Corte Constitucional en donde se clasificó como no procedimental. Sin embargo, la demanda generó una interesante polémica en los medios de comunicación regionales y de nivel nacional (prensa, radio y televisión), polarizándose las opiniones entre los que apoyaban a la autora de la caricatura (Consuelo Lagos, una mujer de la elite blanca vallecaucana) y los que estaban de acuerdo con el recurso de tutela. Fue claro que entre los partidarios de las dos posiciones estaba presente el factor racial: los entrevistados que simpatizaban con la caricaturista no eran negros o

Pero, sobre todo, la discriminación racial en cuanto alteridad estigmatizante es vivida por los mismos actores que la sufren. En este sentido llamamos antes la atención sobre la autopercepción de «ghetto» en las barriadas populares de la franja oriental de Cali⁴⁹ y los fuertes estigmas que pesan sobre los barrios con sobreconcentración de población afrocolombiana, también entre la misma población afrocolombiana, según lo muestran Urrea y Murillo (op.cit.) a partir de la dinámica de los barrios del oriente de Cali. Esto coincide con los resultados de la encuesta especializada en la parte donde se evoca el tema de la discriminación racial en Cali (ver tabla 1, y Barbary, [2000]:16-18). Cualquiera sea el color de piel, la opinión mayoritaria en Cali es la existencia de discriminación, tanto en el trabajo como en otras situaciones, más a menudo hacia los negros, pero también hacia los pobres, las personas viejas, las mujeres, etc. Así el 65% de las personas interrogadas responden afirmativamente a la pregunta sobre su existencia en el trabajo; la proporción es del 77% en el seno de los hogares afrocolombianos y 60% en los hogares no afrocolombianos, y alcanza el 82% entre las mujeres caracterizadas como negras. Más aún, por encima de la tercera parte de las personas que piensan que existe, la consideran frecuente (casi todos los empleadores o la mayor parte de ellos la practicarían). Para los encuestados, los principales motivos de discriminación profesional son claramente la apariencia racial y la clase social: 55% de las respuestas a esta pregunta citan, como primera categoría de población discriminada los negros, y 24% los pobres y las personas poco educadas. Alrededor de la mitad de la muestra piensa que los negros son tratados peor que las otras personas por la policía (53%) y en el lugar de trabajo (54%), y el 30% en los hospitales y los centros de salud, la escuela o el colegio, en el transporte público y en los trámites administrativos. Finalmente, dentro de los hogares afrocolombianos, 24% de los individuos declaran haber sido personalmente víctima de algún tipo de discriminación en su trabajo u otra situación; esta frecuencia asciende al 32% para la población negra pero solamente 15% para la población mulata y, respectivamente 11% y 10% para la mestiza y la blanca. En los reportes que hacen los entrevistados de estas experiencias, los motivos de discriminaciones evocan nuevamente el color de piel, las razones sociales y de género vienen después, acumulándose, a veces, varios factores. Así mismo los encuestados nos recuerdan oportunamente cómo los motores raciales y sociales de la discriminación funcionan en paralelo, con base a una “esencialización” indistinta de las diferencias somáticas y socioculturales.

La percepción y autopercepción de discriminación racial en Cali afecta también espacios urbanos de clases medias al lado de los estereotipos de adscripción de ciertas cualidades a la población “negra”⁵⁰ (Urrea [2000]: 24-25).

mulatos y consideraban exagerada y sectaria la interpretación del demandante, mientras los que apoyaban la tutela eran, en gran mayoría profesionales negros o mulatos con los mismos criterios del demandante respecto a la imagen discriminatoria de esta caricatura.

⁴⁹ / Ya sean barrios de invasión, barrios en proceso de consolidación o barrios consolidados de sectores populares con presencia visible de población negra-mulata. Esto es válido incluso en la zona de ladera de la ciudad (comunas 1, 18 20) y en las comunas limítrofes al Distrito de Aguablanca (11, 12, zona norte de la comuna 9 y las áreas más orientales de las comunas 4 y 5).

⁵⁰ / Por ejemplo, en los carteles publicitarios de la famosa Feria de Cali, que se realiza entre el 25 de diciembre y el 1º de enero de cada año, al igual que en las músicas de los compositores de salsa de mayor prestigio, curiosamente hombres negros (Jairo Varela y Alexis Lozano). Recientemente el primero, Jairo Varela, a raíz de su detención carcelaria durante más de dos años, bajo el pretexto de haber sido financiado por dineros del narcotráfico, una vez ha salido libre ha producido un disco con alusiones directas a la discriminación racial, como parte de su propia experiencia como hombre negro empresario exitoso de música salsa a nivel internacional.

En el primer espacio universitario público de Cali y la región, la Universidad del Valle, han aparecido en los últimos cuatro años grafitos racistas, curiosamente en los cubículos de lectura individual de la biblioteca central de la universidad (Palacios [1999])⁵¹. Llama la atención que en una universidad pública con predominio de estudiantes de clases medias-bajas y medias-medias, por lo menos en más de un 55% procedente de colegios privados en donde opera el mestizaje interracial en sus múltiples variantes procedente de variados lugares de origen, esté apareciendo estas expresiones de “odio racial”. Una hipótesis plausible es la siguiente: ante el aumento visible de la población estudiantil negra-mulata, de mujeres y hombres en la Universidad del Valle, durante la década del 90, en diferentes carreras profesionales, incluso en las áreas de ingeniería y ciencias básicas, se habría desatado una reacción competitiva entre la población estudiantil mestiza-blanca de corte racista, sobre todo después de 1997, cuando la recesión y crisis económica de la región y la ciudad han llegado a los niveles más altos de la historia. Hay que advertir que se trata de estudiantes con el mismo origen social, ya sean negros-mulatos o mestizos-blancos, de clase media en su gran mayoría. Por supuesto, este fenómeno no es ajeno al crecimiento de la población negra-mulata en Cali en los diferentes sectores sociales de la ciudad en las últimas dos décadas.

⁵¹ / Palacios también ha registrado estos grafitos en otros espacios universitarios, sobre todo en la parte externa de un predio universitario en el que había una mayor concentración de estudiantes negros-mulatos, debido a una pequeña cafetería que allí existía y que era un espacio de encuentro de los estudiantes migrantes de la región Pacífica. Dicho espacio fue clausurado hace dos años por las autoridades universitarias bajo el pretexto de mejorar la presentación de los espacios externos a los edificios dentro del campus universitario. Un primer estudio sobre discriminación racial universitaria en Cali fue el trabajo de grado en sociología de Libardo Córdoba Rentería, “Prejuicio racial en la Universidad del Valle entre los años 1976-1979”, monografía de grado, Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas; 74 págs, año 1995, en el cual analiza las prácticas racistas en las antiguas residencias universitarias de Univalle hacia finales de la década del 70.

Tabla 1 : Respuestas a las preguntas de percepción de la discriminación, según características fenotípicas y sexo de los encuestados (diferencias significativas observadas)

1. Respuestas afirmativas a la pregunta, ‘¿Piensa usted que en Cali existe discriminación en el trabajo?’												
Caracterización por el encuestador:												
Género :	Negro		Mulato		Mestizo		Blanco		Total			
	No. Obs	(1) % (2)	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%		
Hombres	356	76<< ++	180	75 ++	104	59	148	59<	788	63<		
Mujeres	470	82>> ++	251	75 ++	154	55 --	202	68>	1077	67>		
Total	826	79 ++	431	75 ++	258	57 --	350	64	1865	65		
2. Proporción de encuestados que piensan que la discriminación profesional es frecuente (por casi todos los empleadores o una buena parte de ellos), entre los encuestados que piensan que ella existe.												
Caracterización por el encuestador:												
Género :	Negro		Mulato		Mestizo		Blanco		Total			
	No. Obs	(1) % (2)	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%		
Hombres	271	29<<	129	26<	68	15<< --	93	38 +	561	29<<		
Mujeres	385	36>>	190	35>	103	45>> +	152	34	830	37>>		
Total	656	33	319	31 -	171	33	245	36	1391	35		
3. Respuestas afirmativas a las preguntas sobre discriminación hacia los negros e indígenas en diferentes contextos.												
Caracterización por el encuestador:												
Contexto :	Discriminación hacia los negros						Discriminación hacia los indígenas					
	Hogares afro.		Hogares contr.		Total		Hogares afro.		Hogares contr.		Total	
	No. Obs	(1) % (2)	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%
En los hospitales y centros de salud	1504	32●	376	27°	1880	31,0	1504	29●●	376	21°	1880	27,4
En escuelas y colegios	1504	34	376	32	1880	33,6	1504	28●	376	25°	1880	27,4
En el transporte	1504	39●●	376	32°	1880	37,6	1504	29●●	376	22°	1880	27,6
En los trámites administrativos	1504	31●	376	26°	1880	30,0	1504	29●	376	24°	1880	28,0
En el trabajo	1504	57●●	376	41°	1880	53,8	1504	38●●	376	29°	1880	36,2
Por la policía	1504	54●	376	50°	1880	53,2	1504	33●	376	29°	1880	32,2
En el barrio	1504	19	376	18	1880	18,8	1504	18●●	376	13°	1880	17,0
4. Respuestas afirmativas a la pregunta sobre la discriminación hacia los negros en el trabajo.												
Caracterización por el encuestador:												
Género:	Negro		Mulato		Mestizo		Blanco		Total			
	No. Obs	(1) % (2)	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%		
Hombres	356	56<<	180	60> ++	104	30<< --	148	48>	788	46		
Mujeres	470	63>>	251	55< ++	154	46>>	202	40< -	1077	46		
Total	826	60	431	57 ++	258	40 -	350	43 -	1865	46		
5. Respuestas afirmativas a la pregunta sobre la discriminación hacia los negros por la policía.												
Caracterización por el encuestador:												
Género:	Negro		Mulato		Mestizo		Blanco		Total			
	No. Obs	(1) % (2)	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%		
Hombres	356	53	180	60> ++	104	42< -	148	51	788	50		
Mujeres	470	54	251	52<	154	55>	202	51	1077	52		
Total	826	54 +	431	55 +	258	50	350	51	1865	51		
6. Respuestas afirmativas a la pregunta, ‘¿Usted misma-o ha sido víctima de discriminación en el trabajo o en otras situaciones?’												
Caracterización por el encuestador:												
Género:	Negro		Mulato		Mestizo		Blanco		Total			
	No. Obs	(1) % (2)	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%	No. Obs	%		
Hombres	356	30 ++	180	14	104	5<< --	148	10	788	12<<		
Mujeres	470	33 ++	251	17	154	16>>	202	11 --	1077	16>>		
Total	826	32 ++	431	15	258	11 -	350	10 --	1865	14		
Fuente: encuesta CIDSE/IRD junio 1998												
(1) El número de observaciones son las personas que han respondido a la pregunta. Debido al reducido número de casos para las categorías “indígenas” y “otros”, éstas han ido excluidas de las tablas 1, 2, 4, 5 y 6.												
(2) Las frecuencias son las de respuestas afirmativas, estimadas a partir de la muestra sobre el conjunto de la población de 18 años y más de edad, los datos están ponderados por los factores de extrapolación de la muestra. El test de significancia es basado sobre los niveles de confianza entre un 95% y 99%, asociados al plan de muestreo, con las anotaciones siguientes:												
>, >> y <, << : Diferencias positivas (>, >>) y negativas (<, <<) entre los géneros, significativas entre el 5% (>, <) y el 1% (>>, <<)												
+, ++ y - -- : Diferencias positivas (+, ++ y negativas (-, --) en la categoría fenotípica con relación a la mediana de la muestra.												
●, ●● y ○, ○○ : Diferencias positivas (●, ●●) y negativas (○, ○○) en el tipo de hogar, con relación a la mediana de la muestra.												

Dinámicas segregativas en otros contextos urbanos.

La geografía urbana de segregación a partir de los barrios de concentración de las familias de los “aletosos” –jóvenes– negros en Tumaco (Restrepo, [1999b]:151-196) es un ejemplo interesante que dicho fenómeno también forma parte del espacio urbano de la Costa Pacífica. Esta ciudad se caracteriza además por estar conformada de fragmentos rururbanos, los cuales son la clave de la segregación (Álvarez [1998a]:67-93). En Tumaco la discriminación se ha construido desde una representación bajo la forma de tríada campo, pueblo y ciudad, constituyendo una parte central del imaginario tumaqueño que refleja un orden social jerárquico racial (Álvarez [1998a]:154-174). En este contexto juegan las representaciones sobre los “aletosos”, intensificando la carga simbólica negativa en el contexto de la ciudad de estos personajes y de los sitios de residencia de ellos y sus familias, los cuales están asociados al campo-pueblo, en oposición a las prácticas urbanas de Tumaco como ciudad, propias de los «no negros» (Restrepo [1999a]:81).

De la misma manera, en Puerto Tejada la segmentación socioeconómica integra ingredientes de segregación y estigma social vinculados a la presencia de los migrantes de Costa Pacífica, ya que estos últimos «proceden de las regiones más deprimidas del país, por tanto no disponen de recursos económicos, poseen bajos niveles educativos ... (y ellos) se ven abocados a aceptar condiciones salariales desfavorables y se convierten en mano de obra barata...» (Hurtado, [1999]:31), a pesar que como la autora lo anota se trata de un grupo con características raciales similares a la población nativa. En este segundo caso de núcleo urbano mayoritariamente de población negra, los migrantes negros del Pacífico sufren una discriminación social con una serie de representaciones negativas construidas por la población nativa, especialmente sus élites. Además, esta discriminación negativa de los inmigrantes de la Costa Pacífica, contrasta con otra, positiva y con alta valoración favorable, hacia los inmigrantes de otras regiones del país, sobre todo si son «paisas», casi siempre mestizos o «blancos» (Hurtado [1999]:31, 32, 34, 35, 37, 39). En conclusión, en Puerto Tejada los diferenciales entre la población de migrantes y no migrantes son más socioeconómicos (Hurtado, op.cit.).

Segregación socio-espacial, violencia urbana y sociabilidades masculinas.

Hay una fuerte presencia de la violencia, como telón de fondo, en los barrios populares en donde residen los jóvenes negros en el oriente de la ciudad. Este es uno de los factores que incide en la dinámica de segregación socio-espacial, a su vez expresado vía los relatos de los jóvenes sobre su vida cotidiana. Es en este contexto que los jóvenes construyen modelos de identidad específicos: la violencia es un factor que marca la conformación de las masculinidades entre estos jóvenes negros, así como para el conjunto de los demás actores sociales que residen en los barrios populares. No puede hacerse “hombre” un joven sin que esté en juego la figura masculina de poder que inspira temor, porque supuestamente puede ejercer un “carisma” en un espacio territorial basado en el respeto que logra de los demás a través de la capacidad de coacción física apoyada en las armas y en el hecho que posiblemente el más “hombre” tiene a su haber ya algunos muertos. Pero también –y esto es bien importante– como característica común a los diversos entrevistados masculinos, que la hombría se marca en un permanente reto de riesgo con la muerte, o sea, tener el coraje de enfrentar a quien le disputa lo que supuestamente es de él (una mujer, dinero, familia, objetos y medios diversos, etc.). Hay así un ambiente envolvente de riesgo real, que todos los actores perciben. Las armas, sobre todo las de fuego, les ofrecen a los protagonistas, los jóvenes, una capacidad material de hacerse respetar y demostrar la fuerza coactiva frente al potencial adversario, hasta eliminarlo si es necesario. Es más “hombre” quien

logra tener a su disposición esa capacidad (un arma) y la sabe utilizar sin dificultad. Se vive en un ambiente envolvente de riesgo real, que es también sostenido y recreado por los mismos jóvenes (Urrea y Quintín, [2000]:49-50).

En cuanto a la incidencia del componente socio-racial en las condiciones de vida de estos jóvenes, es claro que no se observan diferencias entre estos jóvenes negros y los otros jóvenes, mestizos y blancos, de los mismos sectores populares. En términos de “hallazgos”, las características son comunes a las de los jóvenes de barriadas pobres de cualquier ciudad. Por esto mismo no puede establecerse una relación directa e inmediata entre violencia y discriminación racial. Sin embargo, hay un elemento que complica el análisis –ya analizado a través de este capítulo–, pero que nos da luces para entender mejor las interacciones alrededor de las cuales se construyen las sociabilidades de los jóvenes negros-mulatos de barriada. Se trata de la intensa autopercepción de exclusión, según la expresión de los mismos jóvenes negros –hombres y mujeres–, de vivir en el “ghetto”. Por otra parte, hay que recordar el factor sociodemográfico de una población masculina mucho más joven que la femenina, con una concentración de los hombres superior al 60% en edades inferiores a los 20-25 años, lo cual parece estar asociado a una inmigración de adolescentes y adultos jóvenes hombres que residían antes en sus lugares de origen con miembros de la red familiar y se trasladan hacia Cali a donde otros miembros de la red. Esto constituye un elemento presente en la construcción de las subjetividades en la medida en que puede favorecer la presencia de una situación de fuerte competencia y disputas entre pares, especialmente en un contexto de alta deserción escolar masculina. Si las anteriores subjetividades son construidas en un contexto de fuerte segregación socio-racial y exclusión social por parte del resto de la sociedad, el énfasis se hace sobre aquellos atributos que no sólo caracterizarían al barrio, sino especialmente sobre aquellos que hacen al barrio diferente: surge el reconocerse como residente de un barrio “que sí suena” pero por un cúmulo de aspectos negativos. La idea de “ghetto”, un espacio propio así no sea maravilloso, es contrapuesta al mundo exterior. En él se combinan el “infierno” y el “cielo” de la vida barrial, donde junto a las competencias y las violencias surgen lazos de vecindario y de solidaridad (op.cit.:50-51).

En la producción de las subjetividades, a partir de la autopercepción como segregados por parte de los jóvenes negros-mulatos, el término “ghetto” sería una clave semántica de comunidad inventada, como se advirtió antes. Podríamos adelantar como hipótesis que en la resignificación de “ghetto” –captada a través de las entrevistas– es probable que ciertas percepciones de masculinidad estén más asociadas a formas excluyentes respecto a una oposición de conductas masculinas versus femeninas o de “poco hombre”. Por lo mismo, son más visibles los sentimientos colectivos homófobos entre los grupos de pares y, también de ese modo, las individualidades que se separan de la “norma”, son percibidas y vividas de una forma más intensa. El primero significando una masculinidad de “ghetto”, agresiva, de sectores populares excluidos, marginados; mientras el segundo es construido como negación de “hombría”, cercano a comportamientos femeninos y “homosexuales”, como negación de la condición de joven negro de barriada. Se crea así una sobre-representación de ciertos atributos masculinos relacionados con las expresiones del “parado”, de hombre “carácter”, del “frentero”, que en buena medida sintetiza la figura del “aletoso” contrapuesta a la del “gomelo”. Se produce así un tipo de masculinidad en un mundo excluido. Pero la tensión entre los dos modelos, “aletoso” frente a “gomelo”, es vivida con ansiedad, tanto por unos como por los otros. Por debajo de esa dicotomía podría percibirse la presencia de la polaridad derivada de la segregación espacial: entre “aletosos”, los de adentro del

“barrio bajo” frente a los “gomelos”, los de “barrios buenos”, cruzándose así los ingredientes de clase social y discriminación racial.

2.4. Distribución de las dos poblaciones por quintiles de ingreso y segmentación o segregación en el mercado laboral de la ciudad, según características socio-raciales y áreas geográficas de residencia⁵².

Las similitudes sociodemográficas entre la población afrocolombiana y no afrocolombiana antes observadas, las cuales varían –como era de esperar– con base en el estrato socioeconómico, no deben hacer perder de vista la dimensión sociológica de la desigualdad en términos de ingresos y acceso al mercado de trabajo entre las dos poblaciones. La desigualdad social y sus nexos con factores de clase, género y construcción socio-racial es el contexto más amplio de las formas de segmentación y segregación, es decir, éstas constituyen modalidades históricas de producción de desigualdad social. En este acápite veremos algunos indicadores de desigualdad referidos al ingreso per cápita de los dos tipos de hogares según su distribución en quintiles de ingreso y el fenómeno de la segmentación/segregación en el mercado laboral urbano.

La distribución por quintiles de ingreso entre los dos tipos de hogares muestra que en su conjunto la población afrocolombiana es significativamente de menor ingreso, es decir, el 68 % de la población afrocolombiana se concentra en los tres primeros quintiles de ingreso versus el 55 % de la población no afrocolombiana (Urrea [2000] op.cit.:12). Además, en términos relativos hay una alta sobreparticipación de hogares afrocolombianos en los quintiles 1 y 2, lo que contrasta con su baja participación en los quintiles 4 y 5. La mayor concentración de hogares en el primer quintil de ingresos se observa en la región de ladera y en el oriente, la cual corresponde a hogares afrocolombianos, mientras la mayor concentración en el quintil 5 es en la región de corredor (clases medias altas y altas de la ciudad), y corresponde a hogares no afrocolombianos.

Urrea y Ramírez ([2000]:54-84), evalúan la opción de empleabilidad (probabilidad de estar ocupado o tener un empleo) de la población caleña en edad de trabajar, en la peor coyuntura recesiva de la economía colombiana y regional de los últimos 70 años, utilizando la base de datos de la encuesta del Cidse-Banco Mundial⁵³, con el objeto de analizar la interacción selectiva en el mercado laboral entre condición socio-racial, género, edad, nivel educativo y área geográfica de

⁵² / Según los cuatro conglomerados: oriente, centro oriente, ladera y corredor; ver mapa 1 y comunas de cada conglomerado (ver capítulo 2.3. sobre segregación).

⁵³/ Entre 1995 y 1998 los PIB de la economía caleña y de la región (Valle del Cauca) cayeron dramáticamente. Según la Secretaría de Fomento Económico y Competitividad de la Alcaldía de Cali, desde 1995 la economía de la ciudad venía con tasas de crecimiento negativas acumuladas, -1.8% en 1995, -4.4% en 1996, -2.0% en 1997, -3.5% en 1998 (Urrea y Ortiz [1999]), y se estima en -4.0% para 1999. La tasa de desempleo en Cali-Yumbo pasa (a meses de septiembre) del 10.1 en 1995 a 14.9 en 1996, 17.0 en 1997, 20.6 en 1998 y 22.3 en 1999, mientras la tasa global de participación (TGP) se eleva entre septiembrés de 1995 y 1999 del 58.8 al 68.3, y la tasa de ocupación pasa apenas del 52.8 al 53.18, lo cual indica que al tiempo de un fuerte incremento del desempleo se produce una mayor participación laboral de la población para conseguir ingresos. Estos dos fenómenos tienen que ver con un profundo deterioro del mercado laboral por destrucción de puestos de trabajo en el sector formal de la economía en forma masiva –que explica las altas tasas de desempleo– y como complemento se disparan las actividades informales en diferentes modalidades de “rebusque”, ya que la gente sale a generar ingresos en “lo que sea” (fenómeno que explica el aumento dramático de la participación laboral) (Urrea y Ortiz, op.cit.).

residencia, mediante pruebas estadísticas no paramétricas⁵⁴. La variable área geográfica los autores la asumen como una variable proxy de clases sociales, por lo menos a nivel muy agregado: clases bajas-bajas, bajas, medias-bajas, medias-medias, medias-altas y altas, en el espacio urbano, a través de las cuatro grandes regiones o conglomerados en que Urrea [1997] (op.cit.) clasifica la ciudad de Cali (ver mapa 1).

Un primer hallazgo de los autores, para el conjunto de la población, es la alta asociación entre el hecho de estar desempleado en la coyuntura recesiva y la pertenencia a un hogar afrocolombiano, sin tener en cuenta diferencias de género, grupo étnico, nivel educativo y área residencial (op.cit.:65⁵⁵). Un segundo resultado: los hombres de hogares afrocolombianos, menores o mayores de 30 años y con niveles educativos de primaria o bachillerato y que residen en barrios del oriente, ladera y centro-oriental de Cali (ver mapa 1), tienen significativamente menores probabilidades de ser empleados que los no afrocolombianos con las mismas características. La única excepción es la región de corredor (mapa 1) para los hombres menores de 30 años (clases medias medias, medias altas y altas), en donde no operaría el factor socio-racial y en cambio sí el de clase en combinación con un factor de grupo étnico⁵⁶, mientras que para los hombres mayores de 30 años de hogares afrocolombianos se cumple la misma asociación que en las otras tres regiones de la ciudad.

Si bien es cierto de que a mayor nivel educativo los diferenciales de empleabilidad entre las dos poblaciones tienden a disminuir, el lugar de residencia en Cali termina por influir neutralizando el efecto educativo, es decir, que en el corredor de clases medias y altas este efecto se da plenamente mientras en las otras tres regiones de la ciudad tal efecto es menor y las diferencias se mantienen relativamente a pesar de los mayores niveles educativos. Para los autores esto representa un mayor peso del factor de clase social, asociado al socio-racial (op.cit.:62). Por esta razón residir en el oriente de Cali (ver mapa 1) le representa a los hombres y mujeres menores de 30 años afrocolombianos, para cualquier nivel educativo, una menor empleabilidad respecto a los no afrocolombianos. Sin embargo, las mujeres menores de 30 años de hogares afrocolombianos tienen en las cuatro regiones urbanas de residencia y en cualquier nivel educativo el mayor handicap.

Los dos investigadores encontraron que las mayores diferencias en empleabilidad –con un alto Chi-cuadrado- para técnicos profesionales, hombres y mujeres menores de 30 años y hombres mayores de 30 años, entre la población de los hogares afrocolombianos y los no afrocolombianos, a favor de estos últimos (mayor probabilidad de tener un empleo), se registra en la región centro-oriental, en donde habitan sectores de estratos socioeconómicos bajos, medio-bajos y medios (mapa 1), y por lo mismo se presenta una heterogeneidad socioeconómica mayor, tanto en hogares afrocolombianos como no afrocolombianos (op.cit.: 58). Esto se relaciona a la vez con los hallazgos ya mencionados de Bruyneel y Ramírez (op.cit.) sobre mayores desigualdades en

⁵⁴ / Las técnicas de medición y la validación de las hipótesis de trabajo que emplearon los autores son los estadísticos Chi-cuadrado y McNemar's.

⁵⁵ / Para un alto valor del Chi-cuadrado de 6,961 y con una probabilidad del 0.008, el 23.25% de los hogares afrocolombianos presentan miembros desempleados versus el 19.54% de los no afrocolombianos, en forma independiente a género, edad, nivel educativo y ubicación geográfica de residencia en Cali.

⁵⁶/ En este sector residencial los jóvenes de hogares afro y no afro no sufren de desempleo, lo cual es entendible porque en las clases medias acomodadas y clases altas la expectativa para los jóvenes no es entrar al mercado laboral apenas con estudios secundarios sino continuar sus estudios universitarios.

algunos indicadores de condiciones de vida para los hogares afrocolombianos en sectores de clases medias bajas y medias, predominantes en esta región de Cali.

Los hombres mayores de 30 años con nivel educativo universitario de hogares afrocolombianos en la región urbana centro-oriente presentan similar empleabilidad que los de hogares no afrocolombianos y en la región de corredor la situación ya es más favorable a los hombres de hogares afrocolombianos con ese nivel educativo (Urrea y Ramírez, op.cit.:62).

Si se llega a excluir como variable de control la educación y el género entonces los resultados de las pruebas de empleabilidad por tipo de hogar para menores de 30 años (afrocolombiano versus no afrocolombiano), controlada sólo a través de su distribución espacial, no son relevantes ni significativos, lo cual puede indicar que en esta relación el efecto de clase social y el de nivel educativo estarían incorporados en el tipo de hogar, perdiendo fuerza el de residencia (op.cit.:67).

Los resultados en su conjunto, según los dos investigadores, apuntan a una estrecha asociación entre el factor socio-racial y las variables de género, edad, educación y región urbana de residencia como proxy de clase social en las opciones de empleo en el mercado laboral de Cali. En general, hombres y mujeres de hogares afrocolombianos tienen menor oportunidades de estar empleados en la coyuntura recesiva. Para los dos autores, hay un efecto étéreo asociado al socio-racial y residencial, independiente del nivel educativo (op.cit.:67): las mujeres y hombres menores de 30 años de hogares afrocolombianos tienen menor opción, pero este efecto es más intenso si se trata de mujeres jóvenes de cualquier nivel educativo y para los hombres jóvenes con bajos niveles educativos⁵⁷ de hogares afrocolombianos. Sin embargo, las mujeres de hogares afrocolombianos menores de 30 años están aún más expuestas al desempleo que las de hogares no afrocolombianos y que los hombres menores de 30 años, ya sean de hogares afrocolombianos o no afrocolombianos. O sea, hay un efecto en este caso adicional de género al de grupo étéreo, lo cual indica que las mujeres negras-mulatas jóvenes a pesar de su mayor esfuerzo escolar tienen menos oportunidades de movilidad social (op.cit.:68 y 70).

En el caso de las mujeres mayores de 30 años no hay diferencias importantes de empleabilidad entre hogares afrocolombianos y no afrocolombianos (op.cit.:68). Aquí parece jugar un papel importante el empleo en el servicio doméstico para las mujeres de hogares afrocolombianos, con una alta participación de mujeres de más de 30 años y baja escolaridad. Como se comenta adelante, este tipo de ocupación es muy significativo en esta población femenina en la región del oriente de Cali (mapa 1), en donde como ya es sabido existe la mayor concentración de población afrocolombiana.

Finalmente, no es cierto que la educación universitaria tuviese un efecto homogenizador, suprimiendo el factor socio-racial, ya que incluso las mujeres en hogares afrocolombianos, menores o mayores de 30 años, con estudios universitarios y cuyos hogares residen en el conglomerado corredor (clases medias-medias, medias-altas y altas, ver mapa 1), tienen una clara menor empleabilidad que las mujeres en hogares no afrocolombianos, según se desprende de las

⁵⁷ / Aquí hay una alta participación, como era de esperar, de jóvenes negros-mulatos desertores escolares. Aunque esto también es válido para los jóvenes en sectores populares de hogares no afrocolombianos, posiblemente la incidencia de la deserción escolar pueda ser mayor en la población afrocolombiana de las áreas más pobres de la ciudad.

dos pruebas estadísticas, Chi-Cuadrado y McNemar's, con un aceptable tamaño de muestra y nivel de significación (op.cit.:70-71). En este caso hay un claro efecto del factor socio-racial combinado con género en la selectividad negativa de las mujeres en hogares afrocolombianos para personal con el mayor nivel de escolaridad, que les impone el mercado de trabajo caleño.

Ya la encuesta Cidse-Ird-Colciencias (Urrea [2000]:16-17) registraba que la población activa ocupada en hogares afrocolombianos para el conjunto de la ciudad de Cali presenta una significativa menor participación en empleos de alta calificación, escolaridad y prestigio, con variaciones según el género para algunos de los grupos socio-ocupacionales. Por el contrario, la estructura ocupacional en los hogares afrocolombianos indica una alta concentración en el empleo doméstico y en general el sector de servicios y comercio al por menor y ambulante para las mujeres (en oriente, ladera y centro-oriente, ver mapa 1), la construcción y manufactura para los hombres. No obstante la presencia de profesionales, técnicos y directivos de hogares afrocolombianos en las regiones urbanas centro-oriente y corredor de clases medias y medias altas, su peso frente al conjunto del empleo en estos hogares todavía es demasiado débil para junio de 1998 (Urrea, op.cit.).

La encuesta Cidse-Banco Mundial (Urrea y Ramírez [2000]:71-74) reconfirma la tendencia observada a través de la primera encuesta, pero a su vez muestra importantes modificaciones por efecto de la crisis económica, particularmente con la caída de la población ocupada en la construcción, el servicio doméstico y por supuesto, el empleo industrial. En estas tres líneas hay descensos fuertes en la población ocupada de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos, pero los primeros parecieran haber sufrido mayores descensos en la participación en estos empleos (op.cit.). En contrapartida el empleo en el comercio al por menor y ambulante ha cobrado importancia para la población activa, también con una relativa mayor participación porcentual en el caso de los hogares afrocolombianos.

Urrea y Ramírez (op. cit.) muestran cómo en el conglomerado del oriente de la ciudad la polarización que se comentaba para el conjunto de la ciudad de Cali en los empleos de mayor calificación, escolaridad y prestigio es menos evidente, con excepción del grupo de profesionales del sector privado, otro profesional administrativo con educación universitaria, propietarios, ejecutivos y comerciantes independientes; y parcialmente en profesionales del sector público, que tienen patrones similares al conjunto de la ciudad, aunque menos marcado. Esto es entendible por las características de mayor pobreza de esta área dentro del conjunto de la ciudad, por consiguiente con una población de profesionales y técnicos en términos absolutos y relativos menor. Sin embargo, a pesar de lo anotado, en el conglomerado oriente se registra la polarización en varios de los grupos de menor calificación, escolaridad y prestigio para ambos géneros. Hombres y mujeres de hogares afrocolombianos presentan una mayor concentración relativa de población laboral, a diferencia del conjunto de la ciudad, en donde no era tan clara esa diferenciación, en empleos como obreros del sector público y manufacturero, obreros de los sectores comercial y hotelero, servicio doméstico de los hogares, independientes y patronos de la construcción, trabajadores asalariados de la construcción y trabajadores agrícolas. Esto último quiere decir que la población laboral de hogares afrocolombianos está sobre-representada en la región urbana del oriente en los empleos de menor prestigio, potencialmente más precarios, y por lo mismo, de menor calificación y escolaridad, para algunos de los grupos ocupacionales

(servicio doméstico y construcción), mientras que en las otras tres regiones urbanas es similar al patrón observado de polarización de las ocupaciones para el conjunto de la ciudad.

En la medida en que según observamos antes, un poco más del 60% de la población masculina afrocolombiana es menor de 20 años en el primer quintil de ingresos en la región del oriente de la ciudad, este componente demográfico asociado a trayectorias acumulativas de pobreza con alta participación de población migrante procedente de zonas con reducidos capitales (patrimonial, cultural, escolar, simbólico, social), afecta negativamente a la población negra-mulata más pobre de la ciudad, lo que potencia aún más la segregación del mercado laboral en la ciudad de Cali.

Finalmente hay que advertir que las tasas de participación y ocupación para el conjunto de la población afrocolombiana en el mercado de trabajo son muy cercanas a las de la población no afrocolombiana, a pesar de tener tasas de desempleo ligeramente superiores (Urrea [2000]:17). Incluso para el primer quintil de ingresos las tasas de participación son un poco más altas que las de la población no afrocolombiana. Esto de algún modo estaría indicando que dicha población presenta comportamientos laborales similares a los de la población no afrocolombiana, aunque en términos de su empleabilidad y tipo de estructura ocupacional sea diferente.

2.5. Cali, capital del Pacífico, y algo más. Procesos de urbanización precaria, sociabilidades “ensanchadas” y límites a la conformación de ciudadanía.

Cali, a pesar de ser “representada” como una ciudad “trigueña” (mulata-blanqueada), sobre todo en sus manifestaciones culturales (en las figuras de los bailarines de salsa, las mujeres y los mismos hombres en sus apariencias físicas y en las expresiones eróticas de la cotidianidad), ha tenido un aumento visible de una población negra-mulata en diferentes espacios de la vida colectiva de la ciudad, la cual ha sido asociada a las diferentes zonas del Pacífico.

Sin embargo, una característica interesante que problematiza la asociación entre población negra-mulata y migrantes de Costa Pacífica es la compleja diversidad regional de los migrantes y nativos afrocolombianos en Cali, ya que en ello juegan no sólo todos los departamentos que conforman la Costa Pacífica, sino también los grupos de población afrocolombiana procedentes de otras regiones del país, incluso urbanas como Bogotá, además de la existencia de una población negra nativa mayoritaria (más del 55%), con similar peso porcentual al que tienen los nativos no afrocolombianos (Barbary [1999b]: 41-49). Esta tendencia se observa en forma aún más fuerte a través de la encuesta Cidse-Banco Mundial (referencia Urrea [2000] op.cit.), al incrementar su peso porcentual dentro de los migrantes afrocolombianos hacia Cali los municipios del Valle del Cauca (sobre todo sur y centro, pero también del norte del departamento) respecto a la encuesta Cidse-Ird-Colciencias, al igual que los procedentes de departamentos del antiguo Caldas, Antioquia y la misma ciudad de Bogotá, fenómeno también registrado ligeramente en el caso del Chocó. Seguramente este fenómeno de diversidad geográfica entre los migrantes negros y la mayoritaria presencia de gente negra nacida en Cali ha permitido construir la imagen de “Cali capital del Pacífico”, explotada con fines políticos y culturales en los últimos cinco años. No es casual que en este contexto sociodemográfico, de diversidad en la procedencia y del significativo peso poblacional de la gente negra y mulata en Cali, alrededor de un 30%, desde hace cuatro años se celebra en esta ciudad el festival de la música del Pacífico “Petronio Álvarez”, el cual reúne a participantes de todos los departamentos

del Pacífico (Nariño, Cauca, Valle y Chocó), además de la Provincia de Esmeraldas (Ecuador), y participantes afrocolombianos procedentes de Bogotá y sobre todo los nativos de Cali.

Este imaginario del cosmopolitismo caleño alrededor del Pacífico explica también la aparición de los viernes del Pacífico en los barrios populares del oriente de la ciudad, cuyo eje es la música tradicional del Pacífico, combinada con salsa y algunas veces con actividades de “hip-hop”. En los primeros días de junio del 2000 fue celebrado el Festival de San Pacho en Cali (modalidad de carnaval en Quibdó), con la participación de las orquestas de chirimía provenientes de Quibdó, Son Bacosó y La Bandita. La organización del evento fue impulsada por el grupo afrocolombiano local Ashanty, del Distrito de Aguablanca, con asistencia de clases medias negras (profesionales y estudiantes universitarios, propietarios de discotecas de público negro, músicos). Una semana antes la orquesta de chirimía Sombacosó se había presentado gratuitamente en el Centro de Desarrollo Comunitario de los barrios Charco Azul-Sardi, con una asistencia masiva de población negra, sobre todo de jóvenes negros, de sectores populares del oriente de Cali (Urrea [2000]:29). También son frecuentes las presentaciones de danzas “folclóricas” del Pacífico, especialmente currulao, abozao, jota y bunde en los diferentes barrios del oriente en Cali. Por otro lado, hay una presencia relativamente fuerte de organizaciones de “colonias” de familias y grupos de parentela según lugares de origen del Pacífico, sobre todo entre sectores de clases medias bajas y medias medias, del oriente y centro oriente de la ciudad (ver mapa 1).

El crecimiento de la población afrocolombiana en Cali –como era de esperar– ha estado asociado a la movilidad espacial intra-urbana en Cali y a la movilidad social inter-generacional en forma longitudinal de las redes familiares de migrantes de la Costa Pacífica, pero también de otras regiones –especialmente Valle del Cauca y zona plana del Norte del Cauca– y sus descendientes nacidos en Cali de segunda y tercera generación, en el contexto de la dinámica migratoria de los diversos miembros de esas redes, entre sus sitios de origen y Cali en diversas etapas históricas entre 1950 y 1990. Lo que describen Urrea, Arboleda y Arias [2000]:180-241), en el caso de redes familiares⁵⁸ con migrantes nacidos la mayor parte de ellos en el Pacífico sur, es seguramente generalizable a los procedentes de otras regiones del Pacífico y del país.

Pero no se trata de procesos que deben ser observados sólo en la ciudad de Cali, ya que en cierta manera se extienden a la región metropolitana. Puerto Tejada –históricamente un “pueblo de negros”– ha vivido su transformación en los últimos 15 años en una ciudad dormitorio de Cali, en el contexto de metropolización de la región con epicentro en Cali. Las poblaciones afrocolombianas insertas en la región, Cali y los municipios satélites, forman parte al igual que el conjunto de toda la población de la región de un intenso proceso de metropolización, con todo lo que ello significa en términos de circulación, movilidad laboral, consumos culturales, etc. (Urrea y Hurtado [1997]:229, 230, 236, 238). O sea, que las movilidades socio-espaciales e intergeneracionales de las poblaciones afrocolombianas deben mirarse también en un espacio más amplio, la región metropolitana de Cali y los municipios circunvecinos.

⁵⁸ / La categoría de red familiar o de parentesco (Urrea, Arboleda y Arias, op. cit.) permite articular el estudio de la unidad hogar con un nivel social más complejo de relaciones que opera entre dos o más hogares y que juegan un papel sobremano importante en el desarrollo y operación de los hogares que forman parte de una determinada red familiar. Consúltense al respecto las siguientes referencias: Hannerz ([1983]:209-253, [1980]); Agier ([1995]:224, 240); Elias ([1982]:85-122 y 154-160); Gresle et al. ([1994]:322).

Inserción urbana excluyente y ciudadanía, sociabilidades y desigualdades.

Tal como se advirtió anteriormente en Cali existen cuatro corredores sociales o regiones urbanas, dos de ellas débilmente integradas al conjunto de la ciudad: el oriente y la ladera (Urrea [1997]:150-156). En forma paralela se presenta el fenómeno de sobreconcentración de población negra con efectos de segregación socio-espacial, sobre todo en dirección oriente, incluso con áreas urbanas de urbanización muy precaria que como lo advertimos antes son autopercibidas por sus pobladores y percibidas desde afuera como “barrios de negros”. La segmentación urbana en Cali revelaría así la ausencia de integración social que permita la operación de espacios públicos de ciudad para todos sus habitantes. De otro lado, según lo encontrado por Bruyneel y Ramírez (op.cit.), se presenta una cobertura diferencial de los servicios públicos y de una serie de equipamientos del hogar en términos desfavorables para los hogares afrocolombianos, con niveles de hacinamiento mayores en éstos respecto a los hogares no afrocolombianos. Lo anterior es particularmente más intenso para los estratos socioeconómicos bajo, medio bajo y medio-medio, mientras los estratos en los extremos, bajo-bajo y medio-alto y alto no ofrecen diferenciales significativos. Esto puede estar indicando que los mecanismos de movilidad social en la ciudad, a partir de ciertos umbrales de extrema pobreza y hasta el límite social inferior de los grupos más acomodados, son afectados por el dispositivo del orden racial jerárquico que intensifica las condiciones de desigualdad social en la población caleña.

Consideramos que los patrones de exclusión con base en procesos de segregación socio-racial o socioeconómica para los más pobres en el espacio urbano residencial y en la vida laboral, o de discriminación para las clases medias negras-mulatas, generándose en el caso de éstas dificultades de movilidad social, constituyen serios límites a la ciudadanía. La ausencia de una democracia racial como parece observarse en la ciudad de Cali, en la región metropolitana y en otros contextos urbanos del Pacífico (caso de Tumaco) es obstáculo para la construcción de ciudad en el sentido moderno de espacio público, de igualdad de oportunidades en donde los intereses privados estén subordinados al interés colectivo, pero en el que éste también respeta las formas de privacidad. Estas últimas son precisamente expresiones de la diversidad social.

Los datos de la encuesta del Cidse-Banco Mundial⁵⁹ son reveladores sobre los diferenciales en condiciones de vida entre las dos poblaciones, afrocolombianas y no afrocolombianas, reafirman las tendencias observadas por Bruyneel y Ramírez (op. cit.), como ya se advirtió respecto al hacinamiento promedio pero también respecto a otros indicadores. Los resultados son

⁵⁹ / Ya procesados y en tablas de salida, se encuentra en elaboración con los datos de esta encuesta un documento analítico sobre las desigualdades urbanas y la dinámica interracial en Cali, por parte del equipo Cidse-Ird. Esta encuesta, además de la información sobre tipo y características de la vivienda, equipamiento doméstico y cobertura de servicios públicos –similar a la encuesta Cidse-Ird-Colciencias-, tiene información ampliada sobre el tipo de acceso a educación pública y privada en los tres niveles, salud (tipos de centros y atención en salud, incluyendo el SISBEN⁵⁹), seguridad social en las diversas modalidades, nutrición, programa de hogares comunitarios del ICBF (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar), algunos eventos de morbilidad, tipo de transporte usado, seguridad, presencia y uso de la policía, eventos de violencia, participación en organizaciones locales, al igual que percepción sobre la calidad de los servicios que recibe el hogar y sus miembros, y la opinión del jefe del hogar o de quien responde la encuesta en su reemplazo sobre el tipo de prioridad del gasto público que la administración municipal debe tener. Hay además un módulo de esta encuesta referido al comportamiento en el consumo de alimentos de los miembros del hogar y del personal infantil en él y en general de los gastos del mismo para un período de un año, el cual permite captar el efecto de la crisis económica en los hogares. Recordemos que esta encuesta posee un módulo equivalente a la encuesta de hogares del Dane sobre empleo e ingresos del hogar.

bien ilustrativos: a) los hogares afrocolombianos en su conjunto pero sobre todo en los dos primeros quintiles de ingreso hacen un mayor uso de la oferta de servicios públicos que los hogares no afrocolombianos, en educación (primaria y secundaria⁶⁰), salud (centros de salud y hospitales públicos), SISBEN, programa de hogares comunitarios y de alimentación subsidiada del ICBF, transporte público de buses; b) los hogares afrocolombianos en su conjunto pero sobre todo en los dos primeros quintiles de ingreso vivieron más intensamente la crisis en el último año (agosto 1998- agosto 1999) que los no afrocolombianos, en términos de restricción alimenticia para todo el hogar y los niños, utilización mayor del recurso de enviar a éstos a comer fuera donde otro familiar o vecino, fuertes restricciones en la mayor parte de los gastos del hogar, retiro de los niños y adolescentes del sistema escolar; c) tanto los hogares afrocolombianos como los no afrocolombianos de los dos primeros quintiles de ingreso reportan como la principal modalidad de participación de alguno de sus miembros en el mismo barrio las organizaciones religiosas⁶¹, pero en términos relativos es mayor esta participación en el caso de los hogares afrocolombianos, muy por encima de la participación en otras modalidades organizativas.

Lo anterior está indicando que en el caso de Cali —con un patrón generalizado de privatización de los servicios sociales locales, regionales y nacionales⁶²— un mayor uso de la oferta pública de servicios sociales por parte de la población afrocolombiana es consistente con peores condiciones de vida, como antes se ha analizado. El asunto en este punto es la fragilidad de esta oferta de servicios en un contexto de fuerte recorte del gasto público local y nacional, lo que coloca a esta población en una perspectiva todavía más desventajosa, en términos de igualdad de oportunidades como mínimo soporte a los derechos de plena ciudadanía en la sociedad contemporánea. Por otra parte, como lo señalan Urrea y Ortiz ([1997] op.cit.), si la inversión pública municipal de Cali en todos los rubros (infraestructura, seguridad ciudadana e inversión en educación y salud y demás sectores sociales) en el período 1995-1998 se ha caracterizado por un patrón fuertemente desigual a favor de las comunas más acomodadas de la ciudad en desmedro de las áreas residenciales de los sectores populares (oriente y ladera, mapa 1), es muy probable que las desigualdades aquí analizadas se hayan venido profundizando, en asociación con el impacto de la crisis económica en el período 1997-2000⁶³.

De otro lado, la importancia que presentan las organizaciones religiosas en los dos primeros quintiles de ingresos podría estar reflejando un doble fenómeno sociológico combinado⁶⁴: un cierto encerramiento de los sectores más pobres de la población urbana hacia espacios “privados” en búsqueda de lazos de solidaridad y re-socialización, al tiempo que aparecen expresiones religiosas de salvación “privada” (el individuo y su familia cercana) para sobrevivir la incertidumbre y la individualización / fragmentación de la vida social, con aumento de

⁶⁰ / Pero no en el nivel de educación superior. La universidad pública no tiene una cobertura adecuada para la población negra-mulata en Cali.

⁶¹ / En su mayor parte se trataría de iglesias evangélicas, aunque no se descarta la participación en actividades religiosas de tipo parroquial católico.

⁶² / Patrón extensivo a las políticas macroeconómicas y sectoriales en el país, al igual que al conjunto de las ciudades colombianas.

⁶³ / Véase nota de pie de página número 52.

⁶⁴ / Los resultados de la encuesta Cidse-Banco Mundial respecto a organizaciones religiosas para Cali coinciden con los resultados del estudio sobre capital social de Sudarsky en Colombia [1998]: este tipo de organizaciones tienen el mayor peso en el conjunto de modalidades de participación de la población en el país. Por otra parte este autor reporta datos comparativos a nivel internacional en los que Colombia con Brasil aparecen entre los primeros en América Latina con esta clase de participación.

situaciones de riesgo que imponen los procesos de modernización, muy propias de las sociedades contemporáneas, pero en condiciones de vida urbana muy precarias y excluyentes, en contextos ya analizados de fuerte segmentación y segregación residencial y laboral, a partir de trayectorias familiares con baja acumulación en capitales patrimonial, cultural, escolar, social, simbólico⁶⁵. Por supuesto, como lo indica Agier ([1999g]:122-129), se trata de un fenómeno más amplio y complejo que ocurre en estos contextos urbanos de pobreza, de expansión del dominio de las *sociabilidades* “*ensanchadas*”, en el que las redes, en este caso religiosas de corte fundamentalista, han adquirido un papel significativo en la vida cotidiana de los sectores populares, y en el caso que nos ocupa de la población afrocolombiana más pobre de Cali.

Otros fenómenos barriales de presencia de sociabilidades urbanas “ensanchadas”, para la población joven masculina afrocolombiana, en un contexto de precarización, son los “parches” y “combos” alrededor de las calles-esquinas, plazas-parques, puentes, juego de fútbol o de básquet en canchas y espacios improvisados, etc. (para Cali: Urrea y Quintín [2000]; para Tumaco: Restrepo [1999b]), los cuales reemplazan en una buena parte de los casos y en otros complementan las modalidades tradicionales de socialización y de construcción de sociabilidades como la familia, la iglesia católica y los eventos religiosos (misa, bautismos y otros eventos rituales), los grupos de pares del sistema escolar, el lugar de trabajo (fábrica, oficina). Son formas de sociabilidad en donde el eje territorial del barrio-s desempeñan un papel preponderante.

Haciendo uso de otras metodologías el proyecto Cidse-Ird-Colciencias ha analizado la desigualdad social en los casos de Tumaco (Álvarez [1998a]:235-237; [1998b]; [1999a] y [1999b]) y Puerto Tejada (Urrea y Hurtado [1997]:236-238), con el efecto perverso de exclusión social y por lo mismo, la negación en la construcción de la ciudad para beneficio de todos sus habitantes.

⁶⁵ / Para un análisis más teórico sobre el papel de los fundamentalismos religiosos contemporáneos en sectores populares consúltase Urrea y Castrillón [1999].

Competencia de Breack dance, barrio Charco Azul (Cali)
Foto: Carlos Arias.



Grupo de rap “Ghetto`s Klan”, Barrio Charco Azul.
Foto: Carlos Arias



Es un hecho que esta situación de exclusión está asociada al fenómeno de urbanización precaria para las clases populares urbanas en las ciudades o centros urbanos del estudio, Cali (Urrea y Murillo, op. cit.; Urrea [2000]), Tumaco (Agier [1999d], op.cit.; Álvarez [1998a], [1999a y 1999b]) y Puerto Tejada (Urrea y Hurtado, [1997], op. cit.). Urbanización precaria o “informal” que es síntoma de exclusión social, ya sea como segmentación en unos casos o en otros de clara segregación frente a los bienes y servicios colectivos ciudadanos. Bajo esta condición excluyente los pobladores de estos asentamientos urbanos precarios no han alcanzado el carácter de ciudadanos. Se trata de lo que Agier denomina ciudad “desnuda” (Agier [1999g]:155-157), “la de las periferias populares, de las invasiones, las favelas, de los barrios improvisados... de los dejados a su propia cuenta, de los excluidos y los precarizados: en un mundo más o menos *infra*-urbano, generalmente no descrito como ciudad y viviendo en los “rincones” de la ciudad genérica...”.

Por otra parte, las prácticas culturales y las modalidades organizativas y de sobrevivencia asociadas a ellas (Wade [1999b]), como las encontradas en el Distrito de Aguablanca en Cali y las de los “aletosos” en Tumaco (Restrepo [1999b] op.cit), marcan o delimitan territorios en los que predomina el orden de exclusión respecto al conjunto de la ciudad, al tiempo que conforman proyectos creativos híbridos en unos casos que crean autoestima y liderazgo en modalidades participativas a escala micro local (grupos de rap y diversas variantes de la música hip-hop) y en otros, formas de participar en consumos culturales mediante mecanismos de redistribución violenta del excedente económico percibido en otras capas sociales, vía el “rebusque”.

El término “ghetto” –como hemos analizado antes– apropiado por los jóvenes negros, mulatos y mestizos en los barrios de la franja oriental de la ciudad a través de las líricas del rap, es un fenómeno que comienza a darse desde mediados de la década del ochenta a medida que se expanden los asentamientos populares del oriente de la ciudad y cobra fuerza la influencia del movimiento hip-hop en las áreas de pobreza urbana. Sin embargo, hoy en día esta expresión, ya lo que está asociada, barrio de “gente pobre” con presencia de maleantes y alguna población negra-mulata, así no sea mayoritaria, también recibe esa connotación, de suerte que entre los grupos de rap en otras áreas de pobreza en la ciudad (región de ladera, mapa 1) y no tan pobres como los barrios de invasión en el Distrito de Aguablanca (en región urbana del oriente, mapa 1), por ejemplo en las áreas limítrofes a esta región urbana de Cali, en barrios populares de clases medias bajas y bajas ya constituidos y con asentamientos estabilizados, es ya frecuente su uso (Urrea, op.cit.:18-25). Estas dinámicas culturales producidas alrededor del imaginario del “ghetto” en cuanto espacio urbano percibido y autopercibido como segregado y los nuevos fenómenos identitarios de las culturas negras que re-inventan la “negritud”, haciendo parte de un discurso político, son desarrolladas en el capítulo tercero.

3. POLÍTICA, CULTURA Y AUTOPERCEPCIÓN: LAS IDENTIDADES EN CUESTIÓN

¿Cuándo y cómo empieza a existir la identidad negra en Colombia y, más específicamente, en la región del suroccidente colombiano? El punto de vista esencialista, colocando a la identidad como un hecho primero, independiente en sí mismo y causa a su vez de diversos fenómenos sociales y culturales, se convierte en el principal argumento de los movimientos identitarios: él se refiere, implícita o explícitamente, a una progresión natural que irradia de la cultura hacia la identidad, y de la identidad hacia la política. Al tratar de recorrer el camino en sentido inverso (de la política a la identidad, y de ésta a la cultura), nosotros queremos “deconstruir” ese proceso analíticamente. Por lo tanto, más que deslegitimar los movimientos sociales que lo gestan y usan dentro de un proceso de lucha igualitarista o por derechos sociales y políticos, este trabajo pretende explicitar los entrecruces y los mecanismos complejos que están en la base de esta afirmación identitaria. Reconocemos que, sin embargo, en el centro de todo ello se encuentra la cuestión del debate sobre la identidad cultural.

3.1. Política.

La invisibilidad política y cultural de las poblaciones negras, que es una de las formas de su inclusión marginal, desde el punto de vista social y económico, dentro de la nación colombiana⁶⁷, duró aproximadamente hasta los años sesenta. En esos momentos, junto con algunos tímidos movimientos políticos contra la discriminación racial (por ejemplo, el movimiento Cimarrón), tuvo lugar el inicio –precedido ciertamente por unos pocos estudios de corte folklórico– de las investigaciones de las ciencias sociales sobre el espectro afrocolombiano. En aquellos momentos, dos grandes corrientes de interpretación se hicieron dominantes: por un lado, se pusieron de evidencia las “estrategias adaptativas”⁶⁸ desarrolladas por las poblaciones negras dentro del Nuevo Mundo; por otro, se resaltaron las “huellas de africanía”⁶⁹ que pervivirían funcional y expresivamente entre estas poblaciones en el desarrollo de su vida americana⁷⁰. Estas dos interpretaciones reproducían, para el caso del Pacífico colombiano, los grandes modelos teóricos de la antropología de los años cuarenta, cincuenta y sesenta: el de las estrategias adaptativas y de los sincretismos nacidos del “encuentro” de los Africanos con los Europeos en el Nuevo Mundo⁷¹, y el que supone la idea del “corte” entre los mundos africanos y americano⁷², y el respectivo mantenimiento de “culturas en conserva” en el Nuevo Mundo.

En Colombia, el descubrimiento y reconocimiento de los aportes afro-americanos a la cultura nacional se hizo, en los años cincuenta, a partir de cierta valorización positiva de la Costa del Caribe, inspirada a su vez por el éxito de las músicas y danzas negro-americanas y cubanas⁷³. Por su parte, los habitantes negros de la Costa Pacífica permanecieron aún largamente olvidados y marginados, dentro de un orden racial en que la diferenciación regional se erigía en elemento

⁶⁷/ Friedemann [1993]; [1997-1993].

⁶⁸/ Whitten [1986 (1974)].

⁶⁹/ Friedemann y Arocha [1986].

⁷⁰/ Restrepo [1996-97].

⁷¹/ M. J. Herskovits [1941].

⁷²/ P. Verger y R. Bastide [1967].

⁷³/ Ver Gilard [2000], Wade [1997 (1era. Ed. 1993)] y Pacini [1996], quien relativiza el impacto de ese descubrimiento de las músicas negras dentro del espacio nacional colombiano: se trata de un reconocimiento de carácter ambiguo y contradictorio.

jerarquizador a la hora de valorar o no a ciertas poblaciones: las de la Costa Pacífica se ubicaban, de alguna manera, en uno de los peldaños más bajos. Tal consideración se correlacionaría con su consideración más como reductos empobrecidos, excrecencias de la sociedad mayor, antes que como espacios relativamente autónomos, con ciertas peculiaridades y diferencias culturales y sociales. Así, por ejemplo, los varios siglos de represión, persecución y diabolización de las creencias, de los rituales y de las ceremonias de origen africano o amerindio por los representantes de la Iglesia Católica, española, primero, y republicana, después, habrían descompuesto sus formas culturales y habrían favorecido su disolución en los cultos a los santos católicos (con diferentes versiones de Cristo y de María, de San Antonio, etc.), así como en la aparición de santos, vírgenes y de figuras e imágenes selváticas de origen hispánico, indígena o africano (las visiones del duende, de la tunda, de la madreagua, etc.), e incluso en los ritos derivados de las celebraciones católicas; por ejemplo, en los funerales y velorios, Vanín [1999] y Agier [2000]⁷⁴. Esta fuerte inclusión paradójica⁷⁵ explica la inexpressión –que Nina S. de Friedemann ha llamado “invisibilidad”– de la identidad afrocolombiana: las creencias y rituales, de alguna forma mezclados (afro-indígena-hispánicos), se desarrollaron bajo el molde estructural católico impuesto por la colonización española en tiempos de la Inquisición –pero con continuidad republicana–, y creó las condiciones para que se diera un “mestizaje” tanto desigual como original⁷⁶.

Es a partir de las políticas desarrollistas aplicadas a la región, así como de una revalorización, a escala mundial (pero retomada localmente por las organizaciones no gubernamentales y por la misma Iglesia Católica y por el Estado), de los discursos que reivindican el regionalismo, el localismo, la identidad étnica y la protección del medio ambiente, que la identidad afrocolombiana del Pacífico comienza a surgir de forma fuerte, en los escenarios políticos, aproximadamente a fines de los años ochentas e inicios de los noventas. La Constitución del año 1991 trata de favorecer las nuevas movilizaciones de la “sociedad civil” con el objeto de hacer frente a un contexto de incremento de la violencia y de reconocida pérdida de la legitimidad del Estado. El periodo 1991-1993 estuvo marcado por una movilización importante de los espacios y medios intelectuales y políticos negros y de los espacios académicos, desembocando en la implementación de la Ley 70 de 1993 y en los decretos de su aplicación de 1995⁷⁷.

Esta situación permitió la formación política de un relativamente nuevo movimiento negro, menos anclado en las estrategias de lucha anti-racista y de integración igualitaria a la sociedad, que desarrollaría un discurso de carácter “étnico”; es decir, de valorización de los particularismos culturales, educativos, laborales, territoriales de las poblaciones negras/afrocolombianas. Dependiendo estrechamente de la legitimidad institucional dada por la Ley 70, se desarrolla una etnopolítica: el modelo político del tipo PCN (Proceso de Comunidades Negras) substituirá al anterior modelo Cimarrón. Pero los procesos se toparon inmediatamente con el predominio de la política partidista, y en especial la concurrencia del Partido Liberal que ha controlado históricamente el juego clientelista dentro de la región Pacífica, pese a los cambios en el período más reciente en los que se ha dado un acercamiento, relativo y tímido, entre los movimientos sociales en general y la política electoral (ver Agudelo [1999a, 1999b]; Hoffmann [1999e,

⁷⁴/ También Losonczy [1997].

⁷⁵/ Paradójica a la luz de la marginalización económica y de la exclusión política. Ver Wade [1993 - 1997].

⁷⁶/ Borja Gómez [1998]; Gruzinski [1999].

⁷⁷/ Ver las reflexiones respecto de los nuevos movimientos sociales afrocolombianos de Escobar [1999].

1999b)).

La Ley 70, por lo tanto, estimula una situación de desarrollo jamás vista hasta entonces, dado que el acceso a los recursos reposará, sobre todo, en la producción de una identidad cultural y sobre una nueva relación entre identidad y territorio: en el año 1993, las poblaciones negras del Pacífico colombiano devienen legalmente un “grupo étnico” gracias al agrupamiento (es cierto que puramente retórico en el texto mismo de la ley) entre las nociones de “comunidades negras” y de “regiones rurales del Pacífico”. La identidad existe (y es pensada), en tal sentido, sobre el modelo “étnico” de los indígenas (andinos) de los resguardos, y está centrada principalmente alrededor de un juego de intereses acerca de la propiedad de las tierras (con la presencia de un conjunto de fuerzas políticas creadas alrededor de las instituciones y los créditos del desarrollo regional). Ella es por lo consiguiente más ambigua, invisible u opcional a partir del momento en que uno la aborda desde los aspectos existenciales e individuales (ver más abajo, apartado 2). Si la titularización de tierras y, con ella, la identidad negra, no son colectivas y “étnicas” (en un sentido holista, donde el todo debe remitir a las partes, el colectivo primar sobre el individuo), el conjunto del edificio jurídico y propietario pierde su sentido y resulta inaplicable (ver Agier y Hoffmann [1999]).

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que son significativos la prestancia de la Ley 70 y sus correlatos administrativos y legales en las dinámicas sociales y políticas de finales de los años noventa. Ellos colocan en una situación nueva a las poblaciones afro-colombianas al dotarlas, quizás por primera vez en su historia, de argumentos ya legitimados (precisamente por provenir del mismo Estado) a partir de los cuales sus reclamos deben ser escuchados y evaluados. *Los niveles en que esos reclamos y movimientos sociales son capaces de articularse a nivel local y regional, las idas y venidas, contradicciones y acuerdos que suscitan, los retrocesos y avances a que ellos llevan son, de todas formas, aspectos que ameritan nuevas y más profundas investigaciones: la posibilidad de reconocer tendencias o impactos más generales pasa por una comprensión de los procesos locales y micro-regionales.* De momento, puede destacarse que en las formas y lógicas de esos procesos, y ciertamente mano a mano con los líderes locales, la presencia de elementos externos sigue siendo fundamental a la hora de otorgarles continuidad y coherencia –como sucede, por ejemplo, en el caso de la ACAPA (río Patía, zona rural de Tumaco) con la asesoría directa de la Iglesia Católica; véase Rivas [2000]–. También que las luchas internas no sólo se dan al nivel de las bases sociales (entre campesinos, pequeños propietarios, comerciantes, etc.) sino incluso entre las instituciones y organizaciones que, más directamente vinculadas en su origen al desarrollo y generalización de la Ley 70 y dependientes de su reconocimiento por parte del Estado y/o de los organismos privados que trabajan con estas poblaciones, quieren convertirse en los representantes privilegiados o intermediarios exclusivos de las comunidades locales hacia el exterior. Al respecto, también puede servir de ejemplo el estudio de caso realizado por Teodora Hurtado [2000], para la zona del Norte del Cauca, desde una perspectiva histórica pero haciendo énfasis especial en los procesos más recientes relacionados con la fase post-Ley 70, ver Hurtado (op.cit.). Igualmente, por último, que las continuidades y las rupturas en los procesos de la política formal de la región del Pacífico han sido producidos tanto por dinámicas de nivel local y regional como, y quizás en algunos casos de forma mucho más significativa y definitiva, por el discurso y las prácticas asociadas a la implementación de la Ley 70: a la necesidad de adaptaciones de los discursos, de nuevas estrategias y de tomas de posición ante la ley, se han debido sumar las luchas y conflictos de

interés con nuevos movimientos sociales, asociaciones y agrupaciones políticas surgidas al amparo de la ella. Sobre este último punto, para un estudio de los cambios y continuidades en los comportamientos electorales, en perspectiva histórica y comparativa de las diferentes dinámicas regionales dentro de la Costa Pacífica, véase Agudelo [2000].

3.2. Percepción de sí (y del otro).

Las encuestas en donde se han recogido respuestas sobre auto-identificación muestran el carácter relativo, relacional y situacional de la identidad.

Carácter relativo, es decir, dependiente estrechamente del contexto de la identificación. Por ejemplo, la respuesta a la pregunta del Censo Nacional de Población de 1993 (tal como comentamos en el capítulo anterior) que hacía referencia a la pertenencia de los encuestados a algún grupo étnico, muestra que, dentro de un contexto general de muy bajas respuestas positivas, los posicionamientos identitarios en favor de la pertenencia a “una etnia, un grupo indígena o a una comunidad negra” fueron más numerosos entre los sectores donde existía, al momento del Censo, una movilización identitaria más fuerte para la realización y aplicación de la Ley 70 y la titulación colectiva de tierras. Al respecto consúltese Barbary ([2000a] y [2000b]:19-21). Por otro lado, en la encuesta realizada en Cali, la afirmación de un fenotipo negro en respuesta a la pregunta “¿Cuál es su color de piel?”, no parece ser tan ‘contextual’, sino ligada primero que todo, al fenotipo observado por los encuestadores (Barbary [2000b]:21-22).

En un primer análisis sobre las respuestas “negreadas” o “blanqueadas” de la encuesta Cidse-Ird-Colciencias, ellas ilustran aparentemente la identificación socio-racial, producida a través del instrumento de la encuesta, como un fenómeno relacional más bien sencillo. Es decir, si consideramos que la identificación se construye en una relación cara a cara, en una interacción entre dos o más actores. Este escenario es una situación de relaciones cruzadas, donde cada uno actúa, según procedimientos cuasi-goffmanianos⁷⁸, en función de anticipaciones y de presupuestos sobre lo que puede ser la mirada del otro. Así, si el encuestador es percibido, por el encuestado, como una persona negra, sus respuestas mostrarán tendencia a ser “negreadas”: se hablará de entrada de discriminación racial, en general o como experiencia personal, y se declarará en general como más oscuro de piel. Al contrario, un encuestador percibido como blanco implicará la recogida en la encuesta de respuestas “blanqueadas” (Barbary [1999a, 1999b]). En el caso de la pregunta étnica del censo se trata del “efecto Ley 70”, en el de la encuesta Cidse-Ird-Colciencias del “efecto encuestador”.

Sin embargo, en un segundo análisis sobre los datos de la encuesta, se encuentra que los resultados estadísticos reflejan una alta correspondencia entre la clasificación “arbitraria” fenotípica realizada por el encuestador y la autopercepción sobre “su color de piel” que hace el propio encuestado (Barbary [2000b]: 21). Esto significaría que el proceso relacional de la identidad se forma a través de una acumulación de interacciones que también son internalizadas por los diferentes sujetos, lo cual permite explicar que dos esquemas clasificatorios –el del encuestador y el del encuestado- presenten una correspondencia.

^{78/} Para quien, en función de diferentes “repertorios de roles”, los “juegos de los actores” cambian dependiendo del escenario del teatro en que ellos se encuentran en cada momento.

¿Estamos en presencia de identidades opcionales o situacionales? Hay una tendencia a la indefinición, es decir, a una voluntad de neutralizar las características raciales de la identificación opcional, la más investigada de las cuales es, en el caso de Cali, aquella del “trigueño”. *De ahí surge la idea de una cierta libertad de opciones identitarias en un país mestizo* (como se puede ver por el número de ítems en respuesta a la pregunta del color de la piel en la encuesta Cidse/Ird). *De hecho, la difusión del estigma racial en el conjunto de la sociedad, y entre las poblaciones negras, sugiere que hay una serie de ajustes ante cada situación, más que unas “elecciones” identitarias realizadas a priori y/o para siempre.* En Cali, por ejemplo, la probabilidad de afirmación de un fenotipo negro se incrementa, siendo los demás factores iguales, para los individuos que han conocido experiencias personales de discriminación, y se observa correlaciones entre experiencias personales y opiniones afirmativas sobre la existencia de la discriminación en distintos contextos (educación, salud, trabajo, etc.). Es clara, desde luego, la relación entre las autopercepciones y opiniones por un lado, y las situaciones y experiencias personales ante al racismo por el otro (Barbary, op.cit.). Otro ejemplo es el de Puerto Tejada (Norte del Cauca), en donde la vieja generación de pobladores negros rechaza a los “negros” procedentes del Pacífico Sur que han migrado al pueblo en épocas recientes con los mismos argumentos sociales con que los blancos en otra época rechazaron a sus padres (Hurtado [1999]). En otros casos, ciertos estereotipos negativos son revalorados y vueltos positivos. Por ejemplo, en las grandes áreas urbanas las dinámicas identitarias están atravesadas por las lógicas de la exclusión que suman a las características económicas y de clase las distinciones socio-raciales: entre los jóvenes negros del Distrito de Agua Blanca de Cali –y en buena medida a partir de las acciones y movilizaciones encabezadas por algunas jóvenes asociaciones culturales en la onda de lo que ellos denominan la “cultura hip-hop”– se va extendiendo el uso de la palabra “ghetto” para referirse al barrio donde residen: un lugar en el que, aunque vivan los pobres, los negros o los marginados, es también posible una vida digna (Urrea [2000]:19, 22-23). No es de extrañar que, en forma similar, los jóvenes hombres más pobres de estos barrios construyan sus subjetividades e identidades individuales a partir, por ejemplo, de una reificación radical de estereotipos y modelos de hombría en que las dimensiones de clase y raza se articulan en forma de oposición y dicotomía a aquellos otros modelos que ellos identifican como propios de los jóvenes varones de otros barrios por fuera del “ghetto”. Para ese proceso en la ciudad de Tumaco, ver Restrepo ([1999]:151-196). Para algunos barrios del Distrito de Aguablanca, pero enfatizando también en las heterogeneidades internas al nivel de las identidades masculinas presentes entre los jóvenes, ver Urrea y Quintín [2000].

La realidad dominante pareciera ser, en definitiva, la de un racismo “fractal”, generalizado, que fluye en cascadas sucesivas, en el sentido de operar como un dispositivo discriminador no homogéneo, introduciendo matices, variaciones, que permiten la representación en gradaciones de “colores de piel”, dependiendo de contextos específicos. No obstante, ¿qué cambio han introducido los recientes movimientos identitarios a partir de la retórica afro-colombiana en las representaciones de la identidad de las poblaciones negras de Colombia y en sus condiciones sociales?, ¿cuál ha sido su incidencia sobre los estereotipos racistas y sobre las respuestas desde sectores de la población afrocolombiana a la discriminación racial? Estas preguntas quedan abiertas para ser estudiadas tanto en las poblaciones afrocolombianas como en las no afrocolombianas.

3.3. Cultura.

Hoy, la identidad cultural se configura como una construcción social de múltiples facetas. En síntesis, consideramos que esas facetas son las siguientes:

- *Inversiones capitalistas y profesionales haciendo de la cultura una “mercancía”.* Sobre ella se efectúan toda una serie de trabajos y actividades, tanto al nivel de la producción y de la distribución como del consumo. Un trabajo que supone especializaciones, disponibilidad de tiempo, movilidades y desplazamientos espaciales, relaciones, vínculos y negociaciones con los financiadores o sponsors (el municipio, las diferentes oficinas del Estado, las Ong’s, agentes privados). La cultura, más que un objeto ya hecho y acabado, aparece entonces como una “mercancía” en tanto que objeto transformado por el capital y por el trabajo en él invertido (Wade [1999a, 1999b]), y además como un maleable “recurso” susceptible de múltiples usos, sean ellos políticos, económicos o ideológicos.
- *El trabajo de la memoria.* Las movilizaciones identitarias de carácter étnico han dado a la memoria de los lugares y del pasado un papel central dentro del discurso de legitimación, y simultáneamente de diferenciación de las poblaciones negras, a escala tanto individual como local y urbana-rural. El trabajo realizado sobre la memoria, que –como sucede con la cultura– puede pragmáticamente ser también político, económico o ideológico, pone en movimiento, actualizándolas, las relaciones interétnicas existentes hasta entonces entre negros, blancos, mestizos e indígenas. Las investigaciones, las censuras, las selecciones efectuadas, así como la inversión de la relación entre ancianos y jóvenes en el control de los saberes colectivos, constituyen progresivamente aquello que uno podría definir como una re-creación de la memoria en un contexto localizado repleto de tensiones e incluso de conflictos (Hoffmann [1999a]; Quintín [2000]).
- *El trabajo simbólico que se desarrolla en las innovaciones culturales.* La puesta en relación de las estrategias identitarias y de las actuaciones artísticas y rituales, es decir, la ritualización de las identidades, coloca en escena figuras simbólicas que permiten crear los momentos de reconocimiento colectivo, más o menos efímero, dentro de los contextos de ceremonias, fiestas, carnavales, etc. Dentro de aquellas situaciones fuera de lo ordinario, el reencuentro entre los individuos y una historia o un destino común, es simbolizado por algunas figuras o entidades reconocibles, de origen local o híbrido. Estas formas simbólicas permiten crear un sentimiento de identidad, y se multiplican desde el momento en que se deja libre curso a la imaginación. Ellas integran entonces una panoplia de símbolos identitarios étnico-regionales en los que su engranaje y su articulación está a veces aún pendiente de ser realizado (Agier [1999a, 1999b, 1999c, 2000b]). Ciertas figuras, las visiones en particular (tunda, madreagua), ciertos objetos (marimba, tambores) o ciertas ceremonias y danzas (currulao, chigualo, arrullo), empiezan, en los contextos urbanos, una nueva vida en tanto que símbolos identitarios, al tiempo que ellos paradójicamente desaparecen de las orillas de los ríos, empujados por los ritmos del trabajo, los desplazamientos forzados, por la reducción del espacio público a causa de un clima de terror cada vez más generalizado en la región, o por la competencia de la radio, el tocacintas o los canales de televisión, que se generalizan en las tardes gracias a las plantas generadoras de energía eléctrica.

Así, en el caso de Cali, en el Distrito de Aguablanca, otras vertientes de música popular alternan con el “hip-hop”, en particular los grupos de danzas folclóricas del Pacífico (currulao), compuestos en su mayor parte por jóvenes y niños negros y mulatos nacidos y socializados en Cali. Es interesante observar que los jóvenes y niños pueden moverse en los dos registros culturales, de música “tradicional” del Pacífico y las variantes diversas del “hip-hop”, al igual que gozar de la música salsa para efectos del encuentro de parejas o de conquista amorosa. No se presentan oposiciones en la diversidad musical en la franja oriental de la ciudad con predominio de población afrocolombiana. Podría decirse que cada registro juega un papel según los contextos y dimensiones de la vida de los jóvenes: a través del “hip-hop”, sobre todo del rap, para la autoafirmación y denuncia social, de las danzas tradicionales para la continuidad de experiencias de comunidad cultural inventada procedente de diversas regiones del Pacífico, y de la salsa para el juego erótico-amoroso (Urrea [2000]: 28).

- *La producción de “imágenes” sobre la cultura del Pacífico.* Gestadas tanto por parte de sus mismos residentes, como por gentes de afuera (negros y no negros) y, también en ocasiones, por la academia misma, las “ilustraciones” de la cultura del Pacífico tienden a reproducir una imagen holista de los lugares de origen (la *communitas* idealizada) que se opone a otra imagen, individualizada y por tanto menos amable, de los lugares urbanizados a donde llegan a vivir estas poblaciones. Aquí, los lazos sociales (y de identidad) se diluirían, tenderían hacia la “nada”, o hacia el sueño utópico y el fin apocalíptico. El recurso a fotografías para reconstruir el pasado familiar, la filiación genealógica, así ella sea exclusivamente imaginaria (dado que cada vez hay menos o más efímeros retornos a los lugares de origen), participan de una cierta “ficcionalización” de las representaciones de la identidad negra del Pacífico (Quintín [1999a, 1999b, 2000]; Vanín [1999]).

La producción de identidad en el litoral Pacífico se sitúa, principalmente, dentro de esferas sociales e imaginarias alejadas del mundo al que parecía referirse en un principio –el litoral Pacífico–, y por lo tanto, de una perspectiva que asociaba históricamente la identidad “racial” y la regional. Ahora entran en juego los nuevos discursos identitarios vía eventos modernos que congregan a los especialistas de las culturas locales, por ejemplo, alrededor de la marimba o del carnaval en Tumaco, la chirimía y las fiestas de San Pacho en Quibdó. Por el lado, de las grandes ciudades del litoral (Tumaco, Buenaventura, Quibdó) y más aún la ciudad de Cali –y el Distrito de Aguablanca dentro de ella–, se producen procesos de producción de “culturas negras”, no como simple difusión de prácticas culturales desde lo “rural” sino de modo más bien endógeno y además en el contexto de una modernidad globalizada. Las ciudades son los lugares receptores de múltiples y heterogéneas imágenes e informaciones a partir de las que se crean las referencias identitarias que permiten pensar la identidad negra, en primer lugar desde la modernidad urbana. La marimba y el baile del currulao y de chirimía, los cultos del catolicismo popular, las visiones de los ríos y de los bosques siguen una trayectoria de desplazamiento y transformación que las llevan de las orillas de los ríos hacia la ciudad de Tumaco y su pequeño carnaval, hacia las prácticas cotidianas de los pobladores populares de Buenaventura y, más allá aún, hasta la pobladísima ciudad de Cali (con más de dos millones de habitantes) con su Festival de Música del Pacífico, por una parte, y sus grupos barriales por otro lado. Una migración de los espíritus replica a la migración de las gentes del Pacífico.



Músico de marimba, Tumaco.
Foto: Manuel González.



Danzas folclóricas centro de desarrollo comunitario barrio Charco Azul (Cali).
Foto: Carlos Arias.

Pero en todo ese proceso, otras imágenes son re-encontradas y se mezclan con las primeras: el “mestizaje” resultante comienza ya desde la misma ciudad de Tumaco –si no es que tiene lugar ya en los mismos ríos y en las zonas rurales–, donde son muy perceptibles las presencias e influencias ideológicas de actores “globales” (Plan Padrinos, Iglesia Católica, el mismo Estado –por vía de su sistema educativo, sanitario, judicial, represivo o administrativo–, y hasta de agentes externos vinculados al capital internacional –empresas agro-industriales, narcotráfico–), así como de las informaciones e imágenes mass-mediáticas (radio, prensa, televisión): la política nacional e internacional, los héroes de Disneylandia, las estrellas de la música popular, del cine, la televisión y de los deportes, los orishas cubanos (pero también de Miami), entre otras muchas, constituyen las imágenes que son transmitidas por esos canales y que se suman a las creencias, saberes e imágenes previas, ellas mismas resultados de otras mezclas más antiguas. Así, por ejemplo, en Cali las composiciones de música rap de los grupos de jóvenes del Distrito de Aguablanca incorporan y transforman las historias y leyendas que circulan por el barrio y que provienen, en parte, de un registro más antiguo traído desde las regiones de origen (por ejemplo, las visiones persistentes hasta hoy en las áreas rurales del Pacífico); pero lo cierto es que esta cultura hecha en la ciudad recibe e interpreta igualmente los estilos y emblemas de la cultura negra juvenil de procedencia estadounidense diseminada mundialmente por los canales de consumo cultural masivo –aunque también por la vía de circuitos de nivel personal y familiar–.

De todas estas mezclas nace la posibilidad de una historia del hip-hop en el Distrito de Aguablanca, en donde el contexto de referencia es aquél de la marginalización social y económica, de la segmentación espacial urbana y de la discriminación socio-racial vivida en la ciudad; una historia gestada a partir de su empleo en la búsqueda, individual y colectiva, de una respuesta a esta situación: la auto designación como “ghetto” (tomada prestada de la imagen del ghetto negro norte-americano, pero en una acepción que articula y solapa elementos raciales y de clase) participa de esta búsqueda de una comunidad imaginada que se forma alrededor de un estigma vivido localmente (Urrea op, cit.: 22). En la actualidad existen más de 500 grupos de rap en esta zona de la ciudad y por lo menos 30 a 40 de breakdance. Esto permite explicar que los grupos de rap constituyan la expresión cultural más importante de denuncia de segregación o exclusión social de la gente joven de la franja oriental y de ladera, con fuerte dosis de afirmación de autoestima, muchas de ellas a través de contenidos agresivos de sus líricas contra el racismo, la violencia, los estereotipos raciales y de pobreza que marcan las regiones oriental y de ladera de Cali. Hoy en día es un movimiento en expansión, que cuenta poco a poco con circulación en CD’s de algunos grupos llevando su influencia incluso a sectores de clases medias bajas y medias de población afrocolombiana, pero también a amplios sectores de jóvenes mestizos y “blancos”. La mayor parte de los grupos son masculinos pero han aparecido en los últimos tres años grupos de mujeres raperas – además de que en todos los conciertos de rap ellas forman parte activa del público - (Urrea, op.cit.), permitiendo un juego inter-género bien moderno y contemporáneo que recoloca los discursos de autoestima racial más allá de los supuestos modelos ancestrales.



Grupo de rap “Black Angel`s”, Puerto Tejada.
Foto: Manuel González



Peluquería afro “Blacking`\$”, barrio El Vergel (Cali).
Foto: Carlos Arias.

Hay otros fenómenos de consumo cultural entre las poblaciones afrocolombianas de Cali, en el contexto de invención de referentes “comunitarios” que al mismo tiempo constituyen una alternativa económica: el desarrollo en los últimos cinco años de peluquerías masculinas “afro”⁷⁹ en todos los barrios del Distrito de Aguablanca y en otras áreas de la ciudad, en forma de pequeños negocios entre jóvenes hombres negros-mulatos para la generación de ingresos. Las peluquerías “afro” hoy en día son lugares de circulación de información cultural sobre música, bailes, rumbas, actividades deportivas entre los jóvenes de los sectores populares del Distrito de Aguablanca y otras zonas de la ciudad con clientes hombres negros-mulatos y ya en muchos casos también mestizos.

Por otro lado, el extremo más dramático, si no por imposible sí por las grandes dificultades para la reconstrucción de algún tipo de “comunidad”, y hasta de inserción individual en la ciudad lo constituye el caso de los desplazados de la violencia en las barriadas de predominio de población negra-mulata en el oriente de la ciudad, ver Agier [2000a, 2000b y 2000f].

3.4. La conciencia identitaria, ¿para qué? El papel de los intelectuales, el rol de los investigadores.

Desde su inicio, el proyecto ha asociado, en tanto ello ha sido posible, a diferentes actores que estaban directamente concernidos por la propuesta de investigación, tanto en su desarrollo como en sus resultados. Los talleres iniciales organizados por el “Laboratorio de Culturas Negras” de la Universidad del Valle durante el segundo semestre de 1995, el proceso de aplicación del cuestionario de la encuesta especializada Cidse-Ird-Colciencias, “Encuesta de movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas”; las sucesivas presentaciones de resultados en Tumaco (al grupo Palenque, al sector cultural de la ciudad y a los Consejos Comunitarios de varias veredas) y en Cali (el Seminario Internacional del proyecto Cidse-Ird-Colciencias, “Identidades y Movilidades en el Pacífico colombiano”, llevado a cabo en noviembre de 1998; y la presentación de resultados de la encuesta Cidse-Ird-Colciencias en los barrios El Retiro y Charco Azul en febrero de 1999): en todos estos casos, algunos intelectuales y líderes implicados en las situaciones estudiadas han sido colocados, al final, dentro del objeto y han sido asociados, a diferentes niveles y de formas distintas, a la investigación.

Con ello, el equipo del proyecto ha podido constatar la difícil relación entre las encrucijadas del saber y las encrucijadas de la identidad. Por ejemplo, en el análisis crítico de la Ley 70, que ha puesto en debate la correlación entre la identidad “negra” y la posibilidad de pensar en una identidad (o cultura) particular y específica del Pacífico. La idea de una cultura de los lugares (en el sentido de una serie de situaciones presentadas y observables en un marco concreto) permite a los investigadores des-substancializar la relación entre identidad y cultura, en particular en su versión aparentemente más naturalizante, aquella de una verdad biológica que asociaría la “identidad racial” (ciertas apariencias físicas y características fenotípicas) a ciertas competencias culturales “africanas” heredadas. La relación entre identidad y cultura no es automática, única, dada, definitiva, sino, al contrario, problemática. Sin embargo, incluso esta idea es insuficiente,

⁷⁹ / Se les da ese nombre porque el tipo de cortes de cabello es el que identifica a la gente negra (cabeza rapada o variantes de cortes a ras de piel, con dibujos o marcas según el deseo del cliente). La decoración alude a deportistas negros americanos, músicos del “hip-hop”, líderes políticos negros (Malcom X, Nelson Mandela, en algunas peluquerías).

dado que ella puede, a su vez, establecer o validar la idea de “territorio” como a priori, cuando es más bien un constructo, provisional, transformable y un cruce constante de las sucesivas luchas existentes. Por lo tanto, la correlación entre cultura y lugar debe ser también re-examinada. El debilitamiento de las fronteras (sociales y culturales), gracias a los nuevos medios de comunicación y de transporte deja caduca la idea que un lugar materialmente delimitado pueda ser la referencia identitaria única, o principal, de un individuo o de un colectivo.

Pero, a su vez, es claro que este debate teórico se encuentra constantemente “perturbado” por las tensiones locales. Así, afirmar la “identidad territorial” contra la “identidad racial” termina por dar argumentos a aquellos agentes que predicán una titulación de tierras para todos los que viven y están en ella: ya fuese con el argumento de la ancestralidad, el de los derechos de los primeros llegados (los “nativos”), se produce olvido y/o desconocimiento de los procesos históricos –no siempre pacíficos– de expulsión y expropiación de tierras, etc. Al final de la reflexión, no podemos dejar de ser conscientes del papel que juegan estos diferentes argumentos dentro de las posturas políticas, económicas y sociales que, entre unos y otros, se tejen dentro y sobre la zona pacífica y de las que no podemos ser ajenos. ¿Debemos, por lo tanto, dar (así sean falsos) argumentos a aquéllos cuya postura política y lucha nos parece más legítima –seguramente hoy los campesinos negros “agrupados en comunidades”, junto a los grupos indígenas, son los más desamparados y los más frágiles de la región– (Agier [1999c]).

Sin duda, nos hace falta ir más allá de la deconstrucción para poner en relación de manera más sistemática la cultura, la identidad y la situación (más que el espacio). Estamos en medio de una situación de desarrollo (que falta caracterizar más finamente, pero cuyo elemento principal es la introducción de un maná financiero y de formas exteriores de acceso a los recursos) que condicionan los conflictos de identidad y los cambios culturales micro y macro-regionales.

¿Aún se puede dialogar (sin que se dé un exceso de malentendidos) con unos agentes estrechamente implicados en esa situación y directamente afectados por ella? ¿En qué términos? Se trata de preguntas cuyas respuestas ni son fáciles ni pueden ser dadas en abstracto. De una manera más pragmática, la formación, a lo largo de la investigación, de encuestadores y de investigadores “locales” y “comunitarios” es uno de los hechos y logros más evidentes del proyecto, en tanto que ellos se constituyeron no sólo en un medio básico de la investigación sino hasta en co-partícipes muy activos de la misma. Quizás sea este uno de los resultados más pertinentes ya que ha permitido y forzado a reintroducir constantemente la complejidad en las visiones más simplificadoras y dualistas inicialmente propuestas (ver Hoffmann y Quintín [1999]).

4. BIBLIOGRAFÍA Y OTROS MATERIALES

AGIER, Michel. [1995] “Lugares y redes. Las mediaciones de la cultura urbana”, en Revista Colombiana de Antropología. Vol. XXXII, ICAN, Bogotá, pp.221-243.

AGIER, Michel y HOFFMANN, Odile. [1999] “Les terres des communautés noires dans le pacifique colombien. Interprétations de la loi et stratégies d’acteurs”, en Problèmes d’Amérique Latine. No.32, janvier-mars, La Documentation Française, Paris, pp.17-42. [en prensa en español en la revista Territorios, Bogotá].

AGIER, Michel. [1999a] “La violence dans le carnaval. Réalités et fictions”, en Problèmes d’Amérique latine, No.34, La Documentation Française, Paris, pp.109-116.

AGIER, Michel. [1999b] “Tres estudios sobre la cultura del Pacífico colombiano”. En VV.AA. Imágenes de las “culturas negras” del Pacífico colombiano. Documento de trabajo No.40, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.15-26.

AGIER, Michel. [1999c] “Etnología y compromiso”. En VV.AA. De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia. J. Camacho y E. Restrepo (eds), Natura/Ecofondo/Ican, Bogotá, pp.335-349.

AGIER, Michel. [1999d] “¿Cómo hacer ciudad en el nuevo siglo?” En VV.AA. Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, pp.277-286.

AGIER, Michel. [1999e] “El carnaval, el diablo y la marimba”. En VV.AA. Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, pp.197-244.

AGIER, Michel. [1999f] “Pérdida de lugar, despojo y urbanización. Un estudio sobre los desplazados en Colombia”. En F. Cubides y C. Domínguez (eds.) Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales, CES - Universidad Nacional, Bogotá, pp.104-126.

AGIER, Michel. [1999g] L’invention de la ville. Banlieues, townships, invasions et favelas. Éditions des archives contemporaines, Paris.

AGIER, Michel. [2000a] “La ciudad desnuda. Emergencia de una nueva condición urbana”. Manuscrito, 15p. [conferencia Universidad Nacional, Bogotá, el 29 de marzo de 2000 y Universidad del Valle, Cali, el 7 de abril de 2000].

AGIER, Michel [2000b] “Le temps des cultures identitaires. Enquête sur le retour du diable à Tumaco (Pacifique colombien)”, in L’Homme, No. 156 (en proceso de publicación, septiembre 2000). Paris, 15p.

AGUDELO, Carlos. [1998] “Aproximación a la dinámica política de un pueblo del pacífico. El caso de Guapi”. Documento de trabajo interno No. 23 CIDSE-IRD, junio, Universidad del Valle, Cali, 43p.

AGUDELO, Carlos [1999a] “Colombie: changement constitutionnel et organisation des mouvements noirs”, en Problèmes d’Amérique Latine. No.32, janvier-mars, La Documentation Française, pp.43-52, Paris.

AGUDELO, Carlos [1999b] “Política y organización de poblaciones negras en Colombia”. En VV.AA. En Hacer política en el Pacífico sur: algunas reflexiones, Documento de trabajo No.39, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, pp.3-36.

AGUDELO, Carlos. [2000] “Comportamiento electoral en poblaciones negras. Algunos elementos de análisis”. En VV.AA. Impactos de la ley 70 y dinámicas políticas locales de las poblaciones afrocolombianas: estudios de caso. Documento de trabajo No.50, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, pp.29-104.

AGUDELO, Carlos; HURTADO, Teodora; RIVAS, Nelly. [2000] Impactos de la Ley 70 y dinámicas políticas locales de las poblaciones afrocolombianas: Estudios de caso. Documento de trabajo No.50 Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, 138p.

ÁLVAREZ, Manuela. [1998a] “En nombre de la gente. Modernidad y desarrollo en Tumaco: regímenes de construcción de ciudad”. Tesis de antropología, Universidad de Los Andes, Bogotá, 220p.

ÁLVAREZ, Manuela. [1998b] “Prácticas espaciales y regímenes de construcción de la ciudad de Tumaco”. En VV.AA. De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia. J. Camacho y E. Restrepo (eds), Natura-Ecofondo-Ican, Bogotá, pp.193-220.

ÁLVAREZ, Manuela. [1999a] “La ciudad deseada: seducciones y artilugios del desarrollo”. En VV.AA Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, pp. 87-108.

ÁLVAREZ, Manuela. [1999b] “La experiencia urbana como hecho cultural: hacia una etnografía del Proyecto para la Reorientación del Crecimiento de Tumaco”. En VV.AA. Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, pp.109-148.

ANDERSON, Benedict. [1991] Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism. Verso, [2ª ed. Aumentada, 1ª ed. 1983], London.

APRILE, Jacques. [1992] La ciudad Colombiana: siglo XIX y siglo XX. Biblioteca Banco Popular, Bogotá.

APRILE, Jacques. [1992a] “La colonización del Chocó”. En Colonización del bosque húmedo tropical. Corporación de Aracua. Bogotá.

AROCHA, Jaime. [1999] Obligados de Ananse. Hilos ancestrales y modernos en el pacífico colombiano. Universidad Nacional de Colombia-CES, Bogotá, 204p.

BARBARY, Olivier. [1999a] “Observar los hogares Afrocolombianos en Cali, Problemas teóricos y metodológicos ilustrados. En VV.AA. Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos. Documento de trabajo No. 38, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.5-30.

BARBARY, Olivier. [1999b] “Afrocolombianos en Cali: ¿Cuántos son, donde viven, de donde vienen?” En VV.AA. Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos. Documento de trabajo No. 38, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.33-51.

BARBARY, Olivier; BRUYNEEL, Stephanie; RAMÍREZ, Héctor Fabio; URREA, Fernando. [1999] En Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos. Documento de trabajo No. 38, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, 98p.

BARBARY, Olivier; RAMÍREZ, Héctor Fabio; URREA, Fernando. [1999] “Población afrocolombiana y no afrocolombiana en Cali: segregación, diferenciales sociodemográficos y de condiciones de vida”. En VV.AA. Desplazados, Migraciones Internas y Reestructuraciones Territoriales. Centro de Estudios Sociales-CES, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp.301-334.

BARBARY, Olivier. [2000a] “Mesure et réalité de la segmentation socio-raciale: Une enquête sur les ménages afrocolombiens à Cali”. Inédito, Marseille, 26p.

BARBARY, Olivier. [2000b] “¿Sirven las categorías fenotípicas para entender la segregación socio-racial en Cali (Colombia)”. Comunicación al taller internacional Dinámica de la población indígena en México: problemáticas contemporáneas, 16-18 de mayo, México D.F., 24p.

BORJA GOMEZ, J. H. [1998] Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada, Ariel, Bogotá.

BOURDIEU, Pierre; CHAMBOREDON, Jean Claude; PASSERON, Jean Claude. [1983] Le métier de sociologue, Mouton, Paris.

BRUN, Jacques y RHEIN, Catherine (Edit.). [1994] “Avant-propos”. En La segregation dans la ville, Editions L’Harmattan, Paris, pp.7-8.

BRUYNEEL, Stephanie; RAMÍREZ, Hector Fabio. [1999] “Comparación de indicadores de condición de vida de los hogares afrocolombianos y no afrocolombianos en Cali”. En VV.AA. Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos. Documento de trabajo No. 38, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.53-61.

CÓRDOBA, Libardo. [1995] “Prejuicio racial en la Universidad del Valle entre los años 1976-1979”. Monografía de grado, Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Cali, 74p.

ELIAS, Norbert. [1997] Logiques de L'exclusion. Fayard. France.

ESCOBAR, Arturo. [1996] "Viejas y nuevas formas de capital y los dilemas de la biodiversidad". En Pacífico ¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos en el pacífico colombiano, A. Escobar y A. Pedroza (invest.), ECOFONDO-CEREC, Bogotá, pp.109-131.

ESCOBAR, Arturo. [1999] El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea. ICAN/CEREC, Bogotá.

FRIEDEMANN, Nina S. de. [1993] La saga del negro: presencia africana en Colombia. Instituto de Genética Humana, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

FRIEDEMANN, Nina S. de y AROCHA, Jaime. [1986] De sol a sol: génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia. Planeta Editorial Colombiana, Bogotá.

GALLISOT, René y MOULIN (edit). [1995] "La ville bourgeoise, la ville coloniale et l'urbanisation prolétaire: ségrégation nationale et ségrégation social". En Les quartiers de la ségrégation. Gallisot y Moulin, coordinadores, Karthala-Institut Maghreb-Europe, Paris, pp.309-320.

GRESLE, François, PANOFF, Michel, PERRIN, Michel, y TRIPIER, Pierre. [1994] Dictionnaire des Sciences Humaines. Anthropologie/ Sociologie. Mathan Université, Paris.

GILARD, J. [2000] "Scandale noir en pays métis: la Colombie et les danses négro-américaines [1940-1950]". En Danses latines et identités, E. Apprill [dir.], L'Harmattan, Paris, pp.33-45.

GRUZINSKI, Serge. [1999] La pensée métisse. Fayard, Paris.

HANNERZ, Ulf. Explorer la ville. [1983] Le Sens Commun, Éditions de Minuit, Paris. [versión original Exploring the city, London, 1980].

HELFRICH, Linda. [1998] Elecciones: entre gamonalismo y civismo. El caso de Tumaco en la costa pacífica, documento IEPRI, multigr.

HERSKOVITS, M.J. [1941] Myth of the Negro Past. Boston, Beacon Press.

HOFFMANN, Odile. [1997] "Desencuentros en la costa: la construcción de espacios y sociedades en el litoral Pacífico colombiano". En Documento de trabajo CIDSE No.33, Ird-Cidse, Universidad del Valle, Cali, 34p.

HOFFMANN, Odile. [1998a] "Políticas agrarias, reformas del Estado y adscripciones identitarias: Colombia y México". En Análisis Político, No. 34, IEPRI, Bogotá, pp.2-24.

HOFFMANN, Odile. [1998b] “Familia y vereda en el río Mejicano (Tumaco), revisión de algunos conceptos”. Documento de trabajo No.36, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, 33p.

HOFFMANN, Odile. [1999a] “Identité et mémoire noires dans le pacifique colombien”. Comunicación al simposium La grammaire de la mémoire, FIEALC, 9-12 abril, Tel Aviv.

HOFFMANN, Odile. [1999b] “¿La política” Vs “lo político?” La estructuración del campo político contemporáneo en el pacífico sur colombiano”. En VV.AA. Documento de trabajo No.39, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.37-68.

HOFFMANN, Odile. [1999c] “Territorialidades y alianzas: construcción y activación de espacios locales en el Pacífico”. En VV.AA. De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia. J. Camacho y E. Restrepo (eds) Natura/Ecofondo/Ican, Bogotá, pp.75-94.

HOFFMANN, Odile. [1999d] “Sociedades y espacios en el litoral pacífico sur colombiano. [siglos XVIII-XX]”. En VV.AA. Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, pp.15-53.

HOFFMANN, Odile. [1999e] “Identidades locales, identidades negras : la conformación del campo político en Tumaco [1950-1998]”. En VV.AA. Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, pp.245-276.

HOFFMANN, Odile y QUINTÍN, Pedro. [1999] “Organización social, dinámicas culturales e identidades de las poblaciones afrocolombianas del pacífico y suroccidente en un contexto de movilidad y urbanización”. En boletín socioeconómico No.31 CIDSE, Universidad del Valle, Cali, pp.134-140.

HOFFMANN, Odile. [2000a] “La movilización identitaria y el recurso de la memoria (Nariño, Pacífico colombiano)”. En Memorias hegemónicas, memorias disidentes, C.Gnecco y M. Zambrano [eds.], ICANH-Universidad del Cauca, pp. 97-120.

HOFFMANN, Odile. [2000b] “Acerca de la fragilidad de los espacios públicos: reflexiones a partir del Pacífico colombiano.” VII Coloquio Nacional de sociología, 3-4-5 de mayo, Cali.

HOFFMANN, Odile y RIVAS, Nelly. [2000] “Migraciones y movilidades en el río Mejicano, Tumaco”. Documento interno de trabajo. Ird-Cidse, Universidad del Valle, Cali, 16p.

HURTADO, Teodora. [1996] “Las migraciones norteanas y el impacto sociocultural sobre la población urbana de Buenaventura”, trabajo de grado para el título en sociología, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, 238p.

HURTADO, Teodora. [1999] “Siervos sin tierra: poblaciones de migrantes en Puerto Tejada, entre el estigma, la incertidumbre y la aceptación”. En VV.AA. Imágenes de las “culturas negras” del Pacífico colombiano. Documento de trabajo No.40, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, pp.27-43.

HURTADO, Teodora. [2000] “Treinta años de protesta social: El surgimiento de la movilización étnica afrocolombiana en el Norte del Cauca.” Documento de trabajo No.50, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.105-138.

LATOUCHE, Serge. [1999] “Du fanatisme identitaire”. En Le Monde Diplomatique, mayo, París, p.11.

LEVY, Jacques. [1994] L’espace légitime, Presses de la Fondation de Sciences Politiques, Paris, 442p.

LEWINSON, Palacios. [1999] “El graffiti racista”. Trabajo escrito presentado al curso de Etnicidad, racismo y exotismo al profesor Fernando Urrea. Inédito. Universidad del Valle, Cali.

LOSONZCY, Anne-Marie. [1997] Les saints et la forêt. Rituel, société et figures de l’échange avec les indiens emberá chez les Négro-Colombiens du Chocó. L’Harmattan, Paris, 419p.

MOSQUERA, Gilma. [2000] “Sobre el sistema urbano-aldeano del pacífico”. En Cuadernos del CITCE, serie investigaciones No. 4, Universidad del Valle, Cali, 92p.

MOSQUERA, Gilma y APRILE, Jacques. [1999] “Hábitats y habitantes del Pacífico, Síntesis y reflexiones finales.” En Cuadernos CITCE, Serie Investigaciones No.2, Universidad del Valle, Cali, 87p.

RESTREPO, Eduardo y DEL VALLE Jorge (eds). [1996] Renacientes del guandal: “grupos negros” de los ríos Satinga y Sanquianga. Proyecto Biopacífico-U.Nacional, Bogotá, 473p.

MOTTA, Nancy. [1975] “Estratificación social en Salahonda”, Tesis de Antropología, Universidad del Cauca, Popayán.

OSLENDER, Ulrich. [1998] “Espacio e identidad en el Pacífico colombiano.” En VV.AA. De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia. J. Camacho y E. Restrepo (eds), Fundación Natura-Ecofondo-Ican, Bogotá, pp.25-48.

PACINI HERNANDEZ, Deborah. [1996] “Sound systems, world beat, and diasporan identity in Cartagena, Colombia”. En Diaspora a journal of transnational studies: 5 [3] pp.429-466.

PALOMEQUE, Adalberto. [1998] “El surgimiento de una clase media alrededor de la empresa Puertos de Colombia en la ciudad de Buenaventura”, trabajo de tesis en sociología, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Departamento de Ciencias Sociales, Cali, pp.115.

PARDO, Mauricio. [1997] “Movimientos sociales y actores no-gubernamentales”. En M. Uribe y E. Restrepo (eds) Antropología en la modernidad, ICAN-Colcultura, Bogotá, pp.207-252.

PISSOAT, Olivier y HOFFMANN, Odile. [1999] “Aproximación a la diferenciación espacial en el Pacífico, un ensayo metodológico”. En Documento de trabajo CIDSE N°42, Universidad del Valle, Cali, 75p.

PROYECTO CIDSE-ORSTOM [1995], “Organización social, dinámicas culturales e identidades de las poblaciones afrocolombianas del pacífico y suroccidente en un contexto de movilidad y urbanización”, texto del documento original presentado ante Colciencias, programa nacional de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad del Valle, Cali, 85p.

PROYECTO CIDSE / MASCULINIDADES DE JÓVENES NEGROS [1998] “La construcción social de las masculinidades entre los jóvenes negros de sectores populares de la ciudad de Cali”, bajo la responsabilidad de Fernando Urrea G. y Pedro Quintín Q., por parte de Univalle, y la participación de Fernando Murillo y Antonio Murillo “Mahambo”, de la organización afrocolombiana Ashanty, dentro del programa Prodir III, de la Fundación Carlos Chagas [Sao Paulo].

QUINTÍN, Pedro. [1999] “Memorias y relatos de lugares: a propósito de una migrante de la Costa Pacífica en Cali”. En VV.AA. De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia. J. Camacho y E. Restrepo (eds), Natura/Ecofondo/Ican, Bogotá, pp.245-262.

QUINTÍN, Pedro. [1999] “Ilustraciones de la Costa Pacífica”. En VV.AA Imágenes de las “culturas negras” del Pacífico colombiano. Documento de trabajo No.40, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.45-63.

QUINTÍN, Pedro. [2000] Los dramas de los lazos de sangre y de parentesco. Documento de trabajo No.51, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, 98p.

QUINTÍN, Pedro; RAMÍREZ, Héctor Fabio y URREA, Fernando. [2000] Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación laboral de la población afrocolombiana en Cali. Documento de trabajo No.49, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, 83p.

RESTREPO, Eduardo y DEL VALLE, Jorge I. (eds), [1996] Renacientes del guandal: “grupos negros” de los ríos Satinga y Sanquianga, Proyecto Biopacífico-U.Nacional, Bogotá, 473p.

RESTREPO, Eduardo. [1996-97] “Invenciones antropológicas del negro”, en Revista Colombiana de Antropología Vol. XXXIII, ICAN, Bogotá, pp.237-269.

RESTREPO, Eduardo. [1997] Unos bosques sembrados de aserríos, la industria maderera en el Pacífico colombiano, Informe al Proyecto Biopacífico, Bogotá, 257p.

RESTREPO, Eduardo. [1999a] “Hacia la periodización de la historia de Tumaco”. En VV.AA. Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, pp.54-86.

RESTREPO, Eduardo. [1999b] “Aletosos. Identidades generacionales en Tumaco”. En VV.AA. Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, pp.151-196.

RESTREPO Eduardo. [1999c] “Territorios e identidades híbridas”. En VV.AA. De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia. J. Camacho y E. Restrepo (eds), Natura/Ecofondo/Ican, Bogotá, pp.221-244.

RIVAS, Nelly. [1999a] “Modalidades de acceso a la tierra en el Pacífico nariñense: río Mejicano-Tumaco. En VV.AA. De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia. J. Camacho y E. Restrepo (eds), Natura/Ecofondo/Ican, Bogotá, pp.95-106.

RIVAS, Nelly. [1999b] “Prácticas espaciales y construcción territorial en el Pacífico nariñense: el río Mejicano, municipio de Tumaco”. Documento de trabajo No.41, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, 86p.

RIVAS, Nelly. [1999c] “Territorialidad, autoridad y ley 70 en el río Mejicano (municipio de Tumaco-Nariño)”. En VV.AA. Hacer política en el pacífico Sur: Algunas Aproximaciones. Documento de trabajo No.39, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.69-83.

RIVAS, Nelly. [2000] “Ley 70, medio ambiente y relaciones intra-municipales: El consejo comunitario ACAPA, pacífico nariñense”. En VV.AA. Impactos de la ley 70 y dinámicas políticas locales de las poblaciones afrocolombianas: Estudios de caso. Documento de trabajo No.50, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.1-28.

ROBIN, Nelly. [1994] Villes nouvelles et intégration spatiale des familles maghrébines en Île-de-France. ORSTOM Éditions, Paris.

RONCAYOLO, Marcel. [1990] La ville et ses territoires. Gallimard, Paris.

SIMON, P.[1997] “La statistique des origines. “Race” et ethnicité dans les recensements aux Etats-Unis, Canada et Grand Bretagne”, en Sociétés Contemporaines no. 26, pp.11-44, Paris.

SISBEN [1997] Municipio de Tumaco.

SUDARSKY, John. [1999] “El capital social en Colombia la medición nacional con el BARCAS”, separata 5 de 5, en: Archivos de Macroeconomía. Documento No.126, Departamento Nacional de Planeación (DNP), Bogotá, 54p.

URREA, Fernando [1997] “Dinámica sociodemográfica, mercado laboral y pobreza urbana en Cali durante las décadas de los años 80 y 90”. En Coyuntura social. Fedesarrollo e Instituto Ser de Investigación , Número 17, Noviembre, Bogotá, pp.105-164.

URREA, Fernando; HURTADO, Teodora. [1997] “Puerto Tejada: de núcleo urbano de proletariado agroindustrial a ciudad dormitorio”. En Francisco Zuluaga (editor) Puerto Tejada. 100 Años, Municipio de Puerto Tejada, Alcaldía Municipal, Cali, pp.197-242.

URREA, Fernando; HURTADO, Teodora. [1999] “Imágenes sobre las transformaciones sociales en un “pueblo de negros”: el caso de Puerto Tejada”, en De montes, ríos y ciudades.Territorios e identidades de la gente negra en Colombia, Juana Camacho y Eduardo

Restrepo, editores. Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, pp.297-334.

URREA, Fernando [1999] “Algunas características sociodemográficas de los individuos y hogares Afrocolombianos en Cali”. En VV.AA. Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos. Documento de trabajo No.38, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.63-98.

URREA, Fernando; MURILLO, Fernando. [1999] “Dinámica del poblamiento y algunas características de los asentamientos populares con población afrocolombiana en el oriente de Cali”, en F. Cubides y C. Domínguez (eds.) Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales. CES-Universidad Nacional, Bogotá, pp.337-405.

URREA, Fernando; ORTIZ, Carlos Humberto. [1999] “Patrones sociodemográficos, pobreza y mercado laboral en Cali”, Documento de trabajo para el Banco Mundial. Noviembre, Cali, 85p.

URREA, Fernando; CASTRILLON, María del Carmen[1999] “Religiosidades fundamentalistas y alternativas y procesos de globalización”. En Revista de Ciencias Sociales, No.5, Temática FIN DE SIGLO, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Los Andes-Fundación Social.Bogotá. Bogotá, pp.73-84.

URREA, Fernando. [2000] “Relaciones interraciales y clases en la construcción de ciudadanía: el caso de Cali (Colombia)”. En VV.AA. Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación laboral de la población afrocolombiana en Cali. Documento de trabajo No.49, CIDSE-IRD , Universidad del Valle, Cali, pp.2-34. [Una anterior versión fue presentada como ponencia en el I Simposio Internacional “O desafio da diferença. Articulando gênero, raça e classe”, Universidad Federal de Bahía, 9-12 de abril, Salvador de Bahía. Esta versión salió editada en el CD-ROM de las memorias del simposio].

URREA, Fernando; QUINTÍN, Pedro. [2000] “Modelos y fisuras de la masculinidad entre jóvenes negros de sectores populares en la ciudad de Cali”. En VV.AA. Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación laboral de la población afrocolombiana en Cali. Documento de trabajo No.49, CIDSE-IRD , Universidad del Valle, Cali, pp.36-53. [Hay una versión más extensa con el título, “Ser hombre negro y joven: construcción de identidades masculinas entre sectores populares excluidos en Cali (Colombia)”, que se presentó como ponencia al VII Coloquio Nacional de Sociología: “Exclusión social y construcción de lo público en Colombia”, dentro del Panel 2, “Identidades y Exclusión”, mayo 3-5 del 2000, 41p., Universidad del Valle, Cali].

URREA, Fernando; RAMÍREZ, Hector Fabio. [2000] “Cambios en el mercado de trabajo de Cali (Colombia), reestructuración económica y social del empleo de la población negra en la década del 90: un análisis de segregación socio-racial a partir de las transformaciones más recientes del mercado de trabajo”. En VV.AA. Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación laboral de la población afrocolombiana en Cali. Documento de trabajo No.49, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.54-83. [Este texto fue presentado como ponencia en el III Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, realizado en

Buenos Aires, 17-20 de Mayo del 2000, el cual salió editado en el CD-ROM de las memorias del congreso].

URREA, Fernando; ARBOLEDA, Santiago; ARIAS, Javier. [2000] “Redes familiares entre migrantes de la costa pacífica a Cali”. En Revista Colombiana de Antropología. Vol.35, enero-diciembre 1999, ICANH, Bogotá, pp.180-241. (La versión completa ha sido publicada con el título, “Construcción de redes familiares entre migrantes de la Costa Pacífica y sus descendientes en Cali”. En Construcción de redes familiares entre migrantes de la Costa Pacífica y sus descendientes en Cali. Documento de trabajo No.48 [2000], CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, 85p.).

VANIN, Alfredo. [1999] “Alianzas y simbolismos en las rutas de los ausentes”, en VV.AA. Imágenes de las “culturas negras” en el Pacífico colombiano. Documento de trabajo No.40, CIDSE-IRD, Universidad del Valle, Cali, pp.3-14.

VANIN, Alfredo. [1997] Mitopoética de la orilla florida. Editorial Feriva, Cali. 30p.

VILLA, William. [1998] “Movimiento social de comunidades negras en el Pacífico colombiano. La construcción de una noción de territorio y región”. En Geografía humana de Colombia, Tomo VI: los Afrocolombianos. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá, pp.431-449.

WACQUANT, Loïc. [1992] “Pour en finir avec le mythe des cités -ghettos”. En Annales de la recherche urbaine, n°54, Paris, pp. 20-30 .

WACQUANT, Loïc. [1993A] “Banlieues françaises et ghetto noir américain. Éléments de comparaison sociologique”. En M. Wieviorka [dir.] Racisme et Modernité. Éditions La Découverte, Paris, pp.263-277.

WACQUANT, Loïc. [1993B] “De l’amérique comm e utopie à l’envers”. En La Misère du Monde. Sous la direction de Pierre Bourdieu. Editions du Seuil, Paris, pp.169-204.

WADE, Peter. [1993] Blackness and race mixture: the dynamics of racial identity in Colombia. Baltimore, John Hopkins University Press. Edición en castellano: [1997]Gente Negra, Nación Mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia. Editorial Universidad de Antioquia/Instituto Colombiano de Antropología/Siglo del Hombre Editores/ Ediciones UNIANDES, Bogotá.

WADE, Peter. [1998] “Población negra y la cuestión identitaria en América Latina”. Ponencia presentada al Seminario Internacional Identidades y movilidades en el Pacífico colombiano. 9-11 de diciembre, Cidse-Ird-Universidad del Valle, Cali, 25p.

WADE, Peter. [1999] “Trabajando con la cultura : grupos de rap e identidad negra en Cali”. En VV.AA. De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia. J. Camacho y E. Restrepo (eds), Natura/ICAN/ECOFONDO, Bogotá, pp.263-286.

WADE, Peter. [1999] “Working culture: making cultural identities in Cali, Colombia”, Current Anthropology Vol.40, No.4 pp.449-471.

WEST, Robert. [1957] The Lowlands of Colombia. Louisiana State University Studies, Baton Rouge.

WHITTEN, Norman. [1969] "Strategies adaptative mobility in the colombian-ecuatorial litoral". American Anthropologist. Vol.71, No.2, abril.

WHITTEN, Norman. [1986] Black Frontiersmen: a South American case. Illinois, Prospect Heights, Waveland Press [1974].

Otros materiales

Fotografías:

ARIAS, Carlos [2000].

ESTACIO, Alexander [2000].

GONZÁLEZ, Manuel [1998-1999].

Mapas:

BARBARY, Olivier [1998].

ESTACIO, Alexander [2000].

HOFFMANN, Odile [1998].

PISSOAT, Olivier [1998].

RAMÍREZ, Héctor Fabio [2000].